

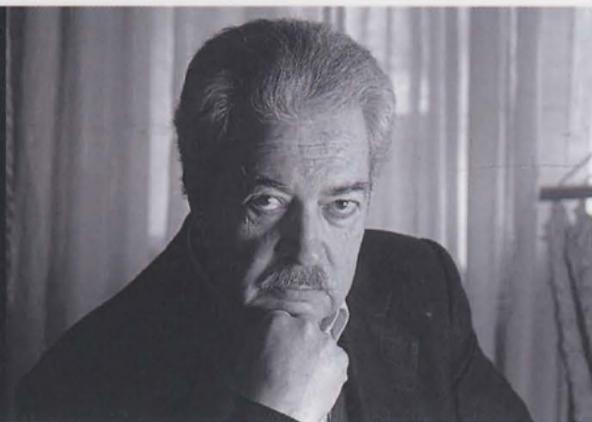
ALFAGUARA

Neruda clandestino

José Miguel Varas



Foto: Alfredo Méndez Etchepare



José Miguel Varas

Nació en Santiago de Chile en 1928. Debutó muy joven en la literatura con dos libros de relatos titulados *Cahuín* (1946) y *Sucedé* (1950). Posteriormente, publicó la novela *Porai* (1963); una biografía novelada, *Chacón* (1967) y los libros de cuentos *Lugares comunes* (1968) e *Historias de risas y lágrimas* (1972). Sus últimas obras publicadas son *Las pantuflas de Stalin* (1990), *Neruda y el huevo de Damocles* (1992), *El correo de Bagdad* (1994), *La novela de Galvarino y Elena* (1995), *Exclusivo* (1996), *Cuentos de Ciudad* (1997), *Nerudario* (1999), *Cuentos completos* (Alfaguara, 2001) y la reedición de *El correo de Bagdad* (Alfaguara, 2002). *Cuentos completos* fue galardonado, en el 2002, con el Premio Altazor, Premio del Círculo de Críticos de Arte de Chile y Premio del Consejo Nacional del Libro. En la actualidad, Varas es columnista en la revista *Rocinante*.

ALFAGUARA



© 2003, **José Miguel Varas**

© De esta edición:

2003, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia,

Santiago de Chile

- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.
- **Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.**
Calle 80 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
- **Santillana S.A.**
Avda. Eloy Alfaro 2277, y 6 de Diciembre, Quito, Ecuador.
- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Santillana Publishing Company Inc.**
2043 N.W. 87 th Avenue, 33172, Miami, Fl., EE.UU.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad 767, Colonia del Valle, México D.F. 03100.
- **Santillana S.A.**
Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España,
Asunción, Paraguay.
- **Santillana S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Editorial Santillana S.A.**
Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia, 1^{er} piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.

ISBN: 956-239-260-0

Inscripción N° 133.094

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: julio de 2003

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

Cubierta:

Ma. de los Angeles Renard sobre foto de Lola Falcón

Foto contratapa:

Jorge Bellet

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

ALFAGUARA



José Miguel Varas

Pablo Neruda

Neruda clandestino

La editorial agradece las sugerencias de Tolly L'Amo.
para la elección de poemas. Agradecidos también por la
comparación y la traducción de los poemas por las
de poemas.

Las ilustraciones incluidas fueron realizadas por Varas
y están para su colección "Cuentos de los Andes".
Es que en este momento nos encontramos en este libro.

«Un día publicarán mis calcetines».

Pablo Neruda

INTRODUCCIÓN.....	13
I. LOS VISITANTES.....	19
LA TAREA DEL GIGANTE GENERAL.....	23
PROYECTOS DE FUGA.....	26
II. LA CACERÍA.....	33
CUMPLIJAÑOS CLANDESTINO.....	41
EL PERÍGDO CUEVAS MACKENNA.....	44
III. EL ELEFANTE BLANCO.....	47
63 ALLANAMIENTOS.....	55
IV. EL HOMBRE DEL WINNIPEG.....	63
UN INTENTO FALLIDO.....	69
OPERACIÓN PELAFLORES.....	72
EL SEVERO VÍCTOR PEY.....	79
V. RECTAL CLANDESTINO.....	87
LA REPRESIÓN CONTINUA.....	93
VI. NUEVO PLAN DE FUGA.....	97
SE TOMAN DECISIONES.....	101
VII. INTERLUDIO ASIÁTICO.....	107

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
I. LOS VISITANTES.....	19
LA TAREA DEL <i>CANTO GENERAL</i>	23
PROYECTOS DE FUGA.....	26
II. LA CACERÍA.....	33
CUMPLEAÑOS CLANDESTINO.....	41
EL PERÍODO CUEVAS MACKENNA.....	44
III. EL ELEFANTE BLANCO.....	47
63 ALLANAMIENTOS.....	55
IV. EL HOMBRE DEL WINNIPEG.....	63
UN INTENTO FALLIDO.....	69
OPERACIÓN PICAFLORES.....	72
EL SEVERO VÍCTOR PEY.....	79
V. RECITAL CLANDESTINO.....	87
LA REPRESIÓN CONTINÚA.....	93
VI. NUEVO PLAN DE FUGA.....	97
SE TOMAN DECISIONES.....	101
VII. INTERLUDIO ASIÁTICO.....	107

VIII. EL POETA FUGITIVO.....	119
LOS ADIOSES.....	123
DIGRESIÓN DE ISLA NEGRA.....	126
EN EL CAMINO.....	128
ENCUENTRO CON CHERCANES.....	131
IX. RETORNO AL SUR.....	133
EJERCICIOS ECUESTRES.....	139
VÍCTOR BIANCHI ENTRA EN ESCENA.....	141
CARTAS PARA LA HORMIGA.....	145
EL CABALLERO QUE JUNTABA PALITOS.....	152
X. EL HACENDADO Y EL POETA.....	157
ÁNGEL SILENCIOSO.....	161
COMISIÓN AL LAGO MAIHUE.....	163
XI. LA VERSIÓN DE NERUDA.....	175
XII. LA VERSIÓN DE BIANCHI.....	185
XIII. SAN MARTÍN DE LOS ANDES.....	195
ENCUENTRO DE MANTEL BLANCO.....	199
FIESTA DE LOS ADIOSES.....	204
EL POETA EN PARÍS.....	207
LA GUITARRA AVENTURERA.....	212
A manera de epílogo	
EL <i>CANTO GENERAL</i> CLANDESTINO....	217
LA VERSIÓN DE DON LUCHO.....	226

VIII. EL POETA FUGITIVO.....	119
LOS ADIÓS.....	123
DIGRESIÓN DE ISLA NEGRA.....	126
EN EL CAMINO.....	128
ENCUENTRO CON CHEIKANES.....	131
IX. RETORNO AL.....	133
EJERCICIOS.....	139
VICTOR B.....	141
CARTAS.....	145
EL CABALLERO QUE JUNTABA PALTO.....	152
X. EL..... Y EL POETA.....	157
ÁNGEL.....	161
COMISARIO.....	163
XI. LA.....	169
XII. LA..... DE BIAN.....	185
XIII. LA.....	195
ENCUENTRO.....	199
FIESTA.....	204
EL POETA.....	207
LA GUITARRA AVENTURERA.....	212
A manera de epílogo	
EL GENETICO GENERAL CLÁNDestino.....	217
LA DONCIÓN DE DON LUCHO.....	226



INTRODUCCIÓN

Durante la mayor parte de 1948 y los comienzos de 1949, Pablo Neruda vivió en la clandestinidad, amparado por el Partido Comunista y por una vasta red de amigos y admiradores de su obra que, en muchos casos, carecían de filiación o militancia política. Con una espesa barba y un documento de identidad a nombre de Antonio Ruiz, «ornitólogo», el poeta y senador Pablo Neruda, atravesó a caballo la cordillera de los Andes en marzo de 1949, con cinco de los suyos: sus amigos Jorge Bellet y Víctor Bianchi y tres arrieros llamados Juan.

Este es un relato documental y literario sobre el período en que el poeta vivió de casa en casa, entre Isla Negra, Pirque, Santiago y Valparaíso, evadiendo a la policía mientras escribía el *Canto General* y sobre su fuga ecuestre. A caballo, como corresponde, entre la novela y la historia, entre la literatura y el reportaje. Es también la narración de las curiosas circunstancias, dramáticas, sorprendentes y, a veces, cómicas de su clandestinidad y su fuga.

El autor se basó en diversas fuentes escritas. La espina dorsal de la historia proviene de tres relatos escritos, que conciden en los aspectos fundamentales, aunque evidencian ciertas discrepancias de fechas y circunstancias, que

hoy es imposible tratar de resolver. Además, no vale la pena. Esos relatos son: el muy completo y detallado de Jorge Bellet, publicado anteriormente en la revista del exilio chileno *Araucaria*; el discurso de Pablo Neruda en el acto de entrega del Premio Nobel en Estocolmo y el cuaderno de Víctor Bianchi, «Misión al lago Maihue», cuyo texto íntegro, recibido de Víctor Bianchi hijo, se incluye en este volumen.

Recogió además testimonios verbales de personas que estuvieron cerca del poeta en su actividad y permanencia clandestina, en el período que cubre la mayor parte del año 1948 y los comienzos de 1949. Los relatos y comentarios de Aída Figueroa y Sergio Insunza permitieron reconstruir su vida en los tiempos de la clandestinidad y su intenso trabajo en la escritura del *Canto General*, proceso en el cual —como ellos lo atestiguan— Delia del Carril, la Hormiga, desempeñó un papel de singular importancia. Igualmente valioso es el testimonio de Lola Falcón, en cuya casa de Providencia estuvo refugiado durante el caluroso verano de 1948-49. Jaime Perelman evocó el período que pasó Neruda en casa de sus padres Simón Perelman y Elisa Ide y, en especial, la Operación Picaflores. Víctor Pey reveló otros momentos de la vida subterránea de Pablo y la Hormiga, diversos aspectos de la planificación de la fuga del poeta, en la que tuvo directa participación y de la huída misma, en cuya primera etapa fue actor decisivo. Por Constanza Cuevas Norton el autor conoció, en parte, «el período Cuevas Mackenna» de la clandestinidad de Neruda. Lala Calderón de

Bulnes confirmó otros detalles y circunstancias y aportó imágenes muy vivas sobre la confraternidad de Isla Negra. El cineasta Manuel Basoalto puso en manos del autor transcripciones de las entrevistas realizadas por él, en 2002, a dos testigos de la fuga de Neruda. Isidora Aguirre y Víctor Bianchi (hijo) ayudaron a trazar el retrato de Víctor Bianchi, participante de la cabalgata a través de los Andes, funcionario del ministerio de Tierras, conoedor de la Cordillera, entrenador de equitación del poeta y animador musical, con su guitarra, de los encuentros de los fugitivos con autoridades y militares argentinos, en San Martín de los Andes. Julio Gálvez Barraza aportó referencias y datos de sus archivos, que enriquecieron diversos momentos de la narración. Américo Zorrilla y Luis Corvalán contaron cómo se hizo la edición chilena clandestina del *Canto General*, en 1950.

El autor consultó la prensa de la época, documentos de la causa 114-47 «contra Pablo Neruda» de la Corte de Apelaciones de Santiago, que se conservan en los archivos de la Fundación Pablo Neruda y una serie de libros: las memorias póstumas del poeta *Confieso que he vivido*, *Residencia en la Tierra*, *Canto General*, *Memorial de Isla Negra*, *Antología Popular de la Resistencia* y sus *Obras Completas* en cinco volúmenes, edición dirigida por Hernán Loyola. Hay referencias o citas provenientes de los libros *Neruda*, de Volodia Teitelboim; *Pablo Neruda: los caminos de Oriente y Pablo Neruda: los caminos del mundo*, de Edmundo Olivares; *Vida de un comunista*, de

Elías Lafertte; *Neruda total*, de Eulogio Suárez; *Funeral vigilado*, de Sergio Villegas; *Ojos y oídos*. *Cerca de Neruda*, de Tomás Lago y *Los rostros de Neruda*, de varios autores.

Agréguense a lo anterior la invención y los recuerdos del propio autor.

Surge de esta historia una imagen de la convivencia democrática en el Chile republicano, anterior a 1973. Un tiempo en que la acritud de la lucha política, incluso en un régimen de dictadura legal como el de González Videla, no lograba borrar del todo una tradición de relaciones humanas y *fair play*, que sobrepasaba las fronteras partidistas. Lo cual no debe hacer olvidar que, paralelamente, la represión se abatía con extrema dureza sobre la clase obrera y sus organizaciones, en gran parte encabezadas por militantes comunistas.

En alguna medida o en gran medida, las curiosas complicidades de aquel tiempo se originaban, además, en la fuerza, el prestigio y la irradiación de la poesía de Pablo Neruda.

Aquel año clandestino, tuvo decisiva influencia en su vida, su obra y su posición política. No sólo eso: contribuyó fuertemente a instalarlo como Poeta Nacional (las mayúsculas parecen de rigor en este caso), a la manera de los notables poetas, que en el siglo XIX se convirtieron en portavoces y abanderados de sus pueblos, en el proceso de forja de sus identidades y estados nacionales. Poetas románticos y patrióticos como Jan Neruda en Checoslovaquia, Alexander Pushkin en Rusia, Adam Mickiewicz en Polonia, Victor Hugo en Francia, acaso Espronceda en España.

Desde aquel tiempo mucha gente comenzó a llamar «vate» a Neruda, palabra que, según el diccionario de la Academia Española, en latín significa adivino y, en castellano, simplemente poeta. Esta acepción parece pobre. En el uso literario, más frecuente que en el coloquial, el vocablo está rodeado de solemnidad y evoca la condición de profeta. Es posible afirmar que Neruda dejó de ser exclusivamente el poeta del amor y de la interrogación metafísica y adquirió la condición de vate o Poeta Nacional, a partir de aquel año 1948, tan denso de experiencias humanas reveladoras, tan rico en acontecimientos y debates políticos, que marca para los historiadores el comienzo de una era: la Guerra Fría. Pero esto ya comienza a parecer una tesis. Con lo dicho basta.

EL AUTOR

I

LOS VISITANTES

Aída abrió la puerta y momentos de inmediato al poeta, aunque hasta entonces solamente lo había visto en fotografías. Fue tal su impresión que se echó para atrás y se dio un cabezazo contra la pared. Allí, frente a ella, estaba el personaje de quien todos hablaban, el «pendido», el «trudón a la Patria» buscado por la policía, el comunista, el poeta Pablo Neruda. La miraba fijamente a través de unas anteojos de marco grueso sin vidrios y tenía, enarcanado sobre su gran cabeza, un pequeño sombrero calañés. ¿Por qué anteojos sin vidrios?, se preguntó. Junto al visitante estaba Delia, su mujer, la legañada Horaniga, también identificable de inmediato, aunque gran parte de su cara estuviera tapada por un parsonomaña de lana tejido a palillo. Más atrás, distinguió al barrotador Alvaro Jara, recién egresado de la universidad, quien le hizo un gesto de reconocimiento.

—Adelante, párense, párense — dijo Aída.

Entraron en fila. Su hijo Andrés, de poco más de diez años, todavía en pie a pesar de que ya casi de noche, miró al poeta con gran curiosidad y le preguntó:

—¿Un poe que usa anteojos sin vidrios?

Neruda puso una cara cómica de sorpresa y luego rió fuertemente.

Aída abrió la puerta y reconoció de inmediato al poeta, aunque hasta entonces solamente lo había visto en fotografías. Fue tal su impresión que se echó para atrás y se dio un cabezazo contra la pared. Allí, frente a ella, estaba el personaje de quien todos hablaban, el vilipendiado, el «traidor a la Patria» buscado por la policía, el comunista, el poeta Pablo Neruda. La miraba fijamente a través de unos anteojos de marco grueso sin vidrios y tenía, encaramado sobre su gran cabeza, un pequeño sombrero calañés. ¿Por qué anteojos sin vidrios?, se preguntó. Junto al visitante estaba Delia, su mujer, la legendaria Hormiga, también identificable de inmediato, aunque gran parte de su cara estuviera tapada por un pasamontaña de lana tejido a palillo. Más atrás, distinguió al historiador Álvaro Jara, recién egresado de la universidad, quien le hizo un gesto de impaciencia.

—Adelante, pasen, pasen —dijo Aída.

Entraron en fila. Su hija Aidita, de poco más de dos años, todavía en pie a pesar de que ya era casi de noche, miró al poeta con gran curiosidad y le preguntó:

—¿Tú por qué usas anteojos sin vidrios?

Neruda puso una cara cómica de sorpresa y luego rió francamente.

Álvaro se hizo cargo de la situación. Se le veía solemne en su papel de responsable de la seguridad del poeta (por encargo de la dirección del Partido):

—Sergio, Aída: Pablo y Delia van a estar aquí unos días. Nadie, pero nadie, debe saber que se encuentra en esta casa. ¿Quién más vive aquí?

—La Lucha —respondió Sergio— es una empleada puertas afuera. De toda confianza.

—Debemos confiar en la Lucha —sonrió Neruda.

Álvaro puso cara de duda, pero no insistió. Se marchó en seguida.

—Es un departamento encantador —declaró la Hormiga, paseándose a la redonda por entre los sillones forrados en cretona floreada, el piano de media cola y la pequeña mesa de comedor con sus respectivas sillas, que ocupaban casi todo el espacio del living—, vamos a estar muy bien.

—Por supuesto, les cedemos el dormitorio nuestro —dijo Aída.

—¡De ninguna manera! Nosotros nos vamos al otro cuarto.

—Es un poco chico —intervino Sergio— y la cama va a ser angosta para ustedes dos.

—No, no. Dormiremos como cucharitas.

Para Sergio Insunza y Aída Figueroa, estudiantes del último año de Derecho, militantes de las Juventudes Comunistas, aquella noche más bien fría de invierno santiaguino se presentaba como el comienzo de una aventura excitante. También, pero eso lo supieron más tarde, era la iniciación de una amistad profunda con el poeta.

A Neruda le encantó aquella pareja de

futuros abogados y el pequeño departamento con vista al Parque Forestal, provisto de una gran tina en la que podría disfrutar, sin duda, de baños calientes prolongados.

Los dueños de casa partían muy temprano a sus clases. El poeta se quedaba acompañado por Delia, la Lucha —con quien hizo espléndidas migas— y Aidita, que se le subía y se le bajaba, como quien trepa a una estatua acogedora, sin objeciones ni particulares efusiones por su parte.

LA TAREA DEL *CANTO GENERAL*

Sentado ante la mesa de comedor escribía a máquina todas las mañanas, durante varias horas. No era un mecanógrafo veloz, pero habría podido optar a un premio de regularidad. No hacía pausas prolongadas ni se quedaba pegado mirando al vacío. A su lado se iban amontonando las hojas, que luego la Hormiga tomaba, revisaba y corregía. Lo que fluía de este modo, de su mente, de sus dedos, era el *Canto General*. En los días que pasó en casa de los Insunza-Figueroa escribió el extenso capítulo inicial, «La lámpara en la tierra», poderosa evocación del nacimiento del continente:

*Antes de la peluca y la casaca
fueron los ríos, ríos arteriales:
fueron las cordilleras, en cuya onda raída
el cóndor o la nieve parecían inmóviles:
fue la humedad y la espesura, el trueno
sin nombre todavía, las pampas planetarias.*

Después les dejó el original como recuerdo, con una dedicatoria. Es un texto que ofrece un interés especial para algunos estudiosos, porque se diferencia del que finalmente se publicó.

El poeta comía con buen apetito los platos tradicionales que preparaba con arte la Lucha, a menudo cazuela y porotos. La Hormiga aportaba para el diario. Una vez Pablo expresó nostalgia de los cauques, los grandes pejerreyes del Pacífico. Aída nunca los había comido, ni siquiera los había oído nombrar. Compró algunos en el Mercado Central. La Lucha los preparó fritos. Los saborearon con deleite. En otra ocasión se regalaron con un pato asado. Habitualmente, el poeta se contentaba con la honesta y sólida alimentación de la casa y no manifestaba caprichos de gourmet, aunque lo era.

Pese a su situación de clandestino, no mostraba signos de nerviosidad o de inquietud. Al parecer, el proceso de la creación de su libro colocaba en segundo plano las otras preocupaciones. Tanto él como la Hormiga, sobre todo ella, estaban siempre alegres como cascabeles.

Los habitantes del departamento, dueños de casa y allegados, se reunían a la hora de comida. Después venía la ceremonia de la lectura de los versos que el poeta había producido en la jornada. Con frecuencia, esta lectura se prolongaba hasta después de la medianoche o más tarde aún. Aída y Sergio, que habían iniciado el día a las seis y media de la mañana, sentían que aquel era un fantástico privilegio, se emocionaban con el gradual descubrimiento del enorme poema, tenían la sensación de participar en un acontecimiento

literario e histórico excepcional... pero a ratos no podían dominar los bostezos y al día siguiente les costaba levantarse temprano. Después de la lectura, Neruda pedía opiniones. No le interesaba algún elogio general y vacío, sino observaciones concretas de fondo y forma.

La participante más activa en estos debates era la Hormiga, que lucía por las noches un tocado extraño. Aplicando un método tradicional, hoy olvidado, se encrespaba el pelo con un instrumento semejante a una tijera, calentado al fuego y luego amarraba con papelitos los rulos resultantes. Así participaba en la tertulia poética, así dormía y, al levantarse, bastaba que eliminara los papelitos y los pequeños elásticos con que los sujetaba y se diera «un golpe de peineta», según sus palabras, para tener listo su peinado, una melenita rubia y crespa. Investigadores y críticos, como el británico Robert Pring-Mill, han rastreado la notable contribución de Delia al *Canto General* y a otros poemas de Neruda de los años 40 y 50. Pero a Pablo le interesaban también las opiniones de los anfitriones, sobre todo en cuestiones de detalle y también en los temas políticos e históricos. En estos últimos, su asesor principal era Álvaro Jara.

Neruda y la Hormiga pasaron tres períodos en el departamento de la calle Ismael Valdés Vergara. En total, durante un año de vida clandestina del poeta —febrero de 1948 a febrero de 1949— estuvieron en no menos de once diversos domicilios. A saber:

1. La casa del ingeniero José Saitúa Pedemonte.

2. La casa del arquitecto Simón Perelman y su esposa Elisa Ide, en Antonio Varas 999.
3. El departamento de Víctor Pey, en Vicuña Mackenna 47.
4. El departamento de Sergio Insunza y Aída Figueroa, en Ismael Valdés Vergara.
5. La casa de Luis Enrique Délano y Lola Falcón, en calle Ana Luisa Prats.
6. La casa de Marta Jara, en calle Santa Mónica.
7. La parcela El Raco de Pirque.
8. El fundo El Cardo de Pirque.
9. El departamento de Nana Bell, en avenida Pedro de Valdivia.
10. La casa de la señora Keinkert, en el Cerro Lecheros, Valparaíso.
11. El fundo Godomar de Chena.

El orden de esta lista, sin duda incompleta, no corresponde al orden cronológico de las mudanzas del poeta. Eso lo podrán establecer investigadores más estrictos.

PROYECTOS DE FUGA

Una tarde Pablo estuvo contándole a Aída algunos detalles de sus andanzas.

—Tú sabes, nuestro camarada Galo González trabajó en la carga y descarga de barcos en los muelles de Valparaíso. Tal vez por eso, cuando se tomó la decisión de que yo saliera del país para continuar la pelea afuera, le pareció más conveniente o más natural la vía marítima.

—¿Por barco? Pero eso debe ser complicado. Supongo que en los puertos hay mucho control policial...

—No sé, tal vez no tanto. Además, seguramente Galo u otros compañeros porteños tienen experiencia en esa forma de contrabando humano, que son los viajes «de pavo». Lo cierto es que me mandaron a un cerro de Valparaíso, donde me dejaron instalado en la casa de un camarada. Este pertenecía a una de esas dinastías de marítimos y portuarios, que se eternizan entre los cerros y el Puerto. De padres a hijos, a nietos y a bisnietos, se heredan los oficios de la bahía. La militancia comunista viene por añadidura. También es hereditaria. Por eso el Traidor nunca podrá acabar con ellos.

Nadie me conocía en esa casa.

*Miré el limpio mantel, la jarra de agua
pura como esas vidas que del fondo
de la noche como alas
de cristal a mí llegaban.*

*Fui a la ventana: Valparaíso abría sus mil párpados
que temblaban, el aire
del mar nocturno entró en mi boca,
las luces de los cerros, el temblor
de la luna marítima en el agua,*

[...]

*Miré: la mesa estaba puesta,
el pan, la servilleta, el vino, el agua,
y una fragancia de tierra y ternura
humedeció mis ojos de soldado.*

En la casa vivían dos muchachones macizos, de piernas arqueadas, casi tan anchos como altos. Con el padre habían discurrido un plan para sacarlo de Chile. Iría oculto en una cabina de la tripulación, en un barco de bandera panameña, de los que traían cargamentos de plátanos a Valparaíso y luego regresaban a Guayaquil con madera, salitre y manzanas de Chile. La idea brillante era que, al llegar al puerto ecuatoriano, Neruda debía surgir de su escondite, en medio de las faenas de la descarga, vestido de millonario tropical, con traje blanco, sombrero jipijapa y fumando un puro.

—¡Condición imposible! —dijo Pablo—, jamás he podido fumar un puro, me produce unas náuseas incontenibles. Alguna vez he fumado cachimba, una manera de fumar sin fumar. Uno la sostiene en la boca para «afirmarse». Evita explicaciones innecesarias. Los hombres que fuman pipa se imponen por presencia, no necesitan hablar mucho. Tampoco pueden con la pipa en la boca. Hacen «mh», sin aflojar los dientes del tubo y pasan por sobrios, recios y varoniles. Imponen respeto. Sin hablar del aura romántica, de prestigiosos puertos lejanos, Marsella, Liverpool, Manila.

Aída se sintió atacada de una risa loca. El poeta la acompañó con su risa silenciosa y ella comprobó, una vez más, que no sabía reír fuerte. Disfrutaba realmente de las situaciones y las salidas humorísticas, ajenas o propias, pero no sabía o no podía reír de manera sonora, espontánea, explosiva, salvo en raras ocasiones. Se reía para adentro.

El poeta siguió contando. El plan de fuga por mar, que seguramente ya estaba en conocimiento de «los compañeros de la Dirección», fue puesto en marcha con entusiasmo por la familia que lo había acogido. Lo primero era conseguir o fabricar la tenida de magnate concebida para el viajero. Se movilizaron en el plan la mamá y la hermana menor de los jóvenes, una tía modista y un camarada que tenía una sastrería. Lo más difícil fue conseguir una tela blanca de calidad.

—Tú sabes, en Chile nadie se viste de blanco ni en el verano más caliginoso. Salvo algún excéntrico que haya vivido en los trópicos o algún diplomático pretencioso. Los caballeros chilenos dueños de fundo usan en verano chaquetillas cortas de huaso, de esa tela que llaman brin. También las usan, no sé por qué, los empleados bancarios o de correos. No es tan fácil tampoco conseguir una tela blanca, que no sea saco harinero, como los que usaba mi mamadre, como tantas madres chilenas, para hacerme los calzoncillos. El saco harinero no tiene buena «caída» —y se le achinaban los ojos de risa contenida.

—¿Y cómo se resolvió el problema?

—En un bar de la segunda comuna de Valparaíso apareció un corte de tres metros y medio de un género tropical precioso, de grano grueso, que llaman «piel de tiburón». Supongo que algún marinero venezolano o panameño lo dejó para cubrir la cuenta de una borrachera colectiva de varios días, tipo Semana Santa.

Durante una semana, las mujeres se apoderaron de la única mesa existente en la casita

del cerro Lecheros, consultando figurines y viejas revistas, cambiando ideas con entusiasmo —por encima de la cabeza del poeta, a quien no consideraban calificado para opinar—, escogiendo la tela más adecuada para forro, trazando las piezas con tiza de sastre sobre la «piel de tiburón» y blandiendo peligrosas tijeras. Pablo fue sometido a mediciones de todo el cuerpo y a no menos de cuatro pruebas. La primera con el traje armado, con piezas recortadas sobre papel y prendidas con alfileres; las siguientes con tela, sin y con forro, en diferentes etapas de progreso. Mandaron hacer los pantalones al camarada sastre, que apareció unos días después por la casa con su obra.

—Llegó por fin el día de la prueba general. Fieles a su idea de lo que es o debe ser la elegancia de los poderosos en las tierras calientes, la chaqueta tenía unas hombreras que me daban unas espaldas de cargador y se acinturaba exageradamente en la parte del medio. Era tan larga que me llegaba a las rodillas. El pantalón tenía una basta muy ancha y era tan fruncido de boca que para ponérmelo debía sacarme los zapatos. Era estrecho de cintura y luego ancho en demasía.

—¿Y cómo te veías con esa tenida?

—Impresionante. Comprenderás que cualquiera que se asomara a la calle vestido así, en Guayaquil o en cualquier parte del mundo, iba a llamar la atención de manera extraordinaria. Me divertí mucho con este episodio, pero no dejaba de tener inquietudes.

—Entretanto, la policía te andaba buscando...

—Por supuesto. El compañero que me servía de contacto me contaba cada vez de allanamientos en casas tales o cuales, de dirigentes o militantes conocidos, de interrogatorios a mis amigos. También los diarios traían noticias de la cacería. Yo mandé recado de que el proyecto de la salida por mar me parecía poco viable, por no decir, insensato. Además, no existía ninguna seguridad sobre cuándo podría embarcarme.

—¿Tan complicado era?

—Al parecer, sí. A los jóvenes navegantes de esta casa los engañaban una y otra vez. Les decían que sí, pero luego resultaba que el «Atomena» no podía llevarlos. ¿El «Sultana»? Tampoco.

—¿Pero por qué tanta tramitación?

—Asunto de coimas. Para conseguir un trabajo se pagaba a ciertos jefes. Pero de pronto otro cesante daba más. Y vi que todo estaba podrido aquí, como en el Palacio de Santiago.

—En el *Canto General* también hablarás de eso...

—Sí. Algo he escrito.

Y comenzó a leer, con cierta elocuencia rara en él:

*Triste república azotada
como una perra por ladrones,
aullando sola en los caminos,
golpeada por la policía.
Triste nación gonzalizada,
arrojada por los tahúres
al vómito del delator,
vendida en las esquinas rotas*

desmantelada en un remate.

[...]

*Volvían los dos marineros
y partían a cargar al hombro
sacos, bananas, comestibles,
añorando la sal de las olas,
el pan marino, el alto cielo.
En mi día solitario el mar
se alejaba: miraba entonces
la llama vital de los cerros,
cada casa colgando, el
latido de Valparaíso:
los altos cerros desbordantes
de vidas, las puertas pintadas
de turquesa, esmeralda y rosa,
los escalones desdentados,
los racimos de puertas pobres,
las viviendas desvencijadas,
la niebla, el humo extendiendo sus
redes de sal sobre las cosas,
los árboles desesperados
agarrándose a las quebradas,
la ropa colgada en los brazos
de las mansiones inhumanas,
el ronco silbato de pronto
hijo de las embarcaciones,
el sonido de la salmuera,
de la niebla, la voz marina,
hecha de golpes y susurros, [...]*

II

LA CACERÍA

— En la medida de lo posible, ¿podría usted, Sr. Videla, hacer un comentario sobre el reciente asesinato de Jorge Illerandi, ex jefe de la policía chilena, y sobre el caso de los otros dos?

— Sí, Sr. Urdarraz. Los tres casos están siendo tratados por tribunales chilenos de acuerdo con el procedimiento de asesinato. Pero yo creo que el asesinato de Illerandi no puede ser visto como un asesinato de un difamante de gobierno o simplemente de un hombre que se mantuvo más allá de los límites.

— ¿Nada de lo que Presidento Illerandi hizo durante su vida merece ser mencionado, Sr. Videla, aparte de sus actividades por una parte de las deserciones de los dirigentes comunistas y sus aliados?

— Sí, Sr. Urdarraz. Pero no quiero decir eso sino cualquier cosa. No sé cuáles son los motivos que operan con tanta rapidez y eficacia en Chile. Esas es gente preparada profesionalmente para matar. ¿Crees que necesitan que les enseñen a matar hombres? ¿Tienen otros tipos de entrenamiento? Cuando pienso en esos tipos me acuerdo de cómo se los enseñan. Se les enseñan a matar al enemigo. ¿Crees que se les enseñan a matar a todo lo que se les pone delante de los ojos? ¿Crees que se les enseñan a matar al comunismo en Rusia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en todas partes? ¿Crees que se les enseñan a matar a todo lo que se les pone delante de los ojos? ¿Crees que se les enseñan a matar a todo lo que se les pone delante de los ojos?

En la Moneda, el presidente González Videla daba instrucciones al jefe de la policía de Investigaciones. Se puede imaginar un diálogo como éste:

GV: Bien. Ustedes tienen la orden de los tribunales. Ahora de lo que se trata es de detenerlo de inmediato. ¿Está claro? ¡De inmediato! No podemos tolerar que siga impunemente difamando al gobierno e insultándome de la manera más soez, pues hombre.

POLICIA: Sí, Presidente. Estamos movilizándolo a todo nuestro personal. Estamos revisando una por una las direcciones de los dirigentes comunistas y sus aliados.

GV: Está bien. Pero no quiero disculpas, sino resultados. No se olviden que los comunistas operan con muchos amigos y «tontos útiles». Esa es gente preparada, profesionales, intelectuales. Gente que tiene medios, ¿me comprende, hombre?, tienen autos, casas, tienen plata. Cuando pienso en esos tipos no encuentro cómo entenderlos. Si los comunistas llegan al poder, esos señores van a perder todo lo que tienen. ¡Si es lo que ha hecho el comunismo en Rusia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia, en todas partes! Pero estos imbéciles siguen empeñados en hacerles el juego, embelesados por el

«poeta» y sus marineros que besan y se van. Así que ya sabe, mi amigo, sobre todo poner ojo a los simpatizantes comunistas, a los compañeros de ruta, a los filocomunistas y a los criptocomunistas.

POLICIA: Sí, señor. Los filocomunistas y los cristocomunistas.

GV: Criptocomunistas, hombre. No cristocomunistas. Los comunistas encubiertos, ¿me entiende?

POLICIA: (Confundido) Sí, señor. Cristo... o sea, criptocomunistas. ¿Y también hay que vigilar a esos otros, ¿cómo es?, simpatizantes, compañeros de ruta...

GV: Sí, hombre, sí. Pero hay que empezar por los dirigentes del partido, ¿entiende? En todo caso, el Secretario General de Gobierno, Darío Poblete, les dará una lista de nombres actualizada.

González Videla estaba convencido de que era inminente el estallido de la Tercera Guerra Mundial. Así lo declaró, literalmente, a un corresponsal extranjero.

El lunes 29 de diciembre de 1947, cuando en la Corte de Apelaciones de Santiago se trataba el desafuero del senador Neruda, el abogado Leopoldo Castro García Huidobro dio lectura a una comunicación del poeta, en la que éste se defendía de las acusaciones que se le formulaban y pasaba al ataque político directo contra el Presidente:

«Con un subterfugio cualquiera y en medio de abrazos y cartas de agradecimiento apasionado a sus colaboradores comunistas el Presidente los alejó de su gabinete. Fue éste el

primer paso de su entrega. La verdadera razón de la salida de los comunistas, a quienes hoy calumnia y persigue policialmente, la dio para el exterior, en forma tan categórica, que no necesita más explicaciones para ser juzgado».

A continuación, Neruda citaba el despacho de un corresponsal del diario *News Chronicle* de Londres, en el que se resume una entrevista concedida por González Videla, el 18 de junio de 1947:

«El presidente González Videla cree que la guerra entre Rusia y los Estados Unidos comenzará antes de tres meses y que las presentes condiciones políticas internas y externas de Chile se basan sobre esta teoría. [...] El Presidente indicó que la inminencia de la guerra explica su presente actitud hacia los comunistas chilenos, contra los cuales no tiene objeciones específicas. Aseguró: 'Chile debe cooperar con su poderoso vecino los Estados Unidos y cuando la guerra comience, Chile apoyará a los Estados Unidos contra Rusia'».

Elegido Presidente en 1946 por una coalición electoral, integrada por los partidos Radical, Comunista y otras agrupaciones políticas menores, González Videla gobernó inicialmente con un gabinete heterogéneo, en el que, por primera vez en la historia de Chile, tuvo tres ministros el Partido Comunista.

A lo largo del año siguiente se manifestaron crecientes diferencias entre el Presidente y los comunistas, que reclamaban el cumplimiento del programa de reformas sociales avanzadas, jurado por González. Pronto abandonaron el

gabinete ministerial y pasaron a la oposición. La huelga de los mineros del carbón, cuyos sindicatos eran dirigidos por los comunistas, extremó el conflicto político. En un discurso, el Presidente declaró que esa huelga era «la primera batalla de la tercera guerra mundial» y procedió a romper las relaciones diplomáticas con Yugoslavia, la Unión Soviética y Checoslovaquia, países a los que acusó de fomentar huelgas en el mineral del carbón, para paralizar la industria bélica norteamericana.

La Guerra Fría había llegado a Chile.

El 27 de noviembre de 1947, el diario *El Nacional* de Caracas publicó un extenso artículo de Neruda, bajo el título «Carta íntima para millones de hombres», que contenía un duro enjuiciamiento de la política del presidente González Videla. En uno de los párrafos iniciales, explicó así los motivos de su carta:

«Tengo el deber ineludible, en estos trágicos momentos, de aclarar en lo posible la situación de Chile, porque, a lo largo de mis viajes por casi todos los países de América, pude experimentar en mí mismo, el inmenso cariño que hacia mi patria sentían los demócratas de nuestras naciones. Este cariño se debía fundamentalmente al entrañable respeto por los derechos del hombre, afincado en mi tierra como tal vez en ninguna otra tierra americana. Pues bien, tal tradición democrática, patrimonio central de los chilenos y orgullo del continente, está hoy siendo aplastada y deshecha por la obra conjugada de la presión extranjera y la traición política de un presidente elegido por el pueblo».

El artículo del senador Neruda tuvo difusión en el exterior y sirvió al gobierno para iniciar un proceso contra él, bajo la acusación de haber infringido la *Ley de Seguridad Interior del Estado*. En la requisitoria enviada por el Ministerio del Interior a la Corte de Apelaciones de Santiago se afirma: «Es incuestionable que el señor Pablo Neruda ha incurrido en los dos delitos: ha ultrajado con publicidad el nombre de la Nación chilena, al suponer que ella ha aceptado plenamente y sin protestas la dominación extranjera que significa la presencia de misiones militares y policiales que actúan sin control del Gobierno y ha calumniado e injuriado con la mayor villanía, al Presidente de la República». Con estos fundamentos, el gobierno pidió al tribunal despojar al senador Neruda de su fuero parlamentario, requisito previo para someterlo a proceso.

Al mismo tiempo, los parlamentarios de la derecha lo acusaron de haberse ausentado del territorio nacional por más de un año, sin haber obtenido el permiso reglamentario.

En medio de este clima, se produjo una asombrosa situación: el presidente del Senado, Arturo Alessandri Palma, que siendo liberal (partido de gobierno), sin duda no consideraba que Neruda fuese un traidor a la Patria, como lo motejaba la prensa oficialista, se reunió oculta-mente con el poeta y accedió a prorrogar el permiso que le había otorgado el Senado para dejar de asistir a las sesiones por determinado período.

En sus memorias, *Vida de un comunista*, el entonces senador y presidente del Partido

Comunista, Elías Lafertte, escribió:

«Recuerdo que cuando Pablo Neruda se hallaba escondido en Valparaíso, acosado por los policías de González Videla, que lo buscaban activamente en todo el país, el permiso que le había dado el Senado estaba a punto de expirar y entonces hablé con don Arturo Alessandri y le solicité que accediera a entrevistarse con Neruda. El León accedió y acudió, completamente solo, a la casa del diputado Luis Valenzuela, en la calle San Alfonso.

La entrevista fue larga y a solas con Pablo. Pablo le pidió una renovación de su permiso y él, en su calidad de Presidente del Senado, se la acordó.

—Entonces vamos a hablar con el señor Altamirano, el secretario del Senado —dijo Neruda.

—No hace ninguna falta, Pablo —contestó Alessandri—. Con mi autoridad de Presidente, yo le renuevo su permiso y basta».

Según otros testigos, Alessandri no concurrió solo a la cita, sino acompañado del funcionario del Senado Pelagio Figueroa, quien sirvió de ministro de fe. Al día siguiente, «El León» atestiguó que había extendido el permiso del senador Pablo Neruda y que estaba en el país.

Al vencerse, en 1949, el nuevo plazo, Neruda, que ya se encontraba fuera del país, enfermo en México, pidió una nueva renovación, acompañando al Senado toda clase de documentos y certificados médicos debidamente legalizados. Pero esta nueva ampliación del

permiso no le fue otorgada y se declaró la vacancia de la senaduría por el Norte.

CUMPLEAÑOS CLANDESTINO

La búsqueda proseguía con nuevos ímpetus. En una ocasión, los agentes de Investigaciones llegaron a una casa donde el poeta había alojado el día anterior. Los dirigentes insistían en extremar las precauciones, pero lo cierto es que los conspiradores respetaban poco las normas de los manuales sobre conspiraciones. Probablemente, ni las conocían. Delia salía del departamento de los Insunza con cierta frecuencia, para comprar y hacer diversas diligencias. Cada vez iba alguien a buscarla en auto y más tarde la iba a dejar de vuelta. Era muy fácil de reconocer, a pesar de sus transparentes disfraces. Habría bastado que la policía siguiera su rastro para llegar al escondite.

Una mañana apareció de nuevo Álvaro Jara y se llevó a los visitantes con destino desconocido. Varias semanas más tarde, reaparecieron. Cuando Aída abrió la puerta, se encontró delante de un enorme ramo de lilas. Detrás del ramo estaba Pablo, de nuevo con sus anteojos sin vidrios. La Hormiga se asomaba sonriente por encima del hombro del poeta.

Esta vez, Aída no pudo resistir la curiosidad. Tal como su hija Aidita, le preguntó a Pablo:

—Pero, dime, ¿por qué diablos usas anteojos sin lentes?

—Me han dicho que usar anteojos

ayuda, como parte del disfraz. Y si uno va en un auto, nadie se da cuenta de si los anteojos tienen o no tienen lentes.

—No sé quién puede haberte dado semejante consejo, pero te aseguro que la falta de vidrios en los anteojos se nota y llama mucho la atención. Mi hija Aidita, que tiene dos años, se dio cuenta inmediatamente.

Pablo movió la cabeza, dubitativo, pero no volvió a salir con sus anteojos de payaso.

La Hormiga decidió que el cumpleaños de Pablo no podía pasarse por alto y él estuvo de acuerdo. Algunos amigos fueron invitados y el 12 de julio se realizó el festejo —pecaminoso, desde el punto de vista político y de seguridad— en el que estuvieron, entre otros, Volodia Teitelboim, la esposa de Luis Enrique Délano, Lola Falcón, el abogado Fernando Silva y, por cierto, Álvaro Jara, además de los dueños de casa. Delia y el festejado habían decorado el departamento con globos y serpentinas. También había «culebritas» de papel, que al ser sopladadas a través de un pequeño pito de madera, emitían un chillido agudo, pero de escasa potencia, estiraban sus esqueletos de alambre y agitaban al extremo de la cola unas plumitas amarillas de canario. La fiesta fue alegre, con algo de vino y whisky, pero discreta en cuanto al bullicio.

Pablo continuó en los días siguientes, con su habitual disciplina, la escritura del *Canto General*. A veces, la Hormiga pasaba en limpio algunas páginas, incorporando sus correcciones y las del autor.

El invierno avanzaba. Un día nevó con desusada intensidad. Pablo contempló extasiado, durante horas, los árboles nevados del Parque Forestal. Todavía, por la tarde, cuando Aída y Sergio llegaron de vuelta al departamento, gruesos copos de nieve se mantenían sobre las ramas.

En una carta enviada con fecha 18 de agosto de 1948, su amigo Tomás Lago dio cuenta a Pablo de los estragos causados por la nieve en la casa de la avenida Lynch en Santiago, bautizada por Neruda «Michoacán»:

«La casa está verdaderamente afectada por el temporal de nieve. Es inconcebible lo que puede suceder a los árboles con la helada. Los paltos están quemados como si los hubiesen rociado con fuego, las hojas café-rojizas, pero hechas un puñado de telilla ferruginosa, todo encima, grandes ganchos desgajados. El acanto para qué decir. Sin embargo, ha habido una compensación de toda esta ruina y es el afirmamiento de algunos árboles chilenos de montaña, que trajimos con Rubén el año pasado desde Valdivia. Reconocieron su ambiente natural con el frío y la lluvia. ¿Se acuerda Ud.? Recuerdo que anduvimos en Catamutún toda una tarde buscando rebrotes o pequeñas matas por el monte; luego las metimos en un saco de tierra en las raíces; venían hualles, lingues, tiques, laureles, canelos. Rubén, con su lamentable facha de jardinero, ramas en las orejas y machete en mano, desarrollando sus numerosas doctrinas sobre arborestación. Las plantamos —a indicación mía— cerca de la pila de agua por ser el sitio más húmedo de la casa. Bueno, pues, muchas no

prendieron. Otras, según Rubén, usted —con su pidullismo botánico— las cambió de sitio, perdiéndose de vista, pero algo quedó allí de todos modos y ahora se veía en todo su esplendor: un retoño grande como de 0,60 m. de un árbol de hoja pequeña con unos dientes que pican, no sé si es mañío, y cerca, luciendo como recién lavado por dentro, un canelo, nada menos que un canelo grande, de más de un metro de altura. ¿Qué le parece? Lo hallo formidable. Es algo positivo ya este resultado y hay que alegrarse. Están verdes, lozanos y vivos».

Hubo otra partida y otra llegada, varios meses después, al hospitalario departamento de Aída y Sergio. Luego, los visitantes lo dejaron de manera definitiva.

EL PERÍODO CUEVAS MACKENNA

Cuando la Corte de Apelaciones de Santiago aprobó el desafuero de Neruda y luego de los intentos fallidos de salir del país, resultó evidente que se iniciaba un período difícil, en el que tendría que eludir a los policías, encargados de detenerlo y ponerlo a disposición del tribunal.

El poeta recurrió entonces a uno de sus amigos más cercanos, vecino suyo en Isla Negra, el dentista Luis Cuevas Mackenna, más conocido entre los amigos como El Paico, citado de manera enigmática en el poema *Botánica* del *Canto General*. (Se previene que Bisagra González Vera sostiene que «El Paico» no era Luis sino Francisco Cuevas Mackenna).

La primera idea que se le ocurrió a Lucho Cuevas fue que Pablo se instalara en una casita, que poseía su hermano Francisco en el balneario vecino, Punta de Tralca. Neruda no alcanzó a trasladarse a ese lugar porque pronto se advirtieron sus inconvenientes: era una cabaña demasiado rústica, carente de las comodidades esenciales; se encontraba aislada en un sector de poca vegetación, de manera que se podía observar desde la distancia quién entraba y quién salía; por otra parte, como raras veces llegaba alguien allí, la presencia de nuevos moradores iba a despertar, sin duda, la curiosidad de los vecinos.

Después de nuevas deliberaciones, el poeta fue llevado a la parcela El Raco, llamada así en homenaje a un viento cordillerano que sopla de manera casi permanente en la zona de Pirque. Su propietario, el mismo Lucho Cuevas Mackenna, emitió una instrucción estricta: nadie debía ver a Neruda. Pero el primer día lo vio Patricia Cuevas Norton, su hija. Lucho montó en cólera y la dejó prisionera en la casa, mientras el incómodo huésped era trasladado al fundo El Cardo, en la misma zona, de propiedad de Julia Cuevas Mackenna, hermana de Lucho. Pero tampoco allí se dieron las condiciones de seguridad que se buscaban: llegaba mucha gente y se mantenía una vida social intensa, lo que obligaba a Pablo y a la Hormiga a permanecer escondidos en un cuarto del segundo piso. Era indispensable buscar una nueva caleta.

Se ocultó luego en el departamento de Nana Bell, que era de propiedad de la suegra del Paico, Graciela Matte Hurtado, al fondo de una

calle ciega, en las inmediaciones de Providencia y Pedro de Valdivia. La entrada del edificio resultaba muy visible, de modo que, casi en seguida, se decidió que no era adecuado como escondite y se le condujo a otro lugar.

III

EL ELEFANTE BLANCO

Otra estación del fugitivo fue una casa de la calle Ana Luisa Prats, en Nuñoa. Allí ocupaba un lugar considerable un refrigerador blanco de gran tonelaje, cuya puerta gorda y abombada terminaba en arco de medio punto y producía, al cerrarse, un chasquido de automóvil. Los autos de la época eran también así gordos, como inflados, sin ángulos visibles. Era lo que se llamaba «diseño aerodinámico», un estilo que irradiaba desde Estados Unidos hacia los cuatro puntos cardinales y que daba la sensación de *la modernidad*. Esta máquina doméstica, que sobrepasaba los dos metros de altura, no estaba en la cocina, donde por cierto no cabía, ni en el pequeño comedor, sino en lo que se llamaba el *hall* o, algo más tarde, el *living*.

El dueño de casa era el escritor y periodista Luis Enrique Delano, muy amigo de Neruda. Un día, a comienzos de 1948, en Nueva York, donde era cónsul de Chile, Luis Enrique dijo a su esposa, la fotógrafa Lola Falco: —En Chile, el gobierno está persiguiendo a Pablo. Lo busca la policía. A mí me van a sacar muy pronto. Creo que será mejor que tú y yo nos vayamos a Chile ahora. Yo me iré después.

—¿Pero por qué? —preguntó Lola—. Es mejor que viajemos juntos. En cuanto te

Otra estación del fugitivo fue una casita de la calle Ana Luisa Prats, en Ñuñoa. Allí ocupaba un lugar considerable un refrigerador blanco de gran tonelaje, cuya puerta gorda y abombada terminaba en arco de medio punto y producía, al cerrarse, un chasquido de automóvil. Los autos de la época eran también así: gordos, como inflados, sin ángulos visibles. Era lo que se llamaba «diseño aerodinámico», un estilo que irradiaba desde Estados Unidos hacia los cuatro puntos cardinales y que daba la sensación de *lo moderno*. Esta máquina doméstica, que sobrepasaba los dos metros de altura, no estaba en la cocina, donde por cierto no cabía, ni en el pequeño comedor, sino en lo que se llamaba el hall o, algo más tarde, el living.

El dueño de casa era el escritor y periodista Luis Enrique Délano, muy amigo de Neruda. Un día, a comienzos de 1948, en Nueva York, donde era cónsul de Chile, Luis Enrique dijo a su esposa, la fotógrafa Lola Falcón:

—En Chile, el gobierno está persiguiendo a Pablo. Lo busca la policía. A mí me van a echar muy pronto. Creo que será mejor que tú y Poli se vayan a Chile ahora. Yo me iré después.

—¿Pero por qué? —preguntó Lola—. Es mejor que viajemos juntos... En cuanto te

echen, nos vamos.

—No —insistió Délano—, es mejor que ustedes se vayan primero. Así tú te preocupas de organizar la casa y ver como están las cosas allá. Yo me iré después, en cuanto me manden el sobre azul. No se puede saber de antemano si al llegar a Chile va a haber dificultades con la policía. Y no quisiera que nos viéramos envueltos los tres en una situación molesta. Si hay problemas, los enfrentaré yo solo. En esos casos, uno se puede manejar mejor que tres.

Lola aceptó a regañadientes y viajó a Chile en barco, junto con el único hijo del matrimonio, Poli, que entonces tenía trece años. En Santiago, se instalaron ambos en una pequeña casa de la calle Ana Luisa Prats, de Ñuñoa, que Luis Enrique había comprado algún tiempo antes.

Hacia fines de 1948, alguien le preguntó a Lola, por encargo de la dirección del partido, si estaba en condiciones de alojar por unos días a una pareja no identificada. Ella dijo de inmediato que sí, porque estaba dispuesta a ayudar en lo que fuera, sobre todo en un momento de represión como el que se vivía y también porque, sin duda, era eso lo que habría dicho Luis Enrique. Un día más tarde, escoltados por el historiador Álvaro Jara y su esposa Sara Weitzman, aparecieron Pablo y la Hormiga, con una gran maleta.

Hubo saludos cordiales. Lola reconoció de inmediato a Pablo, aunque ahora lucía barba. Delia se veía siempre igual a sí misma. La dueña de casa les cedió su dormitorio y ella se acomodó con Poli en el otro cuarto.

Como solía suceder con todos los visitantes, Sarita se sintió atraída por el gran refrigerador. Lo abrió, observó su contenido y extrajo de él mantequilla, leche y algún trozo de queso, materiales con los que improvisó unas onces, en medio de la contenida irritación de Lola, que no fue consultada. Esa misma tarde, Neruda cayó bajo el influjo del refrigerador. Se detuvo frente a él en una prolongada contemplación. Luego lo examinó por los costados y, si no hubiera sido tan pesado, habría querido también conocer los misterios de sus mecanismos, en la parte posterior, pero no era fácil alejarlo de la pared. Por último, le hizo una reverencia profunda acompañada de ademanes litúrgicos y lo bautizó «El Elefante Blanco». En los días siguientes, el poeta reiteraba sus zalemas cada vez que pasaba delante del artefacto.

La convivencia entre la dueña de casa y sus huéspedes no fue del todo fácil. El diario *La Nación* y las radios informaban todos los días sobre las pesquisas para detener al comunista prófugo y afirmaban que su captura era inminente. Que lo habían visto aquí, allí o más allá. Lola sentía nerviosidad, porque le parecía que las cosas se manejaban «al lote». A la casa llegaban de pronto dirigentes del partido, entre ellos algunos muy conocidos, y celebraban largas reuniones a puerta cerrada con el compañero poeta, después de lo cual se quedaban a almorzar o a comer. A otras horas aparecían amigos o amigos de Pablo, que actuaban de igual manera. La dueña de casa no recibía ningún aporte monetario de Neruda, ni de la Hormiga, ni del

partido y tenía que salir a menudo a comprar provisiones e improvisar condumios en cualquier momento. Probablemente, debido al cargo consular de Luis Enrique, los compañeros se imaginaban que la familia era más pudiente de lo que realmente era. Tímida, aunque maldiciendo por lo bajo, Lola no se decidía a pedir nada a sus huéspedes. Terminó por enviar un SOS a Luis Enrique para que le despachara algún dinero.

Pablo mantenía su estricto sistema de trabajo. Escribía por las mañanas, generalmente a mano, con lapicera fuente y, algunas veces, con máquina de escribir.

Lola, que era una fotógrafa artística profesional, consideró que no podía perder la ocasión de registrar su imagen en un momento histórico. Hizo toda una serie de retratos suyos en el pequeño patio de atrás. A veces, servía de fondo el muro medianero, de ladrillos en pandereta. A algunos amigos europeos, que más tarde vieron una de aquellas fotografías, les pareció un muro de prisión: Pablo se ve en ella melancólico, con barba, camisa a cuadros, pantalón gris y con los pies descalzos, sentado sobre un cajón. Detrás, los ladrillos. Meses después, el diario *La Nación* publicó la misma fotografía como evidencia de la perfidia del poeta comunista, que posaba de preso sin serlo.

La dueña de casa alimentaba a sus huéspedes con la comida casera de siempre: cazuela, charquicán, ensaladas y frutas de la estación. Un día Pablo le sugirió preparar un *curry*, según las reglas de la cocina de la India.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Lola.

—Son diferentes platos: arroz al azafrán, frutas secas, frutas frescas, pasta de pollo con especias, muy picante, almendras con nueces y avellanas...

—Pero, ¿cuántos son entonces?

—Es uno solo, pero que se compone de varios platos.

—¿Cuántos?

—No sé, unos siete...

—¡Es demasiado! —dijo Lola tajante.

—Son platos pequeños —insistió débilmente Neruda.

Lola lo miró con firmeza y dio media vuelta. No se habló más del tema.

No obstante, en la casa se mantenía el clima de convivencia alegre que sabía crear Pablo, sazonado con pelambres sobre asuntos de faldas y pantalones. Con la dueña de casa, el poeta se mantenía al día y comentaba las fluctuaciones que se registraban en las relaciones entre parejas conocidas. Pero la Hormiga solía parar este tipo de diálogos con una sola palabra seca, que era como una luz roja:

—¡Pablo!

Ante la cual el interpelado bajaba la cabeza y se alejaba, algo mohino. Después descubrió la forma de continuar el comentario, fuera del alcance de las orejas de la censora: daba un rodeo por el patio y conversaba con Lola, a través de la ventana de la cocina.

En cierta ocasión, fue Delia misma quien trajo a colación algún asunto reciente y algo escandaloso, de infidelidad conyugal. Fiel a su formación bolchevique puritana, comenzó a

condenar con severidad la conducta de la infiel, cuando Pablo, en un arranque de audacia poco frecuente le espetó:

—¡Y usted qué habla, cuando ha sido la gran *culifresca!*

La Navidad pasó tranquila. A pesar de las insinuaciones del poeta, que quería ver a algunos de sus amigos, el único invitado a la cena fue el recio y moreno Humberto Abarca (El Guatón), cuya sonrisa nortina, de grandes dientes blancos, le gustaba a Pablo. Formaba parte de la comisión nacional de organización del partido, era diputado, de profesión chofer de autobús y dirigente sindical de los autobuseros. Lola dispuso un menú simple, pero cedió a uno de los pedidos del alojado y sirvió de postre unos meloncitos calameños al *kirsch*.

En enero de 1949, los calores santiaguinos de más de 30 grados se hacían difíciles de resistir. Pablo añoraba las vestimentas livianas y frescas del sudeste asiático y consiguió con alguna dama compasiva (no la Hormiga, ignorante absoluta del arte de la costura, ni Lola, que desaprobaba la operación), que le cosiera la abertura frontal de unos calzoncillos blancos y sueltos, de tela de algodón. Con ellos y una camisa se pavoneaba, diciendo que era una tenida colonial de shorts y cada vez que pasaba ante el Elefante Blanco, se inclinaba profundamente en homenaje de respeto y devoción.

Una tarde, a fines de enero, llegó muy nervioso el escritor Rubén Azócar, amigo de Neruda desde su primera juventud, para informar que la policía andaba buscando al poeta en la

comuna de Ñuñoa. El dato era de buena fuente.

Lola transmitió la información «arriba», es decir, a los dirigentes, a través de un enlace. «Arriba» se consideró que las cosas se ponían peliagudas con Neruda y que ya era tiempo de cambiar el escondite. Al día siguiente, el diario *La Nación* aseguraba que la captura del senador y agente comunista prófugo era cuestión de horas.

63 ALLANAMIENTOS

En medios políticos se decía que en realidad el gobierno «no quería» detener a Neruda, por la repercusión internacional que este hecho tendría. Lo mismo afirmó el propio González Videla, muchos años después, en sus memorias. Sin embargo, en un oficio dirigido el 24 de marzo de 1948 al ministro de la Corte de Apelaciones, Miguel González Castillo, el director general de Investigaciones, Luis Brun D'Avoglio, da cuenta detallada de los intensos esfuerzos de la policía civil por detener al senador Pablo Neruda. En parte dice:

«Inmediatamente iniciado el proceso en referencia se procedió a designar personal del servicio, a fin de que siguiera de cerca los pasos del señor Neruda, manteniendo sobre él una estrecha vigilancia, lo que se consiguió satisfactoriamente, hasta el momento en que aquél pretendió abandonar el país por los Andes. Desgraciadamente, la falta de medios adecuados impidió que se continuara con éxito esta labor preventiva, pues el Servicio no cuenta con auto-

móviles capaces de efectuar largos recorridos, como el caso lo requería. Por otra parte, cabe destacar que diligencias de esta naturaleza, que deben llevarse en estricto secreto, se dificultan enormemente en atención a la circunstancia de que los automóviles de la Institución, por disposición legal, llevan pintado en forma muy visible un disco con la leyenda 'Dirección General de Investigaciones. Fiscal'.

»En todo caso se colocaron puntos fijos en los domicilios del señor Neruda en Santiago e Isla Negra y se dispuso vigilancia especial en aquellos sitios a que concurría con mayor frecuencia, pero, desde cinco días antes que fuese despachado el mandamiento de detención, se observó que ya no llegaba a ninguna de esas partes».

El jefe policial agrega que se mantuvo vigilancia sobre 16 automóviles, de propiedad de diversas personas, vehículos que habitualmente ocupaba el desaforado senador. Y observa: «El señor Neruda, por otra parte, cuenta con numerosos amigos en los círculos intelectuales, políticos y diplomáticos, fuera de sus correligionarios del Partido Comunista, los que fácilmente han podido ocultarlo».

El oficio del jefe de Investigaciones incluye, a continuación, la lista de 63 «domicilios sospechosos» que fueron sometidos a registros y allanamientos en busca del fugitivo. La lista es la siguiente:

«1.—Avenida Lynch 164, casa del señor Neruda.

2.—Los Encomenderos 0240, casa de Ubaldo Cintolesi Galli.

- 3.—Avenida Perú 944, casa de Clara Rosa Otero Silva.
- 4.—San Diego 545, casa de Israel Friedman Schamis.
- 5.—Dieciocho 229, casa de Guillermo Edwards Hurtado.
- 6.—Pedro L. Cuadra 185, casa de Ramón Pérez Yáñez.
- 7.—Bellavista 0199, casa de Angel Cruchaga Santa María.
- 8.—Avenida Lazo 1360, casa de Tomás Lago.
- 9.—Camino Macul Alto s/n, casa de Juan A. Rieloff.
- 10.—Covadonga 318, de San Bernardo y Ahumada 370, domicilios de Héctor Bagolini Wolleter.
- 11.—Arturo Prat 1171, de Juvenal Rubio.
- 12.—Fermín Vivaceta 3858, casa de Manuel A. Vásquez Ubeda.
- 13.—Nelson 1869, casa de María Jorquera Romero.
- 14.—San Francisco 1666, casa 6, casa de Carlos Morales.
- 15.—Concepción 288, casa de Manuel Solimano.
- 16.—Criadero Aves Colina, casa de Rolando Ramírez.
- 17.—Pasaje Matte 82, Depto. 704, casa de David Copelmann.
- 18.—Pío Nono 439, casa de Octavio Molinari.
- 19.—Tobalaba 881, casa de Alfredo Lagarrigue.
- 20.—Población San Pablo, Barrancas, casa de Nemesio Díaz.

- 21.—Parcela 26, de Maipú, de Eduardo Contardo.
- 22.—Silva Vildósola 275 A, casa de Inés Valenzuela.
- 23.—Local del P. Comunista de Rosas 1436.
- 24.—Local del P. Comunista de Rosas 1432.
- 25.—Moneda 924 y Bernardo O'Higgins 1221, domicilio de Fernando Silva Yoacham.
- 26.—Santa Victoria 0121, casa de Abel Vergara Saavedra.
- 27.—Smith 831, en San Bernardo, casa de Esaú Ramírez.
- 28.—San José Oriente 0285, de San Bernardo, casa de Aristóteles Molina y Hugo Mendoza.
- 29.—Libertad 886, casa de Laureano Saavedra.
- 30.—Matucana esquina de Rosas, casa de Juan Rojas.
- 31.—Matucana esquina de Yungay, casa de Alfredo Baeza.
- 32.—Matucana esquina de Martínez de Rozas, casa de Jaime Jodorosky.
- 33.—Sindicato de la Compañía de Gas, Bascuñán 642.
- 34.—Avda. Matta esquina de Chiloé.
(Imprenta).
- 35.—Álvarez Condarco 972, casa de Rubén Azócar.
- 36.—Paradero 23 de la Gran Avenida, casa de Juan Guerra Guerra.
- 37.—Andes 3995, casa de Luis Ayala.
- 38.—Santo Domingo 3620, casa de Juan Ruiz.

-
- 39.—Barros Arana 343, casa de Manuel Peña.
 - 40.—Bellavista 0599, casa de Victoria Miranda.
 - 41.—Miguel Claro 114, casa de Alberto Aracena.
 - 42.—Bellavista 0217, casa de Mario Morel Garretón.
 - 43.—Quinta Doce de Abril de Malloco, de la Dra. Figueroa.
 - 44.—Victoria Subercaseaux 91, casa de Mario Morel.
 - 45.—Moneda 1170, CTCH, del señor Bernardo Araya.
 - 46.—Domicilio sospechoso en El Tabo.
 - 47.—Domicilio sospechoso en El Algarrobo.
 - 48.—Domicilio sospechoso en Isla Negra. Propiedad de Neruda.
 - 49.—Domicilio sospechoso en El Quisco.
 - 50.—Domicilio de los dos regidores comunistas de Quinta Normal.
 - 51.—Domicilio de Mario Reyes Masson, en Perquilauquén (Ñuble).
 - 52.—Domicilio de Belarmino Gutiérrez, Villa Prat, Curicó.
 - 53.—Alrededores de Linares.
 - 54.—Con fecha 14 de febrero último (1948) se enviaron los telegramas en clave N°s 142 y radio 113 a los Jefes de Prefecturas del país en la siguiente forma: «Se reitera orden detención senador Pablo Neruda. Imparta instrucciones Jefes de Unidades su jurisdicción fin practicar averiguaciones en cada localidad debiendo tomar medidas evitar abandono país actuando contacto Carabineros para vigilancia

pasos fronterizos».

55.—Por telegrama 144, de 14-II-1948, se reitera la orden a Rancagua, Rengo, San Vicente, Buin, Puente Alto, San Bernardo, Los Andes, San Felipe, San Antonio, Melipilla, Talagante, en el sentido de vigilar estrechamente en su caso los pasos y puertos.

56.—Por telegrama en clave se avisa a la Prefectura de Antofagasta que existe la posibilidad de que el Senador Pablo Neruda trate de salir del país por Ollagüe o Socompa.

57.—Se dispone que el Jefe de Investigaciones de San Fernando registre el domicilio de Víctor Puelma.

58.—Se dispone que el Jefe de Investigaciones de Parral registre el fundo de Joel Reyes y el domicilio de Juana Retamales, ubicado en Victoria esquina Delicias, en Parral.

59.—Se dispone ubicación y detención del senador Pablo Neruda en Los Angeles.

60.—Se registra el domicilio del señor Mario Matta Echaurren, en la parcela «El Matorral», en Las Condes.

61.—Se registra la totalidad de los locales comunistas de la ciudad de Santiago y los alrededores.

62.—Se registra una casa de propiedad del Partido, ubicada en Barnechea.

63.—Se registra un fundo de los alrededores de San Fernando, de propiedad de un pariente del abogado señor Carlos Vicuña Fuentes».

El jefe de Investigaciones Brun D'Avoglio finaliza su informe al magistrado diciendo: «De

lo expuesto anteriormente puede US. deducir que el Servicio a mi cargo ha procedido con todo celo y acuciosidad, dentro de los medios con que cuenta, a practicar cuanta diligencia le ha sido posible, a fin de dar cumplimiento con éxito a la orden de detener al senador don Pablo Neruda».

IV

EL HOMBRE DEL WINNIPEG

Una tarde de septiembre de 1948, el ingeniero Jorge Bellet, hombre experimentado en la administración de varias empresas, llegó al tradicional hotel Schuster de Valdivia, donde se hospedaba habitualmente cuando iba del campo a la ciudad. En aquella época, Bellet pasaba la mayor parte del tiempo en una gran hacienda maderera, llamada Hucinahue, cuyas tierras llegaban casi hasta la frontera con Argentina. Al llegar al hotel, el empleado de la recepción le dijo que un señor alto y bien vestido, había preguntado por él y que lo esperaba en el bar.

Bellet vio en el bar a su viejo amigo, el ingeniero español nacionalizado chileno y profesor de la Universidad de Chile, Víctor Pey. Estaba sentado en un rincón, bebiendo agua mineral. Se abrazaron cordialmente.

—Te imaginaba a qué vengas — dijo Víctor. No solo se lo imaginaba. Lo sabía con certeza. Ambos estaban empeñados en una tarea compleja y peligrosa: sacar de Chile a un misterioso e inteligente perseguido. Hasta ese momento, Víctor desconocía la identidad del fugitivo. (Esto, según la versión de Víctor Pey, que difiere en este punto, como en algunos otros, de la de Bellet).

Pey era uno de los republicanos españoles,

Una tarde de septiembre de 1948, el ingeniero Jorge Bellet, hombre experimentado en la administración de variadas empresas, llegó al tradicional hotel Schuster de Valdivia, donde se hospedaba habitualmente cuando iba del campo a la ciudad. En aquella época, Bellet pasaba la mayor parte del tiempo en una gran hacienda maderera, llamada Hueinahue, cuyas tierras llegaban casi hasta la frontera con Argentina. Al llegar al hotel, el empleado de la recepción le dijo que un señor alto y bien vestido, había preguntado por él y que lo esperaba en el bar.

Bellet vio en el bar a su viejo amigo, el ingeniero español nacionalizado chileno y profesor de la Universidad de Chile, Víctor Pey. Estaba sentado en un rincón, bebiendo agua mineral. Se abrazaron cordialmente.

—Te imaginarás a qué vengo —dijo Víctor. No sólo se lo imaginaba. Lo sabía con certeza. Ambos estaban empeñados en una tarea compleja y peligrosa: sacar de Chile a un misterioso dirigente perseguido. Hasta ese momento Bellet desconocía la identidad del fugitivo. (Esto, según la versión de Víctor Pey, que difiere en este punto, como en algunos otros, de la de Bellet).

Pey era uno de los republicanos españoles,

que llegaron a Chile como refugiados políticos en el famoso barco «Winnipeg». Había combatido en la Guerra Civil Española como integrante de la columna Durruti y luego colaboró como ingeniero en la organización de las Industrias de Guerra Catalanas. Junto a su hermano, también ingeniero, siendo ambos muy jóvenes, llegaron a dirigir más de 500 fábricas de material de guerra en toda Cataluña.

Tras la derrota de la República, junto a su hermano y a un grupo de colaboradores, sin más medios que una brújula y más alimentos que unos terrones de azúcar, cruzó caminando los montes que separan España de Francia. Luego de unos kilómetros de recorrer una carretera francesa, la policía los detuvo y los internó en el campo de concentración de Le Bolou. De ahí a un nuevo campo, esta vez en Perpignan.

Pey había conocido a Neruda en 1939. Es posible que en Valdivia, aquella mañana de 1948 recordara las circunstancias de ese primer encuentro.

«Después de cruzar a pie la frontera desde España a Francia, atravesando los Pirineos, fuimos a dar, junto con mi familia, a uno de los campos de concentración instalados por el gobierno francés para los derrotados en la Guerra Civil. Era un tiempo de gran incertidumbre. Se sentía en el aire la proximidad de la II Guerra Mundial. No se divisaban fuerzas que pudieran, y quisieran, detener el avance de Hitler, que parecía incontenible.

»Había grandes peligros. De pronto llegaron al sitio donde estábamos, un campo

pequeño donde había unas decenas de familias españolas y un grupo de masones franceses, que desplegaban una magnífica solidaridad con nosotros. Habían sabido de la inminencia de un asalto de un grupo armado fascista al campo donde estábamos los 'rojos', es de suponer con qué intenciones. Nos sacaron de allí y nos repartieron en casas de amigos, en diferentes ciudades. Mi familia y yo fuimos a dar a Lyon.

»Mi primer contacto con Neruda data de agosto del año 1939, cuando me presenté en la Embajada de Chile en París. En Francia había corrido la noticia de la llegada de este cónsul especial, que traía la misión, encomendada por el gobierno chileno del Frente Popular, el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, de organizar el viaje de los republicanos a Chile. Llegué a la embajada y me dejaron entrar sin problemas. No había casi nadie. Hablé con Neruda y me pidió mis datos, profesión, edad, grupo familiar, etc... Su cara se mantenía impasible, tan impasible como sólo podía ser en ocasiones la cara de Neruda. Pensé que aquella había sido una gestión inútil. Me pidió que le dejase una dirección en París para avisarme, en caso que hubiese sido seleccionado para viajar en el «Winnipeg» con mi familia. Me marché seguro de que, por ese lado, estaba todo perdido.

»No ocurrió así. Tres o cuatro días antes de la partida del barco llegó un mensaje de la embajada chilena a la dirección que yo había dado. En París había, en esa época y creo que todavía lo hay, un sistema de mensajes llamados neumáticos. Había llegado, pues, un *pneumatique*,

diciendo que debía presentarme en Burdeos al día subsiguiente. Yo agarré y me fui desde París rápidamente a Lyon, donde estaba mi familia y de allí partimos a Burdeos.

»Por alguna razón ignorada, en la lista de mi grupo familiar faltaban dos personas. Aparecía yo, aparecían mi hermana y mi cuñado, pero no estaban los nombres de mi madre ni de mi otro hermano. No había tiempo de nada. Salimos, pues, hacia Burdeos, con la intención de ver, ante todo, si podíamos conseguir que Neruda incorporase a los que faltaban. Con mi hermana y mi cuñado llegamos a Pouillac, el puerto donde estaba anclado el «Winnipeg». Ya se estaba embarcando la gente, desde hacía un par de días. Yo me imaginaba que iba a tener grandes dificultades, pero estaba decidido a dar la lucha por conseguir lugares a bordo para mi madre y mi hermano. Frente al barco, detrás de unas mesitas, estaban Neruda, la Hormiguita y otras personas, dedicadas a comprobar en las listas los nombres de los que iban a viajar. Me dirigí a Neruda y le expliqué lo que me sucedía: ¡en la lista faltaban dos personas de mi familia! Y él me responde así no más:

—Diles que vengan.

»No me pidió papeles, documentos, nada. No tenía ni la más remota idea de quién era yo, no sabía si yo estaba diciendo verdad o mentira. Su modo de actuar era, pues, muy informal. Algo extrañado, pero contento, corrí a poner un telegrama y me quedé esperando a mi madre y a mi hermano. Llegaron al día siguiente, apenas una hora antes de que el «Winnipeg»

levase anclas y nos embarcamos todos. Era un barco de carga de 5.000 toneladas, transformado para llevar pasajeros. En las bodegas se instalaron literas. No era confortable, pero nadie ponía atención en eso. Era la libertad.

»El vínculo mío con Neruda no fue más que ese en aquel tiempo. Pasaron unos diez años antes que volviese a verlo».

UN INTENTO FALLIDO

El 2 de febrero de 1948 llegó a Portillo, en la cordillera de los Andes, frente a Santiago, un automóvil con patente de Valparaíso, en el que viajaban el senador Neruda y los diputados comunistas Humberto Abarca y Andrés Escobar. Los viajeros pretendían atravesar la frontera con destino a Argentina. Así se lo dijeron a los policías del destacamento Portillo, dependiente de la sub-comisaría Los Andes. Estos no autorizaron a Neruda para salir del país.

Los frustrados viajeros emprendieron el regreso a Santiago. En el Senado se aprobó el mismo día el desafuero de Neruda. Era posible que ya el tribunal hubiera ordenado su arresto y que la policía lo anduviera buscando. El partido no había previsto esta situación, de modo que sus acompañantes no sabían adonde llevarlo. No podía volver a Michoacán, su casa de la avenida Lynch, ni a Isla Negra, que serían los primeros lugares adonde llegarían a buscarlo. ¿Adónde ir?

Descartando nombres y posibles lugares, Neruda escogió la casa del ingeniero José Saitúa

Pedemonte, conocido en sus tiempos de estudiante por su actuación como dirigente de las Juventudes Comunistas en la universidad. Sin embargo, en los círculos que frecuentaba aparecía como un hombre de negocios, nadie o muy pocas personas recordaban su pasado de dirigente político. El poeta lo escogió, además, porque estaba casado con Gloria Nistal, una refugiada española, a quien había conocido en España en plena guerra civil. Esto complacía a Neruda.

Llegaron, pues, de madrugada a la casa de Saitúa, en la avenida Los Leones, cerca de la plaza de la Alcaldesa. Al otro día, con riesgo evidente de ser detenido, Neruda fue llevado en un auto hasta la sede del diario comunista *El Siglo*, donde dio una conferencia de prensa. (El diario fue prohibido poco después). El poeta declaró a los periodistas presentes:

«Este nuevo viaje tenía sólo por objeto destacar, ante testigos ajenos a mi causa, el hecho de que no gozo de las libertades inherentes a todo chileno y, más todavía, a un parlamentario. El Senado de la República ha reiterado que me asiste la plenitud de mis derechos para ausentarme del país». Luego hizo entrega a los periodistas de copias de un documento, emitido por Carlos Wenzel Geerdte, inspector jefe de Investigaciones en Portillo en el que se dice, con fecha 2 de febrero de 1948: «El Servicio a mi cargo no permitió la salida del país del ciudadano chileno don Pablo Neruda, a petición expresa de las autoridades de migraciones de la República Argentina, en el sentido de que por ningún motivo se le permitiría su entrada a dicho país y

por otras causas que explicaré a la Superioridad al ser requerido».

Neruda agregó: «Aquí hay una evidente contradicción, ya que mi pasaporte está visado en Santiago por la representación diplomática argentina. Además, los diarios publicaron hace pocos días una declaración del ministro argentino, en que se explica que no hay ningún obstáculo que impida al senador Neruda dirigirse a Buenos Aires».

Fue su última actuación pública en Chile. Luego tendría que pasar a una clandestinidad total.

Muy pronto se advirtió que su permanencia en casa de Saitúa era riesgosa. En la casa había dos niños chicos y una empleada doméstica, extremadamente curiosa y muy comunicativa. Y la búsqueda del poeta por la policía era la noticia del momento. El 5 de febrero, con total uniformidad, los principales diarios, entre ellos el de gobierno, *La Nación* y el vespertino *El Imparcial*, titularon en gruesa tipografía a todo lo ancho de sus primeras páginas:

SE BUSCA A NERUDA POR TODO EL PAÍS

Bajo este título, un resumen de la información, idéntica en los diferentes medios de prensa, decía textualmente: «Numeroso personal trata en estos momentos de ubicar al parlamentario comunista que está prófugo. —Orden de detención con allanamiento y descerrajamiento dictó el ministro sumariante, señor González Castillo. —Una importante diligencia a Isla Negra, donde posee una valiosa propiedad de

descanso el Sr. Neruda. Otras diligencias judiciales realizadas hoy en torno a este proceso».

«Será premiado el personal de Investigaciones que dé con su paradero».

El mismo diario anunciaba al final de esa nota: «También se nos informó, a última hora, que 300 agentes fueron citados al teatro de Investigaciones, para recibir instrucciones pertinentes de altos jefes».

Fotografías del poeta comenzaron a aparecer en los diarios y en la radio se hablaba a cada instante del caso Neruda. Se decía que estaban a punto de tomarlo preso, que estaba cercado, que ya iba a caer.

OPERACIÓN PICAFLORES

Según relata Jaime Perelman, el fugitivo pasó varios meses de 1948 en la casa de sus padres, el arquitecto Simón Perelman y su esposa Elisa Ide. La casa, de dos pisos, estaba emplazada al interior de un vasto terreno, de unos 50 metros de frente por 100 de fondo, en la avenida Antonio Varas, número 999.

Un día llegaron Pablo y la Hormiga. Simón los presentó como el tío Pedro y la tía Sarita y algo después le dijo a Jaime, entonces de 12 años, que debía trasladarse a la pieza de su hermano Max y ceder su dormitorio y su cama a los visitantes, que iban a pasar un tiempo en la casa, mientras hacían ciertos trámites.

Tal como había sucedido en otros casos y en otras casas, la presencia de Neruda revolucionó

el ambiente del hogar, introdujo cierto clima de festival permanente, que parecía acompañar al poeta, alteró las costumbres de la familia y produjo cambios duraderos en la visión del mundo de los cuatro hijos del matrimonio, en especial de los dos mayores, Max y Jaime, que fueron interlocutores frecuentes del poeta. También influyó en el hijo menor, que se encontraba todavía en el vientre de su madre: fue bautizado Pablo.

Los niños veían al poeta principalmente por las tardes, cuando regresaban de sus clases en la Alianza Francesa, fuera de los sábados por la tarde y los domingos. A menudo lo observaban a través de la ventana del dormitorio, en la parte de atrás de la casa, escribiendo a máquina. Lo hacía con dos dedos, pero a gran velocidad. Jaime sigue maravillándose hoy del ritmo sostenido y rápido con que fluían desde aquel cráneo, a través de aquellos gruesos dedos, los versos del *Canto General*, aunque sólo más tarde supo de qué se trataba. Nada de quedarse en suspenso, meditando al comenzar una página o en la mitad de ella, ningún momento en blanco, como dicen que tienen muchos escritores; ninguna pausa, fuera de las que él mismo determinara. Era como si estuviera simplemente trasladando al papel algo que estaba ya escrito y completo en su cabeza. En cuanto veía a los niños les dirigía un saludo, les hablaba brevemente y luego seguía en su faena sin perder el hilo.

La Hormiga pasaba buena parte del día dibujando manos y caballos en grandes hojas de

papel de dibujo.

Después de su jornada, Pablo se instalaba a conversar. «Nos daba mucha pelota», dice Jaime. Sus recuerdos son fragmentarios, aunque muchas veces ha querido reconstruir aquellas conversaciones: «Si en ese tiempo hubiéramos tenido una grabadora...» Les contaba historias de elefantes, de aves y de monos, de la valerosa mangosta, que era capaz de desafiar y derrotar a la cobra más virulenta, de los innumerables dioses de la India.

Un tiempo se empeñó en hacerles unas curiosas clases de oratoria que eran, al mismo tiempo, de actuación teatral. Describía una situación con dos personajes: la discusión entre un obrero y su patrón. El obrero reclama que le pagan poco y lo hacen trabajar mucho; el patrón argumenta que si le paga más pierde plata y va derecho a la quiebra. Uno de los niños, por ejemplo Max, tomaba el papel del obrero y Jaime el del patrón.

A veces al revés. En ocasiones, el poeta asumía uno de los papeles. Estas escenas se repetían y lo curioso es que siempre surgían cosas nuevas. Por ejemplo, el obrero se quejaba de que no tenía plata para comprarle un remedio a su hijo enfermo. El patrón explicaba que tenía muchos gastos porque su hija se iba a casar. Al final, la imaginación volaba y entraban al baile el hermano del obrero, el socio del patrón, la cocinera, el carabinero de la esquina y hasta el gato.

Se cuidaba la clandestinidad de la pareja. A veces, en la mitad del almuerzo, aparecía la tía Fanny, que nunca consideraba necesario anunciar

su visita con anticipación. Los huéspedes se ponían a salvo huyendo a la cocina. En la mesa quedaban sus platos, delatores, que la tía no podía dejar de advertir con sus ojos penetrantes. Miraba a uno y a otro, pero no decía nada. Nadie decía nada y se producía un ambiente de lo más raro, silencioso, de cabezas gachas y miradas evasivas o interrogativas sin respuesta.

Los niños supieron muy pronto quiénes eran este tío y esta tía y se agudizó aún más su interés por ellos. Un día, Jaime le dijo a su amigo Poli Délano, compañero de su curso:

—Te voy a contar una cosa... Pero es el secreto más grande que puede haber. Así que me tienes que prometer que no se lo vas a contar a nadie.

Poli, con los ojos muy abiertos, lo prometió.

—En mi casa —siguió Jaime bajando la voz— está Pablo Neruda con su señora, que le dicen la Hormiga.

Al día siguiente, Poli enfrentó a Jaime con rostro muy serio:

—Mi mamá dice que está muy mal hecho que tú andes contando eso que me dijiste, que Neruda y la Hormiga están en tu casa. Que eso no se hace.

A Jaime esto le pareció una traición:

—¡Pero si te dije que no se lo podías decir a nadie!

Es evidente que para Poli, el «nadie» no podía incluir a la madre.

A veces llegaban visitantes. Uno frecuente era el arquitecto Santiago Aguirre, colega del

dueño de casa. Él fue, probablemente, quien le pidió a Simón que acogiera a la pareja. Un par de veces llegó con Santiago, un hombre robusto de grandes ojos azules. Jaime se enteró más tarde que era el diputado Ricardo Fonseca, máximo dirigente del PC. Una vez Aguirre y Fonseca se quedaron a alojar. Tuvieron que acomodarse los dos en una sola cama.

Un domingo salieron Simón, Pablo, la Hormiga y los dos niños a pasear en auto. Fueron hasta El Arrayán. Pablo llevaba anteojos oscuros, una gorra y una bufanda que le cubría parte de la cara. La Hormiga tenía puesto un gorro de lana.

Por las noches, después de comida, Neruda se instalaba en el living con los dueños de casa y a veces también estaban presentes los niños, a leer lo que había escrito durante el día. A los dos minutos, Simón estaba roncando. Neruda decía:

—Sch, no lo despierten, no digan nada.

Y continuaba la lectura, disminuyendo un tanto el volumen de su voz. Un día, de repente, a propósito de escopeta, recuerda Jaime, Pablo dijo:

—Hagamos un coctelito.

Y con el concurso de la señora Elisa preparó unas bebidas de fantasía, de colores diversos, que sirvió en vasos altos, adornados con frutas. «Pero a nosotros no nos dieron», suspira Jaime. Los «coctelitos» contribuyeron a crear un ambiente de extraordinaria animación y alegría, en el que todos participaban, hablando fuerte y con grandes risas.

Pero el recuerdo más fuerte de todos, para Jaime, es el de los picaflores. En la parte de atrás de la casa, frente a la ventana, había un arbusto seco, una maraña de ramas nudosas sin hojas. Neruda observó que a una enredadera florida de la casa vecina acudían a diario muchos picaflores, que se detenían en el aire ante cada una de las flores, lanzando de vez en cuando sus silbidos agudísimos. Discurrió entonces un sistema para atraerlos.

Explicó el proyecto a los niños, que lo adoptaron con entusiasmo. Se trataba en primer lugar de hacer flores de papel crepé, de diferentes colores. A continuación, estas flores debían ser colgadas de aquel arbusto seco a diferentes alturas. Pero esto no era todo. No era ni siquiera lo principal. Debajo de cada flor, sujeta con un alambrito, debía colocarse una ampolla de las de inyecciones (al parecer las había en abundancia en la casa, vaya uno a saber por qué), abierta en la parte superior. Estas minúsculas redomas debían luego ser llenadas con miel, diluida en agua.

La operación tenía complejidades. Desde cierta distancia, las flores de papel, más bien toscas y de tamaños diferentes, podían inducir a engaño. Algunas fueron confeccionadas por el propio Pablo. Otras, por los niños. Lo más complicado fue instalar junto o bajo las flores las ampollas con miel. Incluso fue necesario recurrir a una escalera de tijera. Esta fue la tarea de los niños, siempre bajo la dirección del *tío Pedro*. Los picaflores participaron en el juego, se dejaron engañar y llegaban a diario a libar la miel que daban aquellas extrañas flores, con gran

contentamiento del poeta y sus discípulos. La Operación Picaflores fue un éxito total.

Cuando llegó la hora de partir, rumbo a otra caleta, Neruda regaló a Simón, Elisa y familia los originales del capítulo del *Canto General*, titulado «Los conquistadores», que en parte escribió en aquella casa. El texto a máquina presenta gran número de correcciones manuscritas hechas por la Hormiga con tinta verde. Dejó además un mensaje:

«Este es el primer original, directo, de este capítulo del *Canto General*. Fue escrito en el mes de julio de 1948 entre Valparaíso y Santiago. Lo dejo en testimonio de cariño a la familia Perelman-Ide y a sus innumerables y simpáticos azotes, que contribuyeron a mi trabajo con la ebullición de sus jóvenes vidas a mi alrededor.

PN

agosto 1948

Original y correcciones, anotaciones de tía Sarita».

Jaime dice que después de la visita de Pablo y la Hormiga, su cama quedó muy combada en su parte central. Él, su hermano Max y también los más chicos contrajeron una fiebre literaria que duró en unos más que en otros y que, de cierta manera, los acompañó el resto de sus vidas. Él mismo escribió un larguísimo relato en prosa que alcanzó a mostrarle a Neruda antes de su partida. Lo encontró muy bueno.

EL SEVERO VÍCTOR PEY

En medio de la continua emergencia, que significaba la situación clandestina del poeta, pasando de una casa a otra y sin que se descubriera la forma más segura y adecuada para sacarlo del país, Galo González, dirigente del Partido, envió un mensaje al ingeniero Víctor Pey, pidiéndole su ayuda.

Hombre práctico y ejecutivo, Pey propuso llevar a Neruda y la Hormiga al departamento donde vivía, solo, en el último piso de un edificio de seis pisos, en Vicuña Mackenna 47, esquina de Eulogio Sánchez, departamento 606.

Era una gran responsabilidad y un asunto delicado. Doblemente para el ingeniero español, por su condición de extranjero. Aunque los dirigentes del Partido Comunista tenían gran confianza en él, lo cierto es que nunca había sido militante comunista, ni en España ni en Chile. Pey tuvo una entrevista clandestina con Ricardo Fonseca, secretario general del Partido Comunista. También estaba presente Galo González. Les dijo:

—Yo no soy comunista, pero podéis estar seguros de que siempre estaré con vosotros cuando seáis atropellados y perseguidos. Pero yo quiero que en esta misión se apliquen ciertas normas de manera muy estricta.

—De acuerdo —dijo Fonseca—, ¿y cuáles serían esas normas?

—Primero: yo lo voy a buscar a la casa de Saitúa, pero nadie debe saber el día ni la hora en que iré, ni siquiera el Partido. Segundo: nadie

debe establecer contacto conmigo, nadie debe saber mi domicilio ni mi teléfono. Desde teléfonos públicos yo llamaré a quien me indiquéis para informar o transmitir cualquier mensaje. Por cierto, sin mencionar nombres ni circunstancias.

Así se acordó, de manera que Pey tuvo completa autoridad sobre sus huéspedes. Sus contactos telefónicos eran sobre todo para transmitir recados de Neruda, quien siempre tenía muchos que dar. Pey, además, se entendía con el abogado Fernando Silva Yoacham, en esos tiempos el apoderado de Neruda para asuntos de dinero.

El departamento era muy pequeño: consistía en una sala de estar con un dormitorio adherido, que era como una ampliación, una cocinita, un baño y un clóset.

El ingeniero hacía sus ocupaciones normales y no se apartaba de la rutina establecida. Al mediodía pasaba por los establecimientos Oriente, en Plaza Baquedano, y compraba comida preparada para los tres. Almorzaban juntos. Lo mismo por la noche.

En la tarde del primer día que ambos pasaron en el departamento, Pey observó que en el lavaplatos había dos platos y los cubiertos respectivos sin lavar. Él lavaba lo que a él le correspondía. Ante su mirada interrogativa, la Hormiga le dijo:

—Querido, yo no puedo lavar los platos. Al tomar contacto con cualquier detergente o jabón mis manos se inflaman. Es una reacción alérgica.

—No te preocupes, yo te voy a resolver ese problema —le respondió Pey.

Ese mismo día le compró unos guantes de goma para que pudiera lavar sin alergias. La Hormiga los recibió estupefacta. A partir de ese instante, ya no hubo platos sucios.

En la maquinita de escribir portátil del ingeniero, Neruda escribía sin descanso. A veces, los poemas del *Canto General*. Pero, además, casi a diario, escribía con pasmosa facilidad, versos satíricos corrosivos contra los personajes del régimen. El dueño de casa mantenía para él una buena provisión de papel delgado y calcos y le ayudaba a sacar veinte o treinta copias de aquellos versos. Luego las ponían en sobres que dirigían a diversas personas: amigos, políticos, periodistas, escritores. Pey se encargaba de despacharlos por correo echándolos a buzones en diversos puntos de la ciudad. Entre los personajes castigados en aquellos feroces epigramas o letrillas aparecían con frecuencia Darío Poblete; el jefe de la policía, Brun d'Avoglio; el director de *La Nación*, Ramón Cortez Ponce; políticos como el diputado radical, Raúl Brañes; el director de *El Mercurio*, Rafael Maluenda; el almirante Inmanuel Holger, entonces ministro del Interior y, sobre todo, el propio González Videla.

Algo más tarde, el Partido Comunista lanzó un delgado folleto impreso en papel de diario, sin pie de imprenta, titulado *Antología Popular de la Resistencia*. En ella se recogieron aquellos poemas punitivos, como le gustaba llamarlos a Neruda. Estaban firmados con diferentes

seudónimos. Por ejemplo, estas **Revelaciones sensacionales sobre los atentados ferroviarios**, de Francisco J. Talero.

*No estamos adelantados
en fabricar atentados*

*en todos sus pormenores
explicaremos, señores,*

*las consignas horribles
con que se hacen estas cosas.*

*Llega de una francachela
Hitler González Videla*

*está limpiando el retrete
Goebbels Darío Poblete*

*lo llama y solemnemente
le da trabajo a su mente.*

*Goering D'Avoglio ha llegado:
todo está planificado.*

*Y D'Avoglio al Comisario
entrega todo el rosario.*

*El comisario a su gente:
—«Lo ha ordenado el Presidente».*

*Por estas y otras razones
se agita Investigaciones*

*y entre veinticinco agentes
sacan y ponen durmientes.*

*Si colocan explosivos
les sale más productivo.*

*Y si no les queda bien
le tiran piedras al tren.*

*O dejan en un rincón
un «Plan de Revolución»*

*o meten en un ropero
un documento «extranjero»*

*o el Reichstag sin previo aviso
quemar en Valparaíso.*

[...]

*Ay patria, qué noche triste!
Ay Chile, dónde caíste!*

Otra de las misiones de Pey consistía en comprar y llevar a Pablo todas las novelas policiales que apareciesen, en especial las de la serie del Séptimo Círculo. Y para la Hormiga, papel de dibujo en gran formato, carbón y lápices. Además debía traerle de la farmacia Petrizzio unos botes de medio kilo con una crema facial que Delia encargaba especialmente. Con esa crema se cubría el rostro por la noche y además se ponía bigudíes en el pelo. Antídoto eficaz contra la lujuria, en opinión de Pey.

Una noche, Neruda se mostraba inquieto, ahogado por el encierro forzoso. El ingeniero lo invitó a pasear por la terraza, que cubría el edificio entero. La escalera que subía hasta la azotea estaba junto a la puerta del departamento. A eso de las diez de la noche, subieron a dar su paseo. El poeta contempló largo rato la ciudad en sombras, el cerro San Cristóbal coronado por su virgen alba, que se veía muy cerca, las luces de los autos que pasaban por Plaza Italia. Estaba feliz. De pronto apareció una sombra a la entrada de la terraza. Era el portero. Pey lo saludó brevemente y el hombre se retiró. El poeta se puso nervioso. Dijo que era evidente que aquel hombre lo había reconocido, probablemente era un espía o un informante de la policía. Pey lo tranquilizó: conocía a aquel hombre desde hacía años y confiaba en su discreción.

Eran los días peores de la campaña anti-comunista. La prensa hablaba a diario de la cacería de Neruda. Decía que lo habían visto en uno u otro lugar, que su captura era «inminente».

Después de revisar los diarios del día, Pey y su huésped se sentaron una tarde a dialogar. El ingeniero le dijo:

—¿Sabes? Si la policía te arresta, eso va a ser una noticia mundial de enorme repercusión.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Y pienso que su efecto sería pésimo para el gobierno de González Videla. Políticamente, tal vez sería mejor que te capturasen.

Neruda se quedó mudo. Miró a Pey con incredulidad. Luego dijo:

—Si me detienen, esos tipos me van a humillar, tenlo por seguro. Los conozco. Me van a someter a todo tipo de indignidades.

Algún tiempo después, el Partido creyó conveniente llevarlo a otra parte. Terminó el período Pey, aunque el ingeniero catalán iba a desempeñar todavía un importante papel en la fuga del poeta.

En el largo poema que dedicó a su tiempo clandestino, *El fugitivo*, el poeta hace referencia —con alguna fantasía— a su permanencia en la casa de «un ingeniero de altos ojos». Julio Gálvez, penetrante investigador nerudiano, descubre en este poema referencias precisas al departamento de Vicuña Mackenna, frente al cual había un edificio en construcción:

*adiós a los andamios, a la estrella,
adiós tal vez a la casa inconclusa
que frente a mi ventana parecía
poblarse de fantasmas lineales.
Adiós al punto ínfimo de monte
que recogía en mis ojos cada tarde,
adiós a la luz verde de neón que abría
con su relámpago cada nueva noche.*

Aunque las interpretaciones prosaicas de poemas pueden inducir a errores y de paso destruir la poesía, agreguemos que, según Gálvez, aquel «punto ínfimo de monte» debe ser el cerro San Cristóbal, que Neruda contemplaba desde su ventana y «la luz verde de neón» parpadeaba en Plaza Italia.

V

RECITAL CLANDESTINO

El 2 de septiembre de 1948, un grupo numeroso de amigos de Neruda asistió a una lectura de poemas del *Canto General* en una casa de Providencia. Tomás Lago da detallada cuenta de este recital clandestino en su libro *Ojos y oídos. Cerca de Neruda*.

Rubén Asúa lo llamó por teléfono, preguntándole qué y le dijo que tenía encargo de citarlo a su casa a las tres y media de la tarde. Pensó vagamente que podía tratarse de algo relacionado con Pablo. Cuando llegó, Rubén jugaba a la ruleta con los Meason (viejos amigos de Neruda de Temuco), Samuel Letelier y Ron (Israel). Poco después llegó una camioneta y entraron todos en ella. Lago pensaba que iban lejos, fuera de Santiago, pero después de un breve trayecto, el vehículo se detuvo ante una casa con jardín en Providencia y los hicieron bajar.

Pablo estaba en una salita hacia la calle, comunicada con el corredor donde un grupo de personas estaba reunido: saludé a Delia, primeramente a su lado estaban Leticia (Reyer, la hermana de Neruda), Fernando (Silva Yeacohan, amigo de Neruda y su apoderado para cuestiones de dinero) y su esposa Mimi Halbur; el «Gordito» Encarnalida, director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile; Manuel Solimipo, su

El 2 de septiembre de 1948, un grupo numeroso de amigos de Neruda asistió a una lectura de poemas del *Canto General* en una casa de Providencia. Tomás Lago da detallada cuenta de este recital clandestino en su libro *Ojos y oídos. Cerca de Neruda*.

Rubén Azócar lo llamó por teléfono, cuenta Lago y le dijo que tenía encargo de citarlo a su casa a las tres y media de la tarde. Pensó vagamente que podía tratarse de algo relacionado con Pablo. Cuando llegó, Rubén jugaba a la rayuela con los Masson (viejos amigos de Neruda de Temuco), Samuel Letelier y Roa (Israel). Poco después llegó una camioneta y partieron todos en ella. Lago pensaba que iban lejos, fuera de Santiago, pero después de un breve trayecto, el vehículo se detuvo ante una casa con jardín en Providencia y los hicieron bajar.

Pablo estaba en una salita hacia la calle, comunicada con el comedor donde un grupo de personas estaba reunido: «saludé a Delia, primero; a su lado estaban Laurita (Reyes, la hermana de Neruda); Fernando (Silva Yoacham, amigo de Neruda y su apoderado para cuestiones de dinero) y su esposa Mimí Hübner; el «Gordo» Fuenzalida, director de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile; Manuel Solimano, su

esposa Meche y su hija María Inés; Delia Solimano, esposa de Lago y el diputado comunista Humberto Abarca».

Lago encontró a Pablo más gordo, con bigote y mosca, un bigote grueso y abundante. Llevaba su chaqueta de pana, color miel. La reunión se realizó en una sala no muy grande, donde había una pintura al óleo de una mujer oriental. Sirvieron whisky.

El objetivo de la insólita reunión, explicó Pablo, era leer en voz alta lo que había escrito últimamente: más de 70 páginas del *Canto General*, todo hecho entre el 27 de julio y el 10 de agosto, según dijo.

La lectura comenzó alrededor de las cinco de la tarde. Neruda dio a elegir entre algunos títulos: *El fugitivo*, *Los conquistadores*, *Los padres de la patria*, etc. Contó que había enviado a la hija del Dr. Cruz Coke, como regalo de boda, un poema sobre el padre Las Casas. Eduardo Cruz Coke, entonces senador conservador de tendencia socialcristiana, había defendido a Neruda en el Senado y se había pronunciado contra la represión anticomunista.

Los concurrentes se sentaron en redondo. Pablo se instaló en un diván, flanqueado por Delia y Abarca y leyó todo el extenso capítulo *El fugitivo*.

A Tomás Lago, la imprecación, en el pasaje de Valparaíso, le pareció muy fuerte. Le sugirió a Pablo no publicar ese poema hasta más tarde, cuando ya la dictadura hubiera hecho crisis, porque le parecía seguro que tratarían de presentarlo como antipatriota, antiporteño, etc.

Sobre los nombres propios, le hizo ver la inconveniencia de meter elementos tan transitorios en un poema que podía aspirar a la más larga supervivencia. Neruda no se dejó convencer. «Sus ideas sobre el particular son inflexibles», escribe Lago. Pablo dijo que era su deber usar la virtud indestructible de su poesía para estigmatizar a esas personas del régimen. Lago retrucó, diciendo que de todas maneras les hacía un favor al sacarlas del anonimato para ponerlas en un libro de calidad y que hoy día, si el abuelo de cualquier persona apareciese nombrado en un poema, digamos, de Victor Hugo, aunque fuese de la peor manera, de todos modos daría lustre a esa persona, porque el tiempo tiene esa cualidad. A cierta distancia, lo pasado se identifica con lo ilustre, bueno o malo. Las cortesanas célebres no denigran a nadie con su parentesco de abuelas. Además, pensaba Lago (pero no se atrevió a decírselo a su amigo en aquel momento), los funcionarios del régimen allí nombrados no eran tan malos ni tan abominables como para ponerlos en verso.

Neruda propuso luego que entre todos los asistentes se repartieran la tarea de dar lectura a *Los conquistadores*. Al principio no fue nada fácil, porque las voces no estaban preparadas. Había carrasperas inoportunas, inseguridad en el tono, etc., al extremo que a veces, más de alguno perdió el pie en una frase y ya no pudo recuperarse más. Le sucedió a Abarca, al nombrar una palabra de corte literario, la confundió con otra de uso corriente. «Cuando leía aquél —anota Lago— Pablo lo miraba con un especial interés,

como deleitándose con que un hombre rudo, formado por sí mismo, que ha sido cargador jornalero, pudiera manejar su poesía, leyéndola para intelectuales. Tomaba entretanto su whisky, entre las protestas de Delia, que le llevaba la cuenta».

Al cabo de un tiempo, la lectura adquirió cierto ritmo y mejoró. Todos escuchaban atentamente y con gran deleite. Pablo comentaba muchos pasajes y daba explicaciones acerca de los personajes históricos tratados. Alguien le hizo notar la gran extensión del poema dedicado a Carrera y lo corto del dedicado a O'Higgins.

Neruda habló de su fascinación personal por los Carrera diciendo: «¿No son algo fulgurante de vida humana y destino aciago? Yo no he sabido sobreponerme a la sugestión de su tragedia». Dijo que había escrito el poema a Carrera sin parar, pensando en la tragedia griega, por lo que le había puesto coro, había estudiado el hexámetro latino para eso. «Y al leer los versos nos obligó a cantar el coro con una melodía de rezongo improvisada en el momento».

Alguien habló de los defectos de los Carrera en la dirección militar y política, pero a eso Pablo opuso sus creaciones en la enseñanza y el progreso. Dijo que había leído últimamente mucho sobre la época y que consideraba sus reformas, fundamentales para entonces. Después leyó el poema sobre Manuel Rodríguez, escrito en el metro de la cueca. Mimí Hübner entonó los versos como canción.

Hacía frío en la sala; no había estufas. Alrededor de las diez de la noche los visitantes se levantaron para comer. La reunión se disolvió a

medianoche.

Unos días después, Tomás Lago llevó a Juvencio Valle a visitar a Pablo en su escondite. Estuvieron hasta las seis de la tarde, hablando de cosas banales, con escasos comentarios sobre política. Neruda estaba muy feliz con su perro Kutaca porque, después de tantos meses de ausencia, lo había reconocido y andaba todo el tiempo a la zaga de él. En las rodillas de Pablo estaba con las patas abiertas, bostezando «como una hetaira», al decir de la Hormiga. Como era de esperar, el silencioso Juvencio casi no abrió la boca.

LA REPRESIÓN CONTINÚA

La represión contra el Partido Comunista arreciaba. La revista *Vea* informaba:

**OCHOCIENTOS SON LOS COMUNISTAS DETENIDOS
EN TODO EL PAÍS; INVESTIGACIONES ACTUÓ EN
SANTIAGO CON LA PRECISIÓN DE UN RELOJ**

En la información se decía: «Hasta la tarde del lunes 27 de octubre, 800 eran los dirigentes políticos y sindicales pertenecientes al Partido Comunista, detenidos en todo el país. Esta cifra, con todo, no es oficial, porque la policía sigue guardando reserva sobre las proyecciones de esta acción. Pero la ciudad de Antofagasta, a pesar de este secreto, marca un récord, con más de 400 detenidos». Acompañaba la nota una fotografía de Julieta Campusano, regidora por

Santiago y miembro del Comité Central del Partido Comunista, la que «fue detenida a las 5 de la mañana del miércoles 22. Dio a luz una niña a las 11 horas de ese día». Omitió la revista decir que el parto se produjo en la Asistencia Pública, mientras la madre estaba detenida.

Avanzaba el año que, en su poema *Crónica de 1948 del Canto General*, Neruda llamó «mal año, año de ratas, año impuro». En el campo de concentración de Pisagua había dos mil comunistas, otros estaban detenidos en las cárceles o relegados a remotas islas del sur. Entretanto el poeta continuaba su vida subterránea en diversos domicilios, seguía escribiendo el *Canto General* y no se lograba sacarlo de Chile.

El dirigente de los maestros y ex diputado comunista César Godoy Urrutia, apodado por la derecha «El capitán veneno» por su oratoria corrosiva, recibió aquel año el encargo de entrevistarse con Neruda. Así lo relató en un artículo publicado en el diario *Puro Chile*, el 31 de octubre de 1971.

«Eran los días de la infamia, cuando el retrato de Neruda colgaba de comisarías y retenes policiales con la horrible leyenda: ‘Se encarga su detención’. Miles de hogares de nuestro pueblo abrieron sus puertas para darle asilo y protegerlo de la furia satánica de sus persecutores. Muchos poemas de Pablo identifican a esas casas y sus moradores. Gracias a ellos, trabajando de noche, en más de una casa, a la tenue luz de una vela, pudo seguir el poeta su grandiosa obra creadora. [...]

»El Partido Comunista en la ilegalidad,

había resuelto que saliéramos de Chile, vía Buenos Aires y camino de México para ayudar a la preparación del Congreso Continental por la Paz. Una noche, sigilosamente, nos llevaron hasta una casa semirural en Santiago, hacia el lado poniente, si nos orientamos bien y allí, en algo como quinta, nos esperaba Pablo Neruda para poner en nuestras manos la primera copia del poema *Que despierte el leñador*, que debía salir clandestinamente del país para hacer entrega de ella a determinadas personas en Buenos Aires.

»¡Cómo sería nuestra sorpresa, cuando fuera de lo previsto y del itinerario, el avión descendió en Mendoza, donde la policía federal procedió inmediatamente a detenernos y someter el equipaje a una rigurosa revisión! Felizmente, el poema, escrito en no menos de veinte hojas, lo llevábamos en una cartera interior del vestón, hasta donde no se deslizaron las manos intrusas.

»Fuimos trasladados a la policía federal de Mendoza, donde nos sometieron a nuevos registros. Será que no tenemos vocación de fakir, pero al disgusto de estar detenidos se agregaba la preocupación por el poema. Esta era la mortificación que sentíamos.

»Se armó cama en una oficina y de día nos permitían circular por un patio interior. El tercer día nos acercamos discretamente a un ciudadano que, luego de dejar estampadas las huellas dactiloscópicas, se estaba lavando las manos. Le dimos nuestro nombre y le pedimos que avisara por teléfono al Dr. Benito Marianetti, que estábamos presos. El hombre hizo la gauchada. No pasaron muchas horas y el viejo amigo y

camarada llegó al cuartel haciendo sonar su calidad de abogado. ¡Cómo descansamos cuando pusimos en manos suyas *El Leñador* de Pablo! Más tarde supimos que no pasaron días sin que circularan por las calles de Buenos Aires miles de ejemplares, que la gente arrebatava a los vendedores.

»En cuanto a nosotros, un juez nos llamó a declarar y como protestáramos por la arbitrariedad de la detención, muy serio, respondió:

—Usted no está detenido: está demorado... ¡Vaya si lo estábamos!

»Después de todo, ¿Qué importaba? Lo importante era que la misión se había cumplido».

VI

NUEVO PLAN DE FUGA

Una vez más, por petición de Galo González, Víctor Pey discutía un nuevo plan de fuga. Tenía relaciones con el ya nombrado Jorge Bellier quien, como se dijo, estaba montando en ese tiempo un aserradero al interior de la sireña provincia de Valdivia. Pensó que podría ser factible sacar a Neruda a través de aquel aserradero, cruzar la Cordillera, no tan elevada en esa región como en el centro de Chile, pasar el límite y llegar a Argentina. En uno de los viajes de Bellier a Santiago, (sin haberlo consultado con nadie) Pey le dijo:

— Mira, hay una persona, un amigo mío muy querido, que está perseguido. Yo quisiera ayudarlo a salir hacia la Argentina por el sur.

Analizaron los dos si aquello era posible, discutieron cuál sería la ruta más adecuada y comenzaron a planear desde ese momento el viaje hasta en los más mínimos detalles. Con el plan armado y completo en sus cargos oficiales, Pey envió un mensaje informando del asunto a Galo González, que era de hecho, en esa época, el principal dirigente del Partido Comunista. El secretario general, Ricardo Poncea, gravemente enfermo, murió meses después. El ingeniero español había conocido a Galo por problemas que había tenido Sainza con sus empresas.

Una vez más, por petición de Galo González, Víctor Pey discurrió un nuevo plan de fuga. Tenía relaciones con el ya nombrado Jorge Bellet quien, como se dijo, estaba montando en ese tiempo un aserradero al interior de la sureña provincia de Valdivia. Pensó que podría ser factible sacar a Neruda a través de aquel aserradero, cruzar la Cordillera, no tan elevada en esa región como en el centro de Chile, pasar el límite y llegar a Argentina. En uno de los viajes de Bellet a Santiago, (sin haberlo consultado con nadie) Pey le dijo:

—Mira, hay una persona, un amigo mío muy querido, que está perseguido. Yo quisiera ayudarlo a salir hacia la Argentina por el sur.

Analizaron los dos si aquello era posible, discutieron cuál sería la ruta más adecuada y comenzaron a planear desde ese momento el viaje hasta en los más mínimos detalles. Con el plan armado y completo en sus rasgos esenciales, Pey envió un mensaje informando del asunto a Galo González, que era de hecho, en esa época, el principal dirigente del Partido Comunista. El secretario general, Ricardo Fonseca, gravemente enfermo, murió meses después. El ingeniero español había conocido a Galo por problemas que había tenido Saitúa con sus empresas.

Además, lo había tenido un tiempo escondido en su casa. Unos días después llegó la luz verde. El plan estaba aceptado. Entonces le dijo a Bellet:

—Vamos a hacer el operativo del que hemos hablado —sin revelarle todavía de quien se trataba.

Para establecer las fechas precisas, Pey le dijo que él se iba a encargar de conducir a esa persona hasta la hacienda Hueinahue, una vez que Bellet le confirmara que existía la infraestructura necesaria. La tarea de Bellet era abrir, con su gente, un camino a través del espeso bosque sureño, como parte de un proyecto para llevar madera a Argentina por esa vía. Debía además contratar unos arrieros, buenos conocedores del terreno, baquianos, para que acompañaran al viajero. Una vez completadas estas operaciones, debía enviar un telegrama en clave y Pey partiría rumbo al sur acompañando al fugitivo incógnito.

Pasó el tiempo. Los plazos no se cumplían. A Santiago no llegaba ninguna noticia. Empezó a aumentar la preocupación de Pey y de los demás enterados del asunto. En aquel tiempo no había celulares, ni teléfonos, ni radio, ni sistema alguno de comunicación entre Santiago y la hacienda. En tales circunstancias, el ingeniero español viajó al sur, para ver qué estaba pasando.

Al ver a su amigo, aquella mañana en el Hotel Schuster de Valdivia, Bellet supo de inmediato el motivo que lo llevaba.

—He viajado desde Santiago para hablar contigo. Quiero saber qué sucede, por el asunto de mi amigo del que te he hablado. Es en serio y

no he sabido nada sobre la marcha del camino.

—La explicación es muy simple —respondió Bellet— y cualquiera que conozca el sur de Chile la entenderá en seguida: hemos tenido temporal tras temporal y los trabajos se han retrasado. Te invito a que vengas mañana conmigo a ver las obras.

Al día siguiente Pey pudo ver y examinar de cerca los trabajos en que estaba empeñado su amigo. Lo impresionaron bien el despliegue de gente y las máquinas que se usaban en las faenas para limpiar el terreno y arrancar los grandes troncos cortados a hachazos, los que luego debían ser transportados en camiones y carros Coloso y embarcados en balsas para cruzar sucesivamente dos lagos y seguir el viaje hasta Valdivia. Pudo apreciar que la construcción del camino a la frontera era una obra de gran envergadura, pero Bellet todavía estimaba que podría completarse antes del fin del verano, que en la región austral llega adelantado y suele ser muy breve.

Durante varias horas discutieron cada uno de los detalles que debían ser superados para sacar al fugitivo de Chile. Decidieron finalmente que los dos viajarían juntos a Santiago, para explicar a la dirección del partido todos los antecedentes de la proyectada operación.

SE TOMAN DECISIONES

Mientras el tren avanzaba hacia el norte, Bellet miraba sin ver el paisaje verde que se abría al paso del convoy. Se sentía excitado por la

tarea que se le había propuesto y estaba dispuesto a acometerla. Percibía sus dificultades, pero la consideraba factible. Su realización exigía, sin embargo, superar una cuestión previa que no era simple. Pensaba en su «patrón», el rico empresario José Rodríguez Gutiérrez, hijo de un comerciante español radicado en Valparaíso. Hombre de fuerte personalidad, había ganado mucho dinero con importaciones de Brasil y tenía inversiones en tierras, empresas industriales y comercio. Por razones económicas y políticas, José Rodríguez, Pepe para sus amigos, era cercano del gobierno de González Videla e incluso tenía una relación de amistad con éste. Sentía gran estimación y afecto por Bellet, no ignoraba su tendencia de izquierda y lo trataba no como subordinado sino como amigo. Cuando Bellet iba a Santiago, Pepe a menudo lo invitaba a alojarse en su gran casa de la calle Bernarda Morín, en Providencia. Pero no podía pensar en hacer a sus espaldas una cosa tan gorda como sacar del país, a través de su fundo, a un dirigente comunista. ¿Cómo iba a tomar el asunto cuando se lo planteara? Su patrón era un hombre de gran tolerancia y amplitud de criterio, pero no tenía nada de comunista.

Llegaron a Santiago y se separaron. Al día siguiente, Pey llevó a Bellet en su pequeño auto hasta una esquina de la calle Loreto, en las cercanías del puente del mismo nombre. A la hora convenida detuvo el vehículo. De inmediato se acercó un hombre:

—¿Pey, Bellet?

—Sí.

El hombre subió al auto y dio rápidas instrucciones:

—Avance derecho y estacione pasado el puente.

Obedeció y de pronto, como surgiendo de la nada, apareció otra persona dentro del vehículo. Pey y Bellet se dieron vuelta y comprobaron que el nuevo pasajero era Galo González. Bellet lo conocía, había tenido contacto directo con él desde sus tiempos juveniles de militancia activa. Después, sus tareas profesionales y sus obligaciones familiares lo habían alejado de la vida política partidaria. Sin embargo, más de una vez, la dirección comunista había recurrido a él para resolver asuntos concretos y diversos, en ocasiones muy delicados. De manera que los «viejos» lo conocían bien y le tenían confianza. Esto explica que hubieran aprobado su participación en esta operación y también explica su situación ambivalente, como colaborador de confianza de un hombre rico, amigo de los jefes radicales y partidario del gobierno, que perseguía a los comunistas y, a la vez, compañero de ideales, con trato de tú, de los líderes del partido perseguido.

Galo, viejo obrero portuario, ancho y moreno, con pelo gris de quiska y bigotes también grises (para Jorge una novedad, porque antes no los usaba), mostraba su sonrisa bonachona de siempre. Despejó el misterio con una frase:

—Tú tienes que ayudarnos a sacar a Neruda.

La idea era que Pey acompañara al poeta en el viaje desde Santiago hasta la provincia de

Valdivia. A partir del punto que se fijara, Bellet se haría cargo de su traslado al exterior, atravesando la Cordillera. Agregó que la dirección del partido estimaba que el poeta debía viajar en un autobús junto con unos quince a veinte hombres armados, encargados de custodiarlo, hasta Futrono, a orillas del lago Ranco. Desde allí, seguiría el viaje con los arrieros contratados por Bellet.

—¿Qué le parece, compañero?

—Me parece un plan descabellado —respondió Bellet.

Galo alzó las cejas: —¿Por qué?

—Para comenzar, es un error movilizar a tanta gente porque, aunque sean compañeros de confianza y no estén informados en detalle, tendrán que saber que van a hacer un viaje de dos o tres días. También lo sabrán inevitablemente sus familiares más cercanos y otros. Eludir los controles policiales y tener una buena justificación para el traslado de un grupo tan numeroso, es sumamente difícil y arriesgado, sobre todo en momentos de tensión política como los que se viven. Además, sería casi imposible mantener en secreto el objetivo del viaje entre los participantes de la operación.

—Entonces, ¿qué proponen ustedes? —preguntó Galo.

Víctor Pey opinó que el viaje debía hacerse en un solo auto. Un vehículo que estuviese en óptimas condiciones mecánicas, muy bien revisado y provisto de repuestos para enfrentar cualquiera falla. Debía manejarlo un chofer que, además fuese mecánico y que conociera a fondo la

ruta. Pidió también nombres y direcciones de militantes probados, antiguos y firmes, que vivieran en los pueblos por donde se debía pasar obligadamente.

—¿Y eso para qué?

—En caso de una falla mecánica o cualquier entorpecimiento del viaje, hay que tener una casa donde se pueda dejar temporalmente al pasajero, hasta el momento en que sea posible continuar.

A Bellet le pareció que Galo estaba convencido de las ventajas del plan, pero éste dijo que, en todo caso, la dirección tenía que examinar de nuevo todo el asunto. Agregó que, en principio, si la cosa se hacía según lo propuesto, la salida de Neruda hacia el sur no sería antes de un mes. La fecha exacta sólo sería fijada el día antes de partir.

Todo fue confirmado una semana después. La proposición había sido aceptada, no sin largas discusiones y la oposición de varios dirigentes, según supo Bellet más tarde.

VII

INTERLUDIO ASIÁTICO

Entretanto, en la casa de Lola Enrique Delano, en la calle Ana Luisa Pratz, todo era apacible. El tiempo pasaba sin premura, como si nada inquietara a sus habitantes. El poeta escribía a máquina por las mañanas y cada vez que pasaba ante el Elefante Blanco lo saludaba con el gesto budista de la paz, juntando las palmas de las manos e inclinándose profundamente.

A Lola Falcón, a ratos le parecía que el propio Pablo tenía algún parecido con un elefante. Una tarde de mucho calor, en que el poeta, derribado en un sillón de mimbre, bebía un gran vaso de agua con cubos de hielo, Lola, también agobiada por el calor, hizo una rara pausa en su actividad doméstica y se sentó frente a él. Se le ocurrió de pronto preguntarle por qué al refrigerador lo llamaba el Elefante Blanco.

—Porque se parece a un elefante blanco, ¿no encuentras?

—No estoy muy seguro. Ya digo que tú habrás visto muchos más elefantes que yo sea en la India o en otros países asiáticos.

—Verdad. ¿Sabes, Lola? Yo siento una especie de identificación con los elefantes. Y sobre todo con el dios-elefante, Ganesh, el más simpático del Olimpo indio. Es un hombre con cabeza de elefante. O, si se prefiere, una cabeza de

Entretanto, en la casita de Luis Enrique Délano, en la calle Ana Luisa Prats, todo era apacible. El tiempo pasaba sin premura, como si nada inquietara a sus habitantes. El poeta escribía a máquina por las mañanas y cada vez que pasaba ante el Elefante Blanco lo saludaba con el gesto budista de la paz, juntando las palmas de las manos e inclinándose profundamente.

A Lola Falcón, a ratos le parecía que el propio Pablo tenía algún parecido con un elefante. Una tarde de mucho calor, en que el poeta, derrumbado en un sillón de mimbre, bebía un gran vaso de agua con cubos de hielo, Lola, también agobiada por el calor, hizo una rara pausa en su actividad doméstica y se sentó frente a él. Se le ocurrió de pronto preguntarle por qué al refrigerador lo llamaba el Elefante Blanco.

—Porque se parece a un elefante blanco, ¿no encuentras?

—No estoy muy segura. Es claro que tú habrás visto muchos más elefantes que yo, sea en la India o en otros países asiáticos.

—Es verdad. ¿Sabes, Lola? Yo siento una especie de identificación con los elefantes. Y sobre todo con el dios—elefante, Ganesh, el más simpático del Olimpo indio. Es un hombre con cabeza de elefante. O, si se prefiere, una cabeza de

elefante con cuerpo de hombre. En las estatuillas de bronce que proliferan en la India lo representan siempre bailando. En las láminas coloreadas, en cambio, está sentado, estático. A mí me han dicho que me parezco a un elefante. Yo preferiría parecerme a Ganesh.

Lola respondió:

—Bueno, sí. Algo tienes de esos animales, que ocupan tanto espacio. ¿Por qué te gustan tanto?

— No es sólo cuestión de gustos —dijo el poeta—. El elefante tiene todo mi respeto. Es el animal más proletario y el más explotado por el hombre. Le roban los colmillos y lo hacen trabajar en los circos. O peor aún, en los países del Asia tienen al pobre transportando troncos, acarreando enormes cargas, construyendo caminos, etc. Es dócil y dulce. Muy cariñoso con los niños. Pero, cuando se subleva... ¡ay!

—¿Qué pasa?

—No te quiero ni decir. ¡Ayayay!

—¿Tú has estudiado las religiones de la India?

—Tanto como estudiar, no. He leído, me he enterado en forma directa. Conversando. Pero para conocer de verdad el tema, habría que dedicarle una vida. Las religiones son muchas y los dioses se cuentan por miles.

—Y tú... Ganesh, ¿es un dios importante?

Neruda levantó un dedo pedagógico:

—Más importante de lo que se cree generalmente. Antes de comenzar cualquier trabajo hay que acordarse de Ganesh y dirigirle una plegaria. Si no se le invoca, no se consigue

nada bueno. Imagínate si no será importante.

—¿Y de dónde salió? ¿Cuál es su historia?

—Ante todo, es producto de la veneración por los elefantes. En la India hay muchos y basta mirarlos para darse cuenta que son santos. Pero, además, Ganesh ocupa un gran lugar en la historia sagrada. Tiene que ver con el fin del diluvio.

—¿También hay diluvio en la religión hindú?

—Por cierto. Todas las religiones del mundo hablan de un diluvio. La religión mapuche también. Es una catástrofe o varias catástrofes de los inicios de los tiempos, cuyo recuerdo se mantiene en la conciencia colectiva. Según los libros sagrados del hinduismo, el diluvio desató la oscuridad durante cuatro mil 320 millones de años.

—¡Qué precisión!

—Una precisión suiza —rió Neruda, que se divertía enormemente contando su historia— y al final de ese tiempo de las tinieblas, apareció... ¿quién crees tú?

—¿Ganesh?

—El mismo que viste y calza. En ese momento, dicen los sabios de la India, se escuchó un sonido bellísimo: ¡Ommm...!

—¿Om?

—Om. Y ese sonido, muy melodioso y alargado, Ooom, toma forma y se personifica en el dios-elefante, Ganesh, que aparece bailando entre las primeras luces del amanecer, rosadas y doradas y soplando una concha marina.

Lola dijo con intención:

—En resumen, tú prefieres los elefantes a las panteras.

El poeta sonrió y después se quedó meditando:

—Te refieres a la pantera birmana... La verdad es que si uno tiene una pantera no sabe si uno la tiene o si ella lo tiene a uno. Son fieras muy peligrosas.

Lola sacudió la cabeza y volvió a sus quehaceres.

Pablo parecía distraído. Habían entrado de golpe, por la ventana, los fantasmas de un tiempo lejano, sus años de cónsul de tercera clase en la India, Birmania, Ceilán, Singapur, Java.

Cuando salí a los mares fui infinito.

Era más joven yo que el mundo entero.

[...]

Yo no sabía que existía el mundo.

[...]

... fui el deshabitado que salía:

un pobre propietario de esqueleto.

[...]

Y comprendí que iba desnudo,

que debía vestirme,

nunca había mirado los zapatos,

no hablaba los idiomas,

no sabía leer sino leerme,

no sabía vivir sino esconderme,

[...]

*Tenía que contar con tanta nube,
con todos los sombreros de este mundo,
con tantos ríos, antesalas, puertas,
y tantos apellidos, que aprendiéndolos
me iba a pasar toda la perra vida.*

[...]

*Para mí todo era nuevo.
Estaba lleno el mundo de mujeres,
atiborrado como escaparate,
y de las cabelleras que aprendí de repente,
de tanto pecho puro y espléndidas caderas
supe que Venus no tenía espuma:
estaba seca y firme con dos brazos eternos
y resistía con su nácar duro
la genital acción de la impudicia.*

Para mí todo era nuevo.

Y de golpe, la India, la abyección, los miles de muertos cada día, de cólera, de viruela, de fiebres y de hambres... la gran ferocidad de la vida en el mundo colonial. La pobreza de los albergues sórdidos en Rangoon y el rigor del sistema de castas establecido, encima del sistema de castas milenario, por los funcionarios británicos, que miraban con desprecio a este latinoamericano cetrino, además «poeta», según se ha sabido, que se sienta durante horas a tomar té en un restaurante persa, que no frecuentan los occidentales... La nostalgia violenta de un día

lluvioso del sur, con aroma a madera mojada en el vendaval... y yo en medio del calor espeso, viscoso, húmedo y fétido de los trópicos del Asia.

*Viví en Birmania, entre las cúpulas
de metal poderoso, y la espesura
donde el tigre quemaba sus anillos
de oro sangriento. Desde mis ventanas
en Dalhousie Street, el olor
indefinible, musgo en las pagodas,
perfumes y excrementos, polen, pólvora,
de un mundo saturado por la humedad
humana, [...]*

«Entonces, de cuando en cuando, aquellas muchachas de ojos y caderas jóvenes, seres en cuyo peinado brilla una flor amarilla como el relámpago. Ellas llevan anillos en cada dedo del pie y brazaletes y ajorcas en los tobillos y además collares de color, collares que retiro y examino, porque yo quiero sorprenderme ante un cuerpo ininterrumpido y compacto y no mitigar mi beso. Yo peso con mis brazos cada nueva estatua, y bebo su remedio vivo con sed masculina y en silencio. Tendido, mirando desde abajo la fugitiva criatura, trepando por su ser desnudo hasta su sonrisa: gigantesca y triangular hacia arriba, levantada en el aire por dos senos globales, fijos ante mis ojos como las lámparas con luz de aceite blanco y dulces energías. Yo me encomiendo a su estrella morena, a su calidez de piel...»

En medio de este desorden de la mente y de los sentidos, siempre, la necesidad de la permanencia, de la estabilidad, de la compañera

persistente. Los angustiosos meses de asaltos corporales y rupturas con Josie Bliss, «mi» pantera birmana. La sed de la pasión nunca mitigada y luego el terror de la exigencia posesiva feroz y la fuga...

*Oh Maligna, ya habrás hallado la carta, ya
habrás llorado de furia,
y habrás insultado el recuerdo de mi madre
llamándola perra podrida y madre de perros,
ya habrás bebido sola, solitaria, el té del
atardecer
mirando mis viejos zapatos vacíos para siempre,*

[...]

*Maligna, la verdad, qué noche tan grande,
qué tierra tan sola!
He llegado otra vez a los dormitorios solitarios,
a almorzar en los restaurantes comida fría, y
otra vez
tiro al suelo los pantalones y las camisas,
no hay perchas en mi habitación, ni retratos
de nadie en las paredes.
Cuánta sombra de la que hay en mi alma
daría por recobrarte,*

[...]

*Enterrado junto al cocotero hallarás más tarde
el cuchillo que escondí allí por temor de que
me mataras,
y ahora repentinamente quisiera oler su
acero de cocina*

*acostumbrado al peso de tu mano y al brillo
de tu pie:*

[...]

*Daría este viento del mar gigante por tu
brusca respiración*

*oída en largas noches sin mezcla de olvido,
uniéndose a la atmósfera como el látigo a la
piel del caballo.*

*Y por oírte orinar, en la oscuridad, en el
fondo de la casa,*

*como vertiendo una miel delgada, trémula,
argentina, obstinada,*

*cuántas veces entregaría este coro de sombras
que poseo,*

*y el ruido de espadas inútiles que se oye en mi
alma,*

*y la paloma de sangre que está solitaria en
mi frente*

*llamando cosas desaparecidas, seres
desaparecidos,*

*substancias extrañamente inseparables y
perdidas.*

En sus Memorias, Neruda escribió:

«Y después de haberme casado en Batavia, ¿para qué me casé en Batavia?, aquella despedida. Josie Bliss se había resignado, al parecer dulcificada por el apoyo y las palabras juiciosas de mi vecino de enfrente, míster Fernando, que la había acogido. Había aparecido una tarde del modo más inesperado, ante mi casa de Colombo, sin más muebles que una

alfombra ni más vituallas que un saco de arroz y unos discos de Paul Robeson. Desde mi puerta, vociferaba al interior las más atroces injurias del vocabulario birmano y amenazaba con incendiar mi casa. Un día amenazó con un cuchillo a una dama visitante. Y ya. Se iba para siempre. Acudí a despedirme de ella al barco que iba a llevarla de regreso a Rangoon y a su casa solitaria del suburbio de Wellawatha. Era la separación definitiva. No puedo olvidar aquellos zapatos blancos coloniales, que ejércitos de servidores morenos se ocupaban de mantener siempre immaculados, llenándolos de tiza molida... El barco da los pitazos de la partida y Josie Bliss se desprende de sus acompañantes, me besa en un arrebatado de amor y dolor, se lanza y me llena la cara con sus lágrimas... Como en un rito me besa los brazos, el traje y, de pronto, baja hasta mis zapatos sin que yo pueda evitarlo. Cuando se alza de nuevo, su rostro está enharinado con la tiza de mis zapatos blancos... Esas lágrimas, ese rostro moreno manchado de blanco siempre están, siempre vuelven, en el recuerdo».

VIII

EL POETA FUGITIVO

Las preocupaciones de Jorge Ballester estaban muy lejos de los defensores, las religiones y los incansables asirios. Su problema era cómo sacar a Ballester en auto y pagar con él sin problemas el control del retén de carabineros de Angostura. Pero era fácil.

El partido llamó en esos días a Manuel Solimano, apodado el «Mechas Blancas» por sus ojos, dueño de una compra-venta de autos, coches y le encargó un vehículo de gran calidad para el viajero, cuya identidad conocía Solimano. Para puso a disposición de Víctor Pey el mejor que tenía, un Chevrolet muy potente, de color negro. A Pey le pareció demasiado llamativo.

Al día siguiente, Pey fue, junto con el chófer de confianza que iba a manejar el vehículo en el viaje al sur, a comprar los repuestos que podían necesitarse en caso de emergencia. Llegaron a una tienda conocida, en el sector de Mapocho, que estaba llena de gente. Pey escuchó cómo el chofer decía:

—Me tienen que atender bien, porque es un viaje en una cuestión muy importante, tengo que hacer un viaje con alguien muy importante.

Poco faltó para que dijera quién era ese viajero. Por suerte no pasó nada más se detalló previniendo de un viaje con alguien importante. Se

Las preocupaciones de Jorge Bellet estaban muy lejos de los elefantes, las religiones y los dramas asiáticos. Su problema era cómo sacar a Neruda en auto y pasar con él sin problemas el control del retén de carabineros de Angostura. No era fácil.

El partido llamó en esos días a Manuel Solimano, apodado el «Mechas Blancas» por sus canas, dueño de una compra-venta de automóviles y le encargó un vehículo de gran calidad para el viajero, cuya identidad conocía Solimano. Este puso a disposición de Víctor Pey el mejor que tenía, un Chevrolet muy potente, de color cereza. A Pey le pareció demasiado llamativo.

Al día siguiente, Pey fue, junto con el hombre de confianza que iba a manejar el vehículo en el viaje al sur, a comprar los repuestos que podían necesitarse en caso de emergencia. Fueron a una tienda conocida, en el sector de Mapocho, que estaba llena de gente. Pey escuchó atónito que el chofer decía:

—Me tienen que atender bien, porque ando en una cuestión muy importante, tengo que hacer un viaje con alguien muy importante...

Poco faltó para que dijera quién era su pasajero. Por suerte no pasó nada pero se decidió prescindir de un viajero tan comunicativo. Se

resolvió que el vehículo sería manejado por el propio Bellet. Para resolver la cuestión de cómo evadir el control policial a la salida de Santiago, hubo que recurrir, una vez más, a la vasta red de los amigos de Neruda. Surgió entonces el nombre del doctor Raúl Bulnes, vecino del poeta en Isla Negra. Bulnes era médico de Carabineros, asimilado al grado de capitán. Bellet fue a verlo y, como en otras ocasiones, se quedó a alojar en su casa, en la calle Pío Nono, a una cuadra del cerro San Cristóbal. El Dr. Bulnes habitaba allí con su esposa Laura (Lala) Alarcón y sus tres hijos pequeños, Pilar, Ximena y Raúl. Después de comida, Jorge Bellet conversó seriamente con su amigo.

—Raúl, mañana tienes que acompañarme en una diligencia importante.

—¿A qué hora?

—Desde las ocho de la noche hasta cerca de las doce.

—¡Imposible! —respondió el Dr. Bulnes—, mañana estamos invitados donde un amigo. Su señora está de cumpleaños, de manera que es algo ineludible.

—Mira, Raúl —dijo Bellet con firmeza—, tú me vas a acompañar a mí. De manera que vas a deshacer tu compromiso...

—No. Lo siento mucho, pero tú debes comprender que...

—Tú eres el que debe comprender. Cuando estés enterado de lo que te voy a pedir, no te quepa la menor duda de que irás conmigo.

El Dr. Bulnes se sintió molesto: ¿qué diablos le iba a pedir Jorge, cómo podía saber por

anticipado que iría con él de todos modos? Pero Bellet no le dijo en aquel momento nada más. Unos minutos después se desearon buenas noches, con cierta tirantez y ambos se fueron a acostar.

Al día siguiente desayunaron juntos y el Dr. Bulnes llevó a Jorge Bellet en su auto al centro. Cuando ya faltaba poco para su oficina, le preguntó:

—¿Todavía crees que voy a acompañarte esta noche?

—Evidente —respondió su amigo, con desconcertante seguridad—. Vas a partir conmigo en tu auto a las ocho de la noche y me vas a acompañar hasta Graneros. Detalle muy importante, vas a llevar en el auto el banderín de Carabineros, para que nadie nos moleste. Porque en ese auto va a ir Pablo Neruda.

Se produjo un silencio profundo. El Dr. Bulnes miró fijamente a los ojos a su amigo. Luego le dijo:

—Casi no lo creo. Pero nunca me has dado motivo para dudar de tu seriedad. El compromiso que tengo para esta noche es sagrado. Si lo que tú dices es verdad, tal vez sea la única razón que pueda obligarme a dejarlo de lado. En fin —suspiró— de alguna manera lo voy a arreglar. ¡Cuenta conmigo!

LOS ADIÓS

A las ocho de la noche, Bellet y el Dr. Bulnes golpearon a la puerta del segundo piso

de una casa situada en la calle Monseñor Cabrera 66, cerca de la avenida Pedro de Valdivia de Santiago. Les abrió la propia Hormiga con asombro gozoso: los ojos muy abiertos, la boca en «O».

—¡Queridos! Los estábamos esperando.

Era una reunión de personajes conspicuos. Fuera de Pablo, a quien Bulnes y Bellet reconocieron de inmediato, a pesar de su barba crecida, estaban allí Galo González, el veterano líder obrero Elías Lafertte, senador en ese entonces y otro dirigente comunista connotado, el abogado y también senador Carlos Contreras Labarca. Después de los saludos iniciales, cargados de emotividad, todo fue muy breve. Apenas se intercambiaron unas cuantas frases. En ese momento, la Hormiga tomó a Bellet de un brazo y lo llevó a un rincón, para decirle en cuchicheos:

—Querido, quiero pedirte que me lleves a mí con Pablo. Los compañeros piensan que es mejor que él vaya solo. Pero yo no puedo... no quisiera... Déjenme participar a mí también. Pablo me necesita todo el tiempo. Te prometo no molestar en nada. Absolutamente en nada.

Y se quedó mirándolo con fijeza, con sus grandes ojos violetas muy abiertos y una dolorosa expresión de súplica.

—Mira, Hormiga —le respondió Bellet, después de carraspear para aflojar la garganta—, sabes bien que yo estaría encantado de que vinieras con nosotros. Pero ya se ha resuelto que Pablo debe partir solo. Es más práctico y más seguro para él. Es acuerdo de partido. Como

militante disciplinada, tú entiendes lo que quiero decir.

Delia bajó la cabeza sin decir nada y se apartó. Tal vez intuía que esa separación iba a marcar el comienzo de un distanciamiento definitivo. Pero en ese instante, nadie lo imaginaba. Jorge Bellet sintió, de todos modos, que aquel fue el momento más amargo de su misión. Hubo abrazos y palmoteos de despedida, un abrazo y un largo beso de la Hormiga y Pablo.

Los recuerdos verbales de Lala Alarcón, la esposa del Dr. Bulnes, difieren en algunos detalles de la narración de Bellet. Al parecer, ella estuvo enterada en todo momento de los detalles de la operación y quiso, al igual que la Hormiga, participar en la fuga. Su evocación reproduce de manera muy espontánea el clima de aquellos tiempos:

«Se trataba de sacar a Pablo de Chile y era medio difícil. Al final, Jorge Bellet arregló la cosa para salir desde la hacienda Hueinahue de Pepe Rodríguez y cruzar la cordillera y el límite con Argentina por el paso de los contrabandistas de animales, que llamaban Camino de las Brujas. Pablo era re malo para la cuestión deporte. Para andar a caballo era pésimo. Galo González aprobó el plan. Yo le pedí que me permitiera ir en la cabalgata, pero no me dejó. Dijo que yo no tenía nada que hacer ahí. Era machista Galo. Mi marido no era político. Yo era comunista de alma».

Cuenta Víctor Pey:

«Salimos separadamente en dos autos. Uno, el famoso Chevrolet rojo, en el que iban Víctor Pey y el diputado comunista Andrés

Escobar, antiguo dirigente ferroviario, designado para acompañar a Neruda hasta su destino y para manejar el vehículo en algunos tramos. El segundo auto era el del Dr. Bulnes, en el que iban Neruda y Bellet. Este pasó el control policial sin inconveniente, gracias al banderín verde con las dos carabinas cruzadas del cuerpo de Carabineros de Chile».

DIGRESIÓN DE ISLA NEGRA

Durante todo el tiempo del viaje, Pablo y Raúl no cesaron de conversar. Por cierto no de la situación política. Los dos amigos y vecinos se dedicaron a una meticulosa evocación de ese pequeño segmento del litoral central que se llama Isla Negra, marcado por la desembocadura del estero de Córdova, que marca el límite entre las provincias de Santiago y Valparaíso.

El Dr. Bulnes y su esposa Lala Alarcón fueron de los primeros habitantes de Isla Negra, entonces un peladero con grandes rocas y una playa espléndida y desierta. El español Eladio Sobrino le compró al único habitante del lugar, un pescador de apellido Llanca, la cabaña de adobe donde habitaba con su familia. Luego levantó su casa, muy sólida, de piedra cobre, un tipo de granito que abunda en la parte central de Chile. La casa consistía en una torre cilíndrica y una habitación cuadrada. Lala evoca con afecto a Sobrino:

«Don Eladio era el caballero español más caballero. Una persona encantadora. Llegó a

Chile en un barco, supongo que formaba parte de la tripulación. En tierra se puso a cantar y a tocar la guitarra con amigos que conoció en aquel momento... y se le fue el barco. En vista de eso, se quedó para siempre en Chile. Fue don Eladio quien le vendió a Neruda lo que iba a ser más tarde la casa de Isla Negra».

Cuando Pablo y la Hormiga llegaron por primera vez a Isla Negra, los Bulnes llevaban poco más de un mes allí. «Como veteranos del lugar fuimos a verlos. Salimos a andar con mi marido y Nolasco Pérez, otro de los antiguos del lugar, para el lado donde después estuvieron los García. Allí había una enorme roca negra. A mi cuñado se le ocurrió bautizarla Isla Negra. A Pablo, el nombre le encantó. Lo adoptó de inmediato. Antes, el lugar no tenía nombre. Don Eladio lo había bautizado de hecho: puso un palo con un letrero que decía: 'Se venden terrenos. Las Gaviotas'. Por la noche sacábamos el letrero y poníamos otro que decía 'Isla Negra'. Al día siguiente, don Eladio sacaba nuestro letrero y reponía el suyo. Esto duró un tiempo. Hasta que conversaron y Pablo dijo: 'Isla Negra se llama y se llamará oficialmente Isla Negra'. Y así fue».

Durante el viaje, mientras el auto avanzaba con regularidad, pero no sin algunos tumbos por el camino de tierra, Neruda discutió con el doctor Bulnes sobre la fecha y el orden de aparición de las flores de la costa, acontecimiento que observaba cada primavera y del que ese año había estado ausente; sobre las novedades de la Hostería; sobre los trabajos de Rafita, el carpintero

que se encargaba de las tareas interminables de construcción y reconstrucción de su casa; sobre las novedades de la vida social y sexual de la Isla.

EN EL CAMINO

A cierta distancia del control policial de Angostura, a eso de las nueve de la noche, en un punto convenido de antemano, el automóvil se detuvo y se hizo el trasbordo al famoso Chevrolet rojo cereza del «Mechas Blancas». Bajaron de él Víctor Pey y Andrés Escobar. Del otro auto bajaron Bellet y Neruda. De alguna parte salieron cinco vasitos que Pablo llenó con whisky. Se brindó por el éxito de la misión y por el pronto término de la dictadura de González Videla.

De nuevo abrazos y adioses. En el auto del Dr. Bulnes partieron de regreso a Santiago él y Víctor Pey. En el Chevrolet, rumbo al sur, Jorge Bellet, manejando, Pablo a su lado y en el asiento de atrás, Escobar.

No terminaba Bellet de poner tercera cuando Neruda le dijo:

—Desde este momento, Pablo Neruda desaparece. Debes llamarme Antonio. Yo soy Antonio Ruiz Legarreta, ornitólogo. Voy contigo al interior de Valdivia, para trabajar en el fundo maderero que tú administras. Esta será nuestra única verdad, hasta que yo quede en manos de los camaradas que me esperan en Argentina. Desde allí seguiré a Europa. Tú volverás a nuestro Chilito, que tarde o temprano volverá a ser

ese país libre y democrático que añoramos.

El conductor asintió sin hablar. Mantenía toda su atención concentrada en el camino de tierra, bien mantenido, pero atravesado de vez en cuando por alguna vaca errabunda. Una nube de polvo permanente seguía al auto en su desplazamiento, como la cola de un cometa. De vez en cuando se cruzaban con algún camión. Eran más frecuentes las carretelas tiradas por caballos. En el trayecto hasta Rancagua sólo vieron un jinete, un hombre con sombrero de huaso, camisa a cuadros y faja colorada en la cintura. Raro de ver a esa hora de la noche. Pablo, o mejor don Antonio, especuló que regresaba de un encuentro galante. El aire era tibio y a ratos la brisa traía aroma de jazmines o de bostas. El fugitivo, que en Santiago se había mostrado silencioso, algo cabizbajo, como poseído de un extraño malestar, ahora se mostraba locuaz, muy despierto, con los sentidos abiertos a la experiencia única que estaba viviendo, contento del paisaje nocturno que desfilaba junto a ellos. Jorge pensó que sentía como una liberación, después de tantos meses de encierro obligado, este viaje a través del Valle Central.

Fueron pasando las horas. Neruda todo lo comentaba. Sabía el nombre del insecto que acababa de morir al chocar contra el parabrisas, conocía el nombre científico de los árboles que bordeaban el camino e incluso la época en que la especie había sido traída a Chile desde España. Hablaba de los cultivos agrícolas preferidos en las provincias de O'Higgins y Colchagua, de la uva rosada de Nancagua y de la chicha de

Curtiduría, de los vinos de Curicó y San Clemente. También incursionaba en la historia. Comentaba los desastres de Cancha Rayada y de Rancagua, las grandes batallas de la Independencia, la vida apasionante de José Miguel Carrera, el primero que habló de independencia en Chile, su efímero gobierno, sus desmesuradas aventuras, organizando montoneras en las pampas argentinas junto a sus batallones de lanceros indígenas y su trágico final, el fusilamiento en Mendoza.

A la pasada por Chillán donde, pese a la insinuación de Neruda, no se detuvieron a tomar café con malicia, el poeta evocó la greda negra de Quinchamalí, el encanto de los estribos lucanos de madera labrada, la ciencia de las monturas y los aperos, los tientos y los lazos trenzados, y los chamantos hechos a telar. El auto avanzaba raudo en dirección a Bulnes, cuando a poco menos de una cuadra, se divisó al costado del camino un carabinero que con su luma les hacía señas de que se detuvieran. Jorge frenó y detuvo el vehículo. El carabinero se acercó a la ventanilla de su lado y le dijo, en tono humilde:

—Si no fuera molestia, ¿usted podría llevarme? Voy unos diez kilómetros más allá, a la casa de mi madre.

Jorge asintió. El carabinero hizo ademán de abrir la puerta de atrás, pero «don Antonio» se corrió al centro y le dijo que se sentara a su lado. El auto reemprendió la marcha. Bellet mantenía la calma, pero sentía un sudor frío en la espalda. Entretanto, se desarrollaba entre don

Antonio y el carabinero una charla cordial sobre los más variados temas, la que duró hasta el punto en que éste debía descender. Se despidió muy amablemente de los tres y muy en especial de su interlocutor, a quien saludó militarmente, llevando la mano a la visera y partió hacia la casa de su mamá.

ENCUENTRO CON CHERCANES

La longitud del camino se hacía sentir. Por momentos, Bellet se pasaba al asiento trasero y dormitaba, mientras Escobar se hacía cargo del volante. A medida que penetraban en tierras sureñas, aumentaban los saltos del vehículo debido a los hoyos del camino. Pero el avance continuaba a una buena velocidad de crucero. Pasaron por Los Angeles, Mulchén, Collipulli, Victoria, atravesando las calles centrales de los pueblos (el trazado de la carretera, en ese tiempo, no se desviaba de los lugares poblados), casi desiertas. Cerca de Collipulli don Antonio le dijo a Jorge:

—Para, para un momento, por favor.

El conductor obedeció, algo sorprendido. El viajero indicó hacia un árbol cerca del camino:

—Mira.

—¿Qué?

Bellet no veía nada especial. Escobar también escudriñaba atentamente.

—Una pareja de chercanes. Son los primeros que veo en muchos años.

No era fácil distinguir a los pajarillos

entre las ramas, pero allí estaban en efecto. El ingeniero se dio cuenta de que el título de ornitólogo no le venía mal al fugitivo.

En el *Canto General*, publicado al año siguiente, aparece el poema *Chercanes*:

*Me gustaría que no desconfiárais: es verano,
el agua me regó y levantó un deseo
como una rama, un canto mío me sostiene
como un tronco arrugado,
con ciertas cicatrices.*

*Minúsculos, amados, venid a mi cabeza.
Anidad en mis hombros en los que pasea
el fulgor de un lagarto, en mis pensamientos
sobre los que han caído tantas hojas,
oh círculos pequeños de la dulzura, granos
de alado cereal, huevecillo emplumado,
formas purísimas en que el ojo
certero dirige vuelo y vida,
aquí, anidad en mi oreja, desconfiados
y diminutos: ayudadme:
quiero ser más pajarero cada día.*

IX

RETORNO AL SUR

Al llegar a Terruico se encontraron con que el camino estaba interrumpido. El camino pasaba junto a la estación de ferrocarriles y un tren, retrocediendo, había chocado con una carreta tirada por bueyes. Hubo que esperar.

Neruda contempló largamente la carreta, semidestrozada por el choque, los bueyes que su conductor, armado de una larga pica como un lancero mapuche, había conducido a un costado del camino. Con los ojos entrecerrados, el poeta comenzó a hablar en voz apagada, muy lentamente, casi como si estuviera soñando.

—Frente a mi casa de Terruico, en mi infancia, la calle se convertía en un río de barro. Era una casa de madera, como todas y por la parte de atrás las ventanas daban a la espesura verde del cerro Nielol. Mi gran distracción infantil era ver las carretas vecidas por el barro. Mirábamos largo rato, más de una vez con mi compañero de banco de la escuela Juvenio Valle, cómo los bueyes las tiraban en vano. Se sacaba la carreta como una nave en el mar, pero pocas, hechas de una sola pieza o rodaja de madera, se hundían más y más en el fango negro del invierno.

—Pero, Pablo... —dijo Jorge Belli— esta es una carreta de otro tipo. Tiene ruedas de

Al llegar a Temuco se encontraron con que el tránsito estaba interrumpido. El camino pasaba junto a la estación de ferrocarriles y un tren, retrocediendo, había chocado con una carreta tirada por bueyes. Hubo que esperar.

Neruda contempló largamente la carreta, semidestrozada por el choque, los bueyes, que su conductor, armado de una larga picana como un lancero mapuche, había conducido a un costado del camino. Con los ojos entrecerrados, el poeta comenzó a hablar en voz apagada, muy lentamente, casi como si estuviera soñando:

—Frente a mi casa de Temuco, en mi infancia, la calle se convertía en un río de barro. Era una casa de madera, como todas y por la parte de atrás las ventanas daban a la espesura verde del cerro Ñielol. Mi gran distracción infantil era ver las carretas vencidas por el barro. Mirábamos largo rato, más de una vez con mi compañero de banco de la escuela Juvencio Valle, cómo los bueyes las tiraban en vano. Se sacudía la carreta como una nave en el mar, pero las ruedas, hechas de una sola tajada o rodaja de tronco, se hundían más y más en el líquido negro del invierno.

—Pero, Pablo... —dijo Jorge Bellet— ésta es una carreta de otro tipo. Tiene ruedas de

madera con rayos y con llantas de fierro. No es la que tú...

—No —dijo Neruda— tienes razón. Esta no es una carreta «chancha» como llamaban a aquellas, como las llaman todavía, angostas y bajas, pero con bardas muy altas, con esas ruedas de una sola pieza, una sola torreja de roble pellín.

—Y me imagino que tú mismo debes haberte quedado pegado en el barro más de una vez...

—Sí —sonrió Pablo— y con escándalo en la familia. Aunque mi mamadre, siempre tan dulce y hacendosa, se ocupaba de limpiar mis zapatos embarrados y de dejarlos, humeando, al lado del brasero. Y de lavar los calcetines y los pantalones imposibles y negros de barro... ¿Sabes? La verdad es que muchas veces yo andaba con los zapatos rotos y cuando llegaba la invasión de lodo del invierno tenía que hacer acrobacias de una piedra a otra para no quedarme pegado como la carreta...

—¿Y usted, compañero, no ha vuelto a Temuco desde hace tiempo? —terció Andrés Escobar.

—Nada de compañereo. Don Antonio, si me hace el favor. Sí, hace años. Y siempre pienso que alguna vez tendré que ir en un viaje sin apuro, a recorrer todo el sur de mi infancia y adolescencia. Parral, Temuco, las estaciones del ferrocarril perdidas en el bosque, los cerros y las montañas verdes de la cordillera de la Costa, Puerto Saavedra, Imperial, y también Chillán con sus lozas, sus monturas y el café con malicia, que ustedes me negaron.

—Pero Temuco ha cambiado...

—Desde que yo era niño... claro que sí, qué duda cabe. Por lo menos las calles ahora están pavimentadas. Las principales por lo menos. Pero siguen pasando las mismas carretas tiradas por bueyes, con trigo, con sacos de papas, con corderos, con carbón de espino de la montaña. Los mismos mapuches venden los mismos digüeños y el mismo merkén, cerca del mercado. Tal vez, en invierno, las carretas ya no se quedan enterradas frente a la que era mi casa, pero les pasará lo mismo un poco más lejos, en otra calle, frente a otras casas, donde tal vez un niño parecido al que fui yo las estará mirando con profundo interés desde la ventana.

Se quedó ensimismado. Bellet lo miraba con disimulo. ¿Estará recordando a su padre? ¿O su primer viaje de Temuco a Santiago?

*El padre brusco vuelve
de sus trenes:
reconocimos
en la noche
el pito
de la locomotora
perforando la lluvia
con un aullido errante,
un lamento nocturno,
y luego
la puerta que temblaba:
el viento en una ráfaga
entraba con mi padre
y entre las dos pisadas y presiones
la casa*

*se sacudía,
las puertas asustadas
se golpeaban con seco
disparo de pistolas,
las escalas gemían
y una alta voz
recriminaba, hostil,
mientras la tempestuosa
sombra, la lluvia como catarata
despeñada en los techos
ahogaba poco a poco
el mundo
y no se oía nada más que el viento
peleando con la lluvia.*

La gran locomotora se movió por fin, despejando el camino y se reanudó la marcha. Pablo, de buen humor, contaba anécdotas de su infancia.

Evocando aquel viaje, escribió unos años más tarde, a su regreso:

«Pasé por Temuco a mediodía, no me detuve en ningún sitio, nadie me reconoció, llevaba barba y anteojos y me disponía a salir de Chile. Por simple azar era mi ruta de salida.

»Pasé el puente y Padre Las Casas. Me detuve ya lejos de la ciudad a comer algo en el camino, en el mismo camino, sentado en una piedra. Allí pasaba un estero bajo y las aguas sonaban. Eran aguas de Temuco, sonaban y cantaban las aguas en las piedras y me decían: 'Hasta luego'. Era mi infancia que me despedía.

»Pensé qué extraño era mi destino. Yo crecí en esta ciudad, mi poesía nació entre el

cerro y el río, tomó la voz de la lluvia, se impregnó como madera de los bosques, y ahora en el camino hacia la libertad, después de la lucha, me tocaba al lado de Temuco, solo, sentado en una piedra, oír la voz del agua que me enseñó a cantar.

»Yo sabía que muchas puertas se habrían abierto si yo hubiera aparecido entre las gentes, yo sabía que sólo amigos, conocidos y desconocidos, había detrás de las puertas, y era extraño para mí pasar sin ver a nadie, sin que me viera nadie, sin comprometer a nadie. Porque para mí la vida ha sido siempre un compromiso y nuestro deber es comprometernos cada día».

Llegaron finalmente, después de largas horas de viaje, a Valdivia, recostada en las márgenes del río majestuoso. Una pausa para cargar gasolina y tomar una taza de té. Y luego, por un camino bordeado de grandes árboles, rumbo a Futrono. El viaje continuó, bajo un cielo por el que galopaban nubes tempestuosas y ráfagas de viento frío, en una lancha a motor a través del lago Ranco hasta Llifén, en el corazón del bosque sureño.

EJERCICIOS ECUESTRES

Los preparativos dispuestos por Jorge Bellet se demostraron eficaces. Un jeep los llevó a saltos a Los Llollles, a orillas del lago Maihue y, desde allí, otra embarcación los transportó hasta la hacienda Hueinahue. El «ornitólogo» Antonio Ruiz bajó estirándose, con los músculos agarrotados por el largo viaje, respirando

aquel aire suyo, tan conocido, impregnado de olores vegetales y a ratos del humo de la leña.

—Reconozco este aire —dijo Neruda— es el de mi niñez. Y además, es un aire libre de veras. ¿A qué distancia está el carabinero más próximo?

—Uf, está lejos. Al otro lado del lago y a doce kilómetros de camino —respondió Bellet.

—Ya no me siento clandestino —dijo Pablo—, más bien me parece que estoy de vacaciones.

—Sí —dijo Bellet—, pero tendrás tareas. No te olvides que el cruce de la Cordillera vas a tener que hacerlo a caballo. ¿Fuiste alguna vez equitador?

—¡Por favor! Equitador, no, nunca. En Chile los únicos que practican la equitación son los militares y los caballeros que se dedican a cazar papelitos, disfrazados de ingleses, con chaquetas rojas. La gente de campo monta a caballo por necesidad, eso no es equitación. Yo he montado, claro, pero de eso hace treintaicinco años o más.

—Bien, tendrás que entrenarte montando todos los días.

Bellet lo condujo a una habitación olorosa a madera nueva, donde había una mesa maciza, sobre la cual el poeta instaló la maquinita de escribir. Había además un camastro con gordas frazadas de lana. Iba a disponer de buena alimentación, buen vino, buen whisky y una radio para tener noticias de Chile y del mundo.

Durante algunos días, las cosas marcharon bien. Don Antonio dedicaba la mitad del

día a escribir y la otra mitad a montar a caballo. En esto hacía progresos, pero se quejaba de dolores musculares. Emprendía, además, largas caminatas. Pronto quedó en claro que no era factible por el momento la construcción del camino, a través de la Cordillera, pero surgió otra posibilidad: un informe que Bellet recibió de gente de la región indicaba que se podía cruzar la frontera por el paso de Lilpela, la ruta de los contrabandistas. O de los cuatreros. También llamada el camino de las brujas.

En Santiago la policía seguía allanando casas, en busca del senador Neruda y la prensa decía que estaba cercado y que su captura era inminente. Parecían noticias de un mundo lejano, casi de otro planeta.

VÍCTOR BIANCHI ENTRA EN ESCENA

El inesperado anuncio de la llegada de un funcionario del gobierno sobresaltó a Bellet. El enviado era Víctor Bianchi Gundián. Traía el mandato de resolver un pleito de José Rodríguez con el dueño de un predio vecino a la hacienda. Bellet lo conocía, pero pensó que su presencia podía demorar o complicar la partida del poeta. Fue a conversar con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Neruda.

—Viene un funcionario del Gobierno para resolver un problema que hay con uno de los vecinos. Y yo tengo que recibirlo y atenderlo. Tú que conoces a medio mundo en Chile, ¿por casualidad conoces a Víctor Bianchi?

—Lo conozco —respondió el poeta con una ancha sonrisa—. Es más, Victorino es un amigo al que quiero mucho. Es un tipo estupendo, alegre, abierto como el horizonte.

—Me quitas un peso de encima. Llego mañana y tengo que ir a esperarlo al lago Ranco. Decidieron que irían juntos a recibirlo.

Víctor Bianchi... Claro que lo conocía. Recordó sus primeros encuentros. Las tertulias de la pintora María Tupper, en el caserón de la calle Manuel Rodríguez, formado por dos viejas casas del viejo Santiago que se comunicaban por el fondo, casas anchas, oscuras, con habitaciones alineadas a ambos lados de los pasadizos, con patios sucesivos: el primero, embaldosado, con aspidistras, helechos, palmeras enanas en enormes maceteros o en barricas de madera; el segundo, con baldosas por las orillas y al centro tierra y un árbol grande y un gran perro amarrado con cadena; el tercero, con gallinero, artesas, ropa tendida, niños y guaguas de la servidumbre y el cuarto, terroso, negruzco, con una empleada vieja, sentada al lado de un brasero en una silla de paja desfondada, casi ciega y sin dientes, con el mate en la mano y la bombilla en la boca y un pucho de cigarrillo pegado en la sien. En el salón, de piso reluciente y sillas Luis XV, la tertulia literaria y musical de damas y caballeros y yo entre ellos, el exótico temuquense de Birmania, rústico, moreno como roto, callado, al lado de la gigante holandesa. De pronto, aparece un duende, Víctor Bianchi, menudo, movedizo, saltarín, alegre, rasgueando la guitarra, cantando *El zapatero* o practicando atléticos bailes rusos

con su mujer francesa Susana Swerou. Después, tantos encuentros en diversas situaciones, su invariable optimismo, sus múltiples oficios e inquietudes: periodista, boxeador, esquiador, fotógrafo, explorador de islas y volcanes, teórico de la conservación de los bosques, dramaturgo, andinista, equitador... sus empresas imaginativas o imaginarias, como las «Luminoticias», que pasaban en letras luminosas por un gran tablero instalado en lo alto de los edificios de la Plaza Italia... ¡Víctor Bianchi!

Según la versión de Bellet, el encuentro se produjo precisamente en la mitad del lago. Después de las señales náuticas de rigor, se detuvo la lancha que traía a los pasajeros desde la estación ferroviaria Lago Ranco hacia Llifén y a su lado se detuvo la lancha en que venían Bellet y Neruda. Bellet preguntó por el pasajero señor Bianchi y lo saludó. Este se sorprendió al verlo, porque no sabía que iba a encontrarse con él, a propósito del pleito que lo llevaba a aquellos lugares. Luego, el visitante saltó a la embarcación donde iban Neruda y Bellet, mientras la lancha de línea volvía a ponerse en marcha rumbo a Llifén.

—Te tengo una pequeña sorpresa —le dijo Bellet a Bianchi.

En aquel momento salió de la pequeña cabina un hombre alto y robusto, con una larga barba oscura. Bianchi lo miró fijamente y lo reconoció de inmediato. Por unos instantes no supo qué hacer. Perdió su color rubicundo habitual y se puso blanco. Pablo se acercó a él y lo estrechó en un abrazo. Bellet hizo otro tanto.

En su cuaderno «Comisión al lago Maihue», Víctor Bianchi cuenta el encuentro de manera muy diferente. Pero volvamos por ahora al relato de Bellet.

De pronto, las cosas se complicaron. En uno de sus periódicos viajes a Valdivia, recibió un telegrama: «Viajo con mi padre y tres amigos próximo miércoles. Llámeme por teléfono, saludos, Pepe».

Era su patrón, José Rodríguez, el dueño de la hacienda. ¿Qué cara pondría al enterarse que el prófugo Pablo Neruda se disponía a salir clandestinamente del país a través de sus tierras?

Bellet le expuso crudamente la situación al fugitivo. Discutieron y llegaron a la conclusión de que el único camino era decirle sin rodeos que en su hacienda estaba el prófugo Neruda y actuar según su reacción. Si era negativa, el poeta tendría que partir en seguida y buscar otro refugio y otra forma de salir, con los riesgos consiguientes. Si era positiva, como esperaba Bellet, el plan podía seguir adelante. Pero, claro, durante la visita del hacendado y su comitiva, debía permanecer oculto. Hubo que pedirle ayuda a Ricardo Monsálvez, campesino acomodado que tenía tierras junto a la reducción indígena vecina. Este no tuvo inconveniente en recibirlo en su casa, a cinco kilómetros de las casas patronales de la hacienda. Era una casa de dos pisos, algo excepcional en la zona. Cedió al huésped el segundo piso y se acomodó en el primero con su familia.

CARTAS PARA LA HORMIGA

Tomás Lago da a conocer en su libro, dos largas cartas enviadas por Neruda a Delia del Carril, poco después de su llegada a la hacienda Hueinahue. Se transcriben íntegras.

«Gran Pichirracca, esta carta después de un telegrama al oliváceo ibérito le responde que estoy bien. El viaje ha sido majestuoso, el sitio es imponderable, el asunto maderero marcha, aunque no tan de prisa, por los elementos naturales, hombres, árboles, bestias.

»Viaje. El carromato se portó emperadoramente. Bel (Bellet) es un gran volante, es decir, vuela y es lo que convenía. Escoffier (Escobar) no lo hizo mal tampoco, pero ausente de su puesto en Morandé y Rosas, *au grand large*, no da todo su juego.

»Pronto me fui adelante, mirando aldeas, caminos y cosas. En los pueblos me metía debajo de los abrigo, como turista cansado. Llegamos a Valdivia. Allí pienso que un bencinero me miró como reconociéndome, pero 'todo pasó sin que pasara nada'. Era tarde y seguimos una hora de camino ya en la montaña, frente al río y sus riberas pobladas.

»Llegamos oscuro al embarcadero. Allí ocurrieron cosas. Un camión del invicto Bel había perdido todo su teclado. Nuestro carricoche también como caballo de guerra suspiró y perdió bencina con un agujero subrepticio que se compone ahora para el regreso. No llegó el vapor que esperábamos. Una lancha nos llevó

por el agua. Estaba todo oscuro. Manejaban en la oscuridad, guiándose por lo que saben. El lago se movía con oleaje. Grandas masas oscuras de islas (400.000), ochenta hectáreas, hay agua y selva virgen, que salían de la noche. Después de una soledad abrumadora, ayudados por golpes de escocés (queda 1) llegamos a una ribera. Parecía otro mundo, Tahití o más allá. Alumbraban una fogata para guiar a la embarcación, con estopa y madera y desde lejos se veía la altísima montaña, saliendo del agua y a la luz única del fuego irregular unas figuras minúsculas, que se convirtieron en hombres y mujeres a medida que atracábamos. Pronto los dejamos atrás en un tractor coloso, de éstos que llevan en la cola un anexo en el que íbamos y adelante una especie de silla de dentista escarlata en la que Bel avanzaba en las tinieblas, con velocidad, entre árboles colosales, hojas enmarañadas, raíces del tamaño de un edificio, en general, toda mi poesía.

»Llegamos a otro embarcadero, entre dos árboles grandes y torcidos se veía una lancha blanca que tomamos. Este lago estaba más oscuro pero quieto, como que avanzábamos, así me parecía, al fin de la tierra y éste se presentó al fin, con unas tablas, otro coloso al que trepó Bel de nuevo, por entre troncos y aquí había un camino recortado en la tierra, con altas paredes cortadas y frescas y en lo alto, la casa, rústica, con troncos y sillas de ramas y torrejas de roble.

»Esta mañana he conocido a la mujer de Bel, Lola, es encantadora y su hijo Juan de doce, con el cual saldré a pescar apenas termine esta

cartilonga, también tengo ubicadas madres de la culebra, coléopteros del coigüe, pájaros carpinteros, chucaos, etc. El sitio no puede ser descrito. Es la naturaleza hace miles de años, pero con esa elegancia de árboles y hojas de nuestro paisaje, el agua se divide entre los troncos gigantes, los olmos están florecidos enteramente, como si les hubiera caído nieve. Hay un aserradero que ha instalado Bel en donde hace un año no había nada. Es una atmósfera de lucha, de creación personal que no es nueva para mí, porque soy de la frontera, pero que tiene algo titánico y asombroso.

»Hay novedades. Me parece que esto se alargará un poco y hemos pensado con Bel que usted se venga con él y su esposa que vendrán más o menos el 25. Así es que vaya preparándose, así no estará preocupada y sabrá todos los detalles. De todos modos habrá tiempo para avisar. Bel toma en serio su responsabilidad y hay detalles como el que me dijo hoy y lo supo hoy solamente; los hombres pasaron, sus caballos se cansaron y a pie anduvieron medio día sin encontrar a nadie. Esto significa que hay que tener caballos en su tierra, esperando y esto lo proveerá Bel cuando sea oportuno. Por ahora, a los amigos, que estén tranquilos, las noticias llegarán y el negocio maderero se hará. No me conteste, sino que tenga 2 corales (dos ejemplares del *Coral de Año Nuevo*) listos para traerlos y si es posible todo el Mamo. Bel es un gran lector de mi geología, y me ha dicho algunas cosas que ningún crítico ha dicho. Es que la verdad yo no escribo para los críticos, sino para los hombres

con aserradero.

»Esta noche asistiré a un ritual araucano.

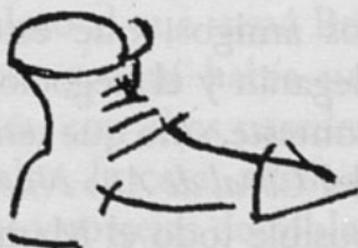
»Muchos besos de su chambacuso.

»Antonio».

La esposa de Jorge Bellet, Lola, que también estuvo en Hueinahue por aquellos días, llevó a Santiago algo después una segunda carta de Neruda a la Hormiga, igualmente interesante:

«Amor mío, le mando esta carta con la Sra. de Bel que le contará las cosas. Aquí cae desde ayer una hermosa lluvia y como yo duermo en el segundo piso, cerca del techo de tejuela, la lluvia especialmente para mí toca sus mejores fugas.

»He andado mucho a caballo, el segundo día estuve tan machucado que no podía moverme, me dolía todo el cuerpo y las piernas no podía levantarlas, tenía que moverme de lado en la cama para dejarme caer y levantarme. Luego venía el suplicio de ponerme las botas de expedicionario que me compré y que tengo yo mismo que anudarlas. Comprenderá usted cuánta falta me hace. Aquí están las botas:



»Busqué el famoso linimento, pero no hay, así es que decidí levantarme temprano y

montar a caballo desde el primer momento. Así lo hice y me fui por el camino hacia el aserradero solo, porque Bel y Juanito, su hijo, no estaban en casa. Me fui entre los inmensos árboles, los helechos gigantes, los palos quemados, los arroyos que bajan tan transparentes que se ven las más minúsculas piedritas y briznas del fondo. A mi izquierda levantó el vuelo una bandada de pitíos, pájaros parientes del carpintero que dicen pi-tío, pi-tío, con un grito penetrante y que quedan en los árboles, posándose no en las ramas sino perpendicularmente en el tronco. Pasé a buscar a mi joven amigo Luis Humberto (9 años) que cuida un rebaño de dos chanchas y quince chanchitos de no más de cinco días, especies de cururos, como foquitas lustrosas. Me pasó uno que chillaba como un condenado.

»Invité a Luis Humberto a cazar insectos, y en especial el misterioso coleóptero del coigüe y de la luma, un insecto muy raro, el más hermoso de la fauna chilena, que yo he visto en colección una sola vez. Subió al anca, pero pronto nos bajamos porque L.H. me condujo hasta una selva quemada, donde era difícil caminar entre los troncos.

»Apenas cruzamos un prado se elevaron once bandurrias, pájaros de maravilloso vuelo, del tamaño de gansos pero de gris y blanco delicados, graznando con sus trompetas de bronce, de tremendo y hermoso timbre. Era sobrecogedor oír a cerca de 20 metros de mi cabeza estos trompetazos metálicos inmensos. Cerca de nuestros pies, el chucao lanzaba sus gritos y logramos ver uno muy cerca, como a un metro, parecido

a la turca, pero pequeñito, andando solamente, entre raíces y troncos. Le pregunté a L.H. qué pajaros conocía y comenzó a enumerarme los que conocía: el chucao, el tiuque, la bandurria, el carpintero, el loro, el pescado... A esto pensé que a algún interesante pájaro llamarían pescado por aquí, así es que le pregunté: ¿Cómo es ése? Anda en el río, me contestó Luis Humberto. Le hice una pequeña clase para explicarle que los pescados no tienen alas.

»No encontramos en el coigüe de sus recuerdos el pájaro sagrado y entramos en plena selva buscándolo. No tenía desde niño esa impresión, bajo los inmensos árboles que no dejan pasar luz alguna, en la semioscuridad, rodeados por esos troncos imponentes y cargados de enredadera, musgo, barbas. En el suelo una capa espesa, como una alfombra que no deja hacer un ruido y ese silencio empavorecedor que paraliza.

»Volvimos alegremente, con muchas incidencias, pisando el caballo en barro y arroyos, con mi chaqueta que se quedó y debimos volver a buscarla, pero sin el coleóptero. Lo dejé entre sus chanchitos, con la promesa de una nueva exploración, que no se ha hecho porque ha llovido.

»Un gran coleóptero está por llegar y es el dueño de aquí, llamado José Rodríguez (¿se acuerda, O. Bontá lo nombraba mucho en Valparaíso, cuando la Exposición brasileña?) Llega con seis o siete amigos a visitar y mientras tanto Lolita va a Santiago, porque no hay sitio en la casa y yo me voy a vivir a una casa de indios

en el bosque, arriba. Tan pronto se vaya D. Patrón se hará el negocio maderero y hemos fijado fecha desde el 5 de marzo, que partiremos de aquí a las tres de la mañana. Los siguientes detalles déselos de inmediato a los amigos para sus socios de allende los Andes: llegaremos ese día o el día siguiente a Huahún, en el lago Lacan, en el extremo opuesto de San Martín de los Andes. Allí nos haremos presentes a las autoridades argentinas, por el negocio de madera que Bel debe hacer al otro lado. Si los amigos quieren, alguno puede llegar a Huahún, si no tenemos inconveniente oficial seguiremos a San Martín de los Andes en lancha. Eso que lo estudien allí en el sitio ellos, no podemos hacer otra cosa nosotros porque el camino escogido anteriormente tardará mucho y hay que emplear explosivos y está peligroso. (Ver Guía Veraneante). Con lo dicho verá usted, mi amor, que ya no puede venir, porque los visitantes no se irán antes del 1 y como partimos el 5, ¿a qué venir? Apenas haya noticias positivas le mandaré cable. Así es que dele todos estos datos a Miranda, para que los ponga en conocimiento de sus socios a tiempo.

»Estoy muy bien, no me hace falta nada, la ropa me la lavan y me sobra, como lo pensé, duermo como siempre, esto es demasiado, me levanto a las ocho y media y estoy a caballo a las diez.

»Cuando despierto, la busco con mi brazo y me cuesta comprender que no está conmigo, mi amor, pero no importa, ya nos reuniremos muy pronto. Aquí no hay nadie, ni periódicos. Tengo ganas de saber si se hizo la

reunión para decidir sobre el Mamo. Si puede escríbame. La sra. Bel le dirá la dirección.

»Más de un beso, mi amor, todos mis besos.

»Antonio».

El «Mamo» que menciona Neruda es el considerable mamotreto que eran ya, a esas alturas, los originales del *Canto General* y la reunión a la que se refiere era, probablemente, aquella en que el Partido Comunista debía tomar la decisión de editar el libro clandestinamente en Chile. (Ver «A manera de epílogo»).

Cinco años más tarde, Neruda escribió:

«Para escapar a la persecución no podía salir de un cuarto y debía cambiar de sitio muy a menudo. [...] Desde el primer momento comprendí que había llegado la hora de escribir mi libro. Fui estudiando los temas, disponiendo los capítulos y no dejé de escribir, sino para cambiar de refugio. En un año y dos meses de esta vida extraña quedó terminado el libro. Era un problema sacar los originales del país. Le hice una hermosa portada en que no estaba mi nombre. Le puse como título falso *Risas y lágrimas* por Benigno Espinoza. En verdad, no le quedaba mal este título».

EL CABALLERO QUE JUNTABA PALITOS

Para Leoné Monsálvez, Neruda era un caballero que juntaba palitos, cascaritas, piedrecitas... y que pasó un mes o mes y medio en su

casa. Sólo más tarde vino a saber que era el famoso poeta y que en aquel entonces andaba arrancando. Leoné, que en 1949 era una muchacha de quince años, vivía en casa de su padre, Ricardo Monsálvez González, junto con su madre y su hermana. El cineasta Manuel Basoalto obtuvo su testimonio en 2002, 51 años después de la fuga del poeta.

«Antonio Ruiz le nombrábamos. Don Antonio, porque ese era su nombre. Don Jorge Bellet iba casi todos los días a conversar con él y a tomar once con todos nosotros. Porque era un hombre muy sencillo. Bueno, tenía que ser sencillo, en el campo no hay muchas comodidades.

»Y llegaba este señor Bellet y preguntaba por Antonio. Y una le decía: salió a recorrer la pampa, el monte. Y siempre llegaba con piedras, piedrecitas, cualquier cosita así, rara, hasta un nidito le vi yo en el velador un día. Y el más interés que él tenía era el de ver los carpinteros, los pajaritos. El salía con mis hermanos, le gustaba conversar con los chicos. Salían a caballo y lo llevaban al anca. Y a mi hermano: ¿qué hace tanto este caballero? Y él decía: no sé, buscando un carpintero, buscando cascaritas, ramitas. Recogía fibritas, hebritas raras, cosas, cualquier palito, así pulido por el mismo agua. No sé si las iría secando, las iría guardando, no sé. Y pasaba mirando todo, los árboles, la naturaleza, el estero, las arenas. También le gustaba mirar los animalitos, las aves, los corrales. Mi papá no voy a decir que era rico, pero tampoco éramos pobres. Teníamos hartos animales, se hacía harto queso, había bastante ganado, corderos. Hartas aves

se criaban».

Leoné ayudaba a cocinar a su mamá. El huésped comía con todos. Le preguntaron si quería tomar el desayuno en su cama, para ir a dejarle la bandeja: «no». No era regodeón. Nunca dijo: esto no me gusta. En la casa se comía generalmente cazuela de ave o cazuela de cordero y segundo, asado de cordero. Cada cinco días, carne de vacuno. El resto se hacía charqui que se sirve para los desayunos o en las once. También había empanadas. A veces harina tostada con un poquito de agua o con chicha nueva, dulce.

«Todo el tiempo conversábamos con él. Pero nunca se nos ocurría pensar que podía andar arrancando. Nunca nos dimos cuenta que estuviera preocupado. Porque una persona, cuando anda huyendo siempre anda inquieta, que la ventana, que si ladran los perros. Él nada. Conversaba, así que por qué no se educaron, por qué es tan difícil. Un internado tal vez... Nosotros nos educamos aquí en Futrono, que había hasta sexto no más. Y más allá adónde iba a ir, porque había que transitar a caballo y se tomaba más de dos días, porque había una huella no más. Cuando llovía mucho uno no alcanzaba a llegar en el día y habría que alojar en la balsa. Después hubieron unas lanchas, de una faena del señor Rodríguez, donde estaba de administrador don Jorge. Ya había más facilidades para salir, lanchas rápidas, lanchones para sacar madera, era mucho más fácil. Lo que sí, que el camino nunca se pudo arreglar. Y él decía que debíamos haber estudiado, qué lástima, es tan

difícil, yo entiendo también a sus padres, que no pueden».

Ella lo recuerda exactamente: «no muy grande pero tampoco muy chico, gordito, medio narigoncito. Andaba vestido bien sencillo, con una chomba y un *yoke* con visera, que nunca se sacaba. Y zapatones gruesos, de campo. Iba bien prevenido. A veces escribía en unos cuadernos de tapas gruesas. Se pasaba escribiendo, a veces en la cama, a veces en la mesa. La puerta de su pieza no estaba cerrada. Cuando salía al campo siempre andaba con un lápiz y una libreta donde anotaba». ¿Qué? Leoné piensa que anotaba lo que veía, el color de las hojas de cada árbol, los troncos...

«Era muy amigo don Jorge Bellet con mi papá, pero al principio no le dijo que el caballero andaba arrancando. Tampoco le dijo que era poeta. Le pidió a mi papá como favor, que tenía un amigo que quería estar solo, no le gustaba estar donde haya mucha gente. Que aquí llega mucha gente, una faena grande, amigos de ellos mismos. Aparte de eso iban los Rodríguez, sus hijos y gente de ellos. Y familia de don Jorge. Entonces en una de esas pueden conocer a mi amigo, le dijo. Así que lo voy a poner más al rincón, que esté medio oculto.

»Y cuando ya se fue, le dijo: usted no supo, don Ricardo a quién tuvo aquí, un personaje, el poeta Pablo Neruda. Mi papá le dijo: ¿por qué no me dijo antes, qué peligro había? Y don Jorge le contó la historia, el camino que había hecho con él hasta el otro lado, la Argentina».

Leoné recuerda el día que partió la cabalgata a cruzar la Cordillera, eran como cinco personas. Neruda iba en un caballo que le prestó don Ricardo Monsálvez, el Moro Azul, un caballo muy bueno.

X

EL HACENDADO Y EL POETA

La visita inspectiva del padre de José Rodríguez y sus amigos fue un éxito para Bellet. Hubo elogios para su trabajo como administrador. Por la noche, después de comer, los visitantes encendieron una pipa de naipes y Bellet invitó a Pepe a visitar los aserraderos. Partieron en un jeep. A poco andar, detuvo el vehículo, encendió a su patrón y le dijo:

—Hay algo que debes saber. El poeta y senador Pablo Neruda, que es mi amigo, está escondido aquí, en Huelinahué. Esto me obliga a renunciar porque me doy cuenta que me he extralimitado en la confianza que tú has depositado en mí. Por cierto, yo asumo toda la responsabilidad de cualquier cosa que pase.

Siguió un largo silencio. Al ingeniero le pareció que Rodríguez estaba muy impresionado por lo que acababa de decirle. Pero no sabía cómo interpretar su silencio. ¿Estaba furioso? ¿Nervioso?

—¿Dónde está Neruda? —preguntó al final. Y agregó: —Vamos a verlo inmediatamente.

Bellet no se atrevió a preguntarle nada. Sabía que el hacendado conocía al poeta de Neruda, que admiraba al poeta. Pero, ¿cuál iba a ser su reacción, qué iba a decirle? Puso en marcha el jeep y dos o tres minutos más tarde

La visita inspectiva del padre de José Rodríguez y sus amigos fue un éxito para Bellet. Hubo elogios para su trabajo como administrador. Por la noche, después de comer, los visitantes iniciaron una partida de naipes y Bellet invitó a Pepe a visitar los aserraderos. Partieron en un jeep. A poco andar, detuvo el vehículo, encaró a su patrón y le dijo:

—Hay algo que debes saber. El poeta y senador Pablo Neruda, que es mi amigo, está escondido aquí, en Hueinahue. Esto me obliga a renunciar porque me doy cuenta que me he extralimitado en la confianza que tú has depositado en mí. Por cierto, yo asumo toda la responsabilidad de cualquier cosa que pase.

Siguió un largo silencio. Al ingeniero le pareció que Rodríguez estaba muy impresionado por lo que acababa de decirle. Pero no sabía cómo interpretar su silencio. ¿Estaba furioso? ¿Nervioso?

—¿Dónde está Neruda? —preguntó al final. Y agregó: —Vamos a verlo inmediatamente.

Bellet no se atrevió a preguntarle nada. Sabía que el hacendado conocía la poesía de Neruda, que admiraba al poeta. Pero, ¿cuál iba a ser su reacción, qué iba a decirle? Puso en marcha el jeep y dos o tres minutos más tarde

estaban ante la casa de Monsálvez. Al escuchar el ruido del motor, Neruda salió a la puerta. Pepe Rodríguez saltó ágilmente del vehículo y se acercó al poeta con los brazos abiertos. Lo estrechó en un apretado abrazo y le dijo con cierta grandilocuencia:

—Tú eres un hombre al que siempre he deseado conocer. Eres el poeta que más admiro, al que más he leído. Invítame a pasar a tu maravillosa casa, porque la casa en que tú estés será siempre maravillosa.

Siguió una tertulia que a Bellet le pareció inverosímil. Pepe conocía bien la obra de Neruda, sabía varios de sus poemas de memoria. Pablo les leyó algunas páginas del *Canto General*, recién escritas. Escuchándolo dieron cuenta de la botella de whisky que tenía el poeta. Se despidieron a las dos de la mañana.

De regreso, José Rodríguez estaba en un curioso estado de euforia:

—Esta es una de las noches más hermosas de mi vida, Jorge. He conocido a este hombre que es el más grande poeta de este siglo. ¡Qué me importa a mí que sea comunista! Usted ha hecho muy bien en esconderlo y no le reprocho que no me haya consultado para traerlo aquí. Sólo lamento no poder contárselo a mi padre. Procure que nada le falte.

—Está bien, Pepe. Me ocuparé de todo.

—Llévele agua mineral y hielo, porque vi que tiene otra botella de whisky. Como Ud. ve, Jorge, también hay comunistas que toman whisky.

—Sí, claro. La diferencia es que nosotros deseamos que todos puedan tomarlo.

—Por favor, dejemos esa demagogia porque, si nos ponemos a discutir, no vamos a terminar nunca.

La velada entre el hacendado y el poeta se repitió a la noche siguiente. Llegaron de regreso a las dos y media de la mañana y encontraron al padre de Pepe y sus amigos todavía jugando a las cartas. Don José le preguntó de dónde venían a esas horas. Pepe le explicó que en el aserradero se trabajaba las 24 horas y que, allí, mirando la marcha de las faenas, el tiempo pasaba sin sentirlo. Su padre lo miró con cierta sorpresa y con orgullo. No se imaginaba que su hijo llegara a interesarse tanto en la actividad maderera.

Hubo otras reuniones nocturnas con Pablo y Pepe, no sin discusiones políticas acaloradas entre ellos, hasta que llegó el momento de la partida de los visitantes. Después de las despedidas, Bellet volvió a su preocupación principal.

El tiempo apremiaba. El corto mes de febrero avanzaba inexorablemente y el plazo que se había fijado para que el señor Antonio Ruiz se presentara en la hostería de San Martín de los Andes, en territorio argentino, era el 5 de marzo.

ÁNGEL SILENCIOSO

En medio del clima de excitación y misterio que se instaló en la hacienda Hueinahue, desde la llegada del poeta y sus conversaciones con el hacendado, había un hombre pálido y silencioso que pasaba largas horas en la gran sala destinada a biblioteca, circulaba sin ruido por

los anchos pasadizos y compartía la mesa patronal con Pepe Rodríguez, Jorge Bellet y sus ocasionales invitados.

Sólo a una o dos personas relató más tarde este hombre que había sido testigo casual de los preparativos de la fuga de Neruda. Se llama Ángel Ciutat y fue uno de los republicanos españoles que llegaron a Chile. Pero no vino en el Winnipeg, sino años después, luego de pasar largo tiempo en una de las cárceles de Franco.

En 1936, el joven Ciutat, abogado recién recibido, se enroló en la causa republicana y prestó servicios en su especialidad, como jurista, en el ejército español. Fue detenido y condenado a muerte por una corte marcial, inmediatamente después de la victoria de Franco. Nunca fue sometido a proceso, nunca se formalizaron acusaciones contra él, pero pasó nueve años en prisión, hasta que se logró, a través de una gestión internacional, que viniera a Chile.

No se sabe cómo estableció contacto con Pepe Rodríguez, hijo de españoles y tal vez un simpatizante republicano. Se puede presumir que sirvió de intermediario el entonces secretario general de la Universidad de Chile, Álvaro Bunster. Rodríguez pidió ayuda a Ciutat: tenía en su poder, en completo desorden, una gran cantidad de libros que componían la biblioteca de su padre. Los había trasladado a Hueinahue, pero necesitaba un experto que se dedicara a clasificarlos. Así Ángel Ciutat se convirtió en el bibliotecario del hacendado. A esta tarea estuvo dedicado varios meses, incluso durante el período en que el poeta y sus acompañantes se

disponían a atravesar la Cordillera. El bibliotecario reconoció a Neruda en seguida, aunque nunca lo había visto personalmente.

Más adelante, fue contratado como jefe de la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile, cargo que desempeñó con dedicación y eficiencia por más de veinte años. Hombre discreto, sólo relató su fortuito encuentro con el poeta clandestino a Inés Figueroa, funcionaria del mismo organismo, hacia fines de los años 60.

Después de 1973, Ciutat fue exonerado por las nuevas autoridades militares instaladas en la universidad, regresó a España y trabajó hasta su jubilación como abogado laboralista.

COMISIÓN AL LAGO MAIHUE

En un cuaderno escolar, Víctor Bianchi escribió su propia versión de la fuga de Pablo Neruda, a través de la Cordillera. Como título puso: «Comisión al lago Maihue». Esta es la parte inicial de su relato:

«Desde hacía dos meses, el ministro de Tierras insistía en que realizara una comisión al lago Maihue. Esta insistencia no era normal. Detrás de ello no podía sino existir un interés personal de don Fidel Estay, interés que los empleados desgraciadamente conocemos con demasiada frecuencia. El peticionario era José Rodríguez, millonario y hombre de muchas empresas. Finalmente el ministro en persona me pidió, como cosa de él, que emprendiera el viaje,

agregándome que se trataba de un amigo del presidente y que era necesario complacerlo.

»Hablé con José Rodríguez, el que me pareció sumamente simpático y muy inteligente. En parte se disipó la idea de que se trataba de una coima recibida por Estay. Quedamos en encontrarnos en el lago Ranco el 1^o de marzo. Cinco días antes, José Rodríguez volvió a llamarme y en forma un poco rara, tratándose de un peticionario que hablaba con un funcionario informante, casi me exigió que partiera ese mismo día al lago Maihue con él. De nuevo me entraron las sospechas de que se trataba de algo poco claro en el trabajo. Me mantuve firme y sólo el 28 de febrero emprendí el viaje.

»En el tren encontré al conocido dirigente comunista y actual tesorero del partido Solimano. Me dijo que iba a pescar por 15 días a Llifén. En La Unión subieron al tren Fräulein Stein y un amigo alemán. Ella ha sido acusada de espía anti nazi, durante la guerra y en Alemania fue declarada indeseable. Es muy bonita, tipo mosquita muerta. El alemán era un



amigablemente el incidente, apareció a lo lejos una lancha rápida.

»'Esa es su gente', me dijo el capitán. Efectivamente, a los pocos minutos divisé a Jorge Bellet en la proa y corrimos a juntar nuestros equipajes: alemán, mosquita muerta y yo. El remolcador seguía a toda velocidad, en algo se tenía que vengar el capitán, pero esto no fue inconveniente para la lancha que, con gran facilidad, se atracó a su costado, en plena marcha. José Rodríguez, todo sonrisas, recibió mis maletas, pero al decirle que me acompañaban dos amigos, me contestó que no sacarían nada porque volvíamos ¡a Puerto Ranco! No alcancé a sorprenderme porque un violento viraje de la lancha me dejó de bruces en su fondo mientras veía desaparecer las caras largas de mis cuasi acompañantes.

»No debo haberme levantado muy bien agestado de mi poco elegante caída porque José Rodríguez se apresuró a darme explicaciones atropelladas, que no tenían ningún aspecto de ser verídicas: 'Llegamos atrasados... ¡Disculpe! Tenía que conversar con alguien en Puerto Ranco... ¡Disculpe! Sus amigos habrían perdido tiempo... ¡Disculpe!'.

»Por sobre sus espaldas divisaba las encorvadas espaldas de los dos tripulantes de la lancha, demasiado atentos a la maniobra sin complicaciones.

»Bellet disipó un poco la tensión hablándome de su desaparecida hermana María, hubo dos o tres frases sin importancia, cuando sin ningún aviso, Rodríguez me lanzó:

—¿Ud. conoce seguramente a mi amigo

Antonio Ruiz?

»Me vuelvo y encuentro parado a mi lado a uno de los tripulantes, un hombre macizo, tocado con un gran sombrero, que llevaba anteojos ahumados y una espesa barba. Y debajo del sombrero, los anteojos y la barba estaba PABLO NERUDA. Estuve a punto de quedar sentado de nuevo en el fondo del bote. Y la cosa no paró ahí. ¡Se trataba nada menos que de organizar la huida del poeta, a través del paso de Lilpela!



Yo estaba todavía demasiado asombrado para poder pensar en forma organizada, pero alcancé a comprender que el 5 de marzo era la fecha fijada para el asunto.

»Fuimos al lago Ranco efectivamente, volvimos a Llifén, seguimos en camión hasta el Maihue y éste lo cruzamos en una lancha rapidísima en media hora. Llegamos con noche cerrada al fundo Hueinahue de José Rodríguez. Saqué mis cálculos y vi que faltaban cuatro días para la aventura. En el fundo nadie, salvo los cuatro que habíamos viajado en la lancha, conocía la verdadera identidad de Antonio Ruiz. Allí pasaba por entomólogo, profesión de la cual conversaba mucho sin que hubiera coleccionado un solo insecto.

«Sometí a Antonio a un interrogatorio: ¿Cuántas horas era capaz de andar a caballo? ¿Cuánto tiempo que no montaba? ¿Quién había explorado el paso? ¿Cuáles serían nuestros guías?

Las contestaciones fueron desoladoras. Nadie sabía nada y en cuanto a la equitación, el entomólogo tenía una vaga idea de que había que utilizar caballos. El 2 de marzo salí con mi víctima y lo obligué a montar tres horas. Como consecuencia, al día siguiente apenas resistió una.



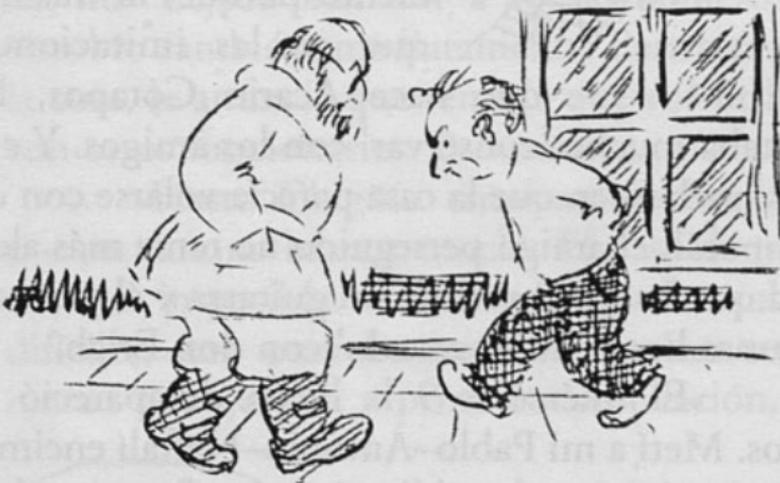
Ese mismo día, es decir el jueves 3, partieron a Valdivia José Rodríguez y Jorge Bellet, quedando este último de volver el viernes sin falta.

»En la tarde del jueves empezó a llover. El viernes diluviaba. El sábado, el temporal dejó fuera de servicio la lancha que representaba nuestro medio de comunicación con el mundo. Se fue a pique. El lago de ensueño de los días anteriores, rugía transformándose en furia. El lunes desapareció el muelle. A todo esto, habían pasado dos días de la fecha fijada para el cruce de la cordillera, Jorge Bellet no volvía y el poeta había renunciado a la equitación por el whisky. Por lo demás, era casi imposible hacer otra cosa.

»Entre trago y trago conocí todos los detalles del proyecto. Debíamos llegar a San Martín de los Andes, instalarnos en la terraza del mejor hotel y ahí estaría un grupo de argentinos,

haciendo la misma cosa. Éstos conocían el nuevo nombre de Pablo y habían recibido una fotografía con él de barba. Pregunté por el nombre del hotel. Antonio-Pablo no lo sabía, pero me aseguró que no era posible equivocarse. Era el mejor. Tenía una terraza con vista al lago y tres argentinos con cara de conspiradores.

»La travesía misma de la cordillera estaba a cargo del guía Juan Flores. Lo mandé llamar. No estaba en Hueinahue. Conseguí ubicar a un amigo. Éste me contó que Juan Flores ¡nunca había cruzado el límite! Y los dos conspiradores nos encontramos el martes con un humor de los



diablos, sin poder hacer más recorridos que los que nos permitía el largo de nuestra pieza. Por la tarde pesé al futuro centauro. La romana dijo: 98 kilos. Con lluvia y todo, fuimos a ver los destrozos del temporal en el lago. Por la orilla se divisaba el más increíble hacinamiento de palos, árboles completos, restos del muelle. Las maderas subían y bajaban con el oleaje y el entomólogo declaró que parecían mahometanos implorando clemencia. Yo más bien vi las presas de una cazuela en el

momento de hervir. Regresamos maldiciendo aquel tiempo infernal, mientras un entusiasta coro de ranas daba gracias a pleno pulmón por el magnífico tiempo que les estaban proporcionando.



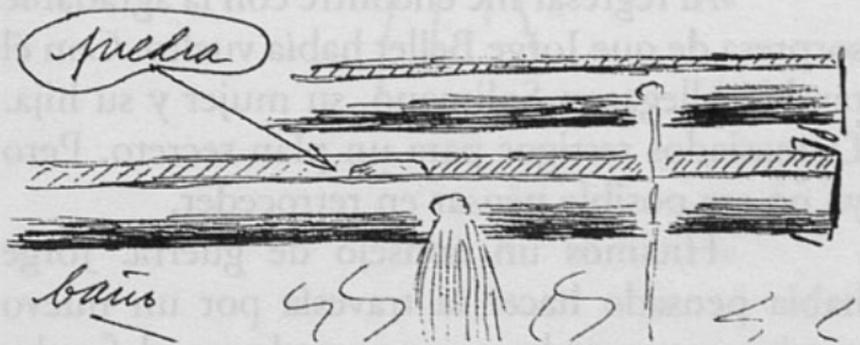
»Entre los que nos acompañaban en el cautiverio, estaba don Erich, un viejo alemán muy curioso y lleno de buen humor. Hizo las delicias de Pablo desde el primer momento porque, lo mismo que en las imitaciones que hace Acario Cotapos, le gustaba mucho 'conservar' con los amigos. Y en esas noches, en que la casa parecía volarse con el temporal, el amigo perseguido no tenía más alegría que las canciones de mi guitarra y el pasarse algunas horas 'conservando' con don Erich.

»El miércoles 9 la lluvia desapareció a ratos. Metí a mi Pablo—Antonio—Nefalí encima de un pingo y lo obligué a machucarse dos horas. Nos mojamos, compramos un chanco y empezamos a ver la vida un poco mejor. Por la tarde, en un paseo por la playa, mi barbudo compañero descubrió una serie de trozos de madera de formas muy bonitas e inmediatamente resolvió que tenía que llevárselas de regalo a un pintor argentino que trabaja con ramas de aspecto curioso. Volvimos cargados de pedazos de árbol a la casa.

»En la tarde del mismo miércoles, descubrí un trabajador, que había hecho el viaje por el

paso de Lilpela: Juan González. Inmediatamente organicé un viaje de exploración hasta las termas de Chigüío para el jueves, pero me encontré con la sorpresa de que el dueño del fundo Maihue no permitía el paso a la Argentina. Este señor, de apellido Rudloff, había tenido muchos incidentes a balazos en la región, uno de ellos con Jorge Bellet. Partí de todos modos. Atravesé medio lago Maihue en bote y arrendé un caballo a un indio. A los diez minutos, otro indio nos impidió el paso. Orden del señor Rudloff: nadie puede cruzar su fundo. Me encaré con él y le dije que andaba en comisión oficial, que si no nos dejaba llamaría a los carabineros. El hombre cambió inmediatamente. Para remachar la cosa, le anuncié que tendría que volver luego con otros funcionarios. Pasamos.

»Hasta Chigüío empleamos dos horas, por un camino bastante malo. El paso de un río era casi imposible. Había también dos subidas difíciles, aun para buenos jinetes. Las termas tenían una curiosa y primitiva instalación, que



permitía regular el agua caliente y fría. Dos canoas de madera llevaban agua a diferentes temperaturas. Por un hoyo hecho en el costado estaba la caída al baño. Si se deseaba aumentar

la cantidad de líquido de una de las dos corrientes, se metía una piedra en la canoa y por el hoyo caía un chorro grande. Si se quería menos agua, se sacaba la piedra y caía un chorro chico. Me bañé y empecé mis averiguaciones. Según un muchacho, que hacía habitualmente el viaje a Hua Hum (Argentina), se podía llegar allá en seis horas. Creía posible pasar inmediatamente. Lo contraté en el acto.

»En Chigüío estaba instalada una familia de queseros. Una enorme habitación en la que ardía un fuego permanente tenía un verdadero techo de queso. De las vigas colgaban no sé cuantas zarandas y a través de las cañas se veían cantidades increíbles de pesados quesos. Pedí el más chico: cuatro kilos. Había algunos de 25. La vuelta me permitió pensar en un plan de campaña. Se habían disipado las últimas nubes y el tiempo era espléndido, pero ¿quién podía asegurar el futuro? Me pareció que lo mejor era salir al día siguiente y hacer el viaje en dos etapas. Hueinahue—Chigüío y Chigüío—San Martín.

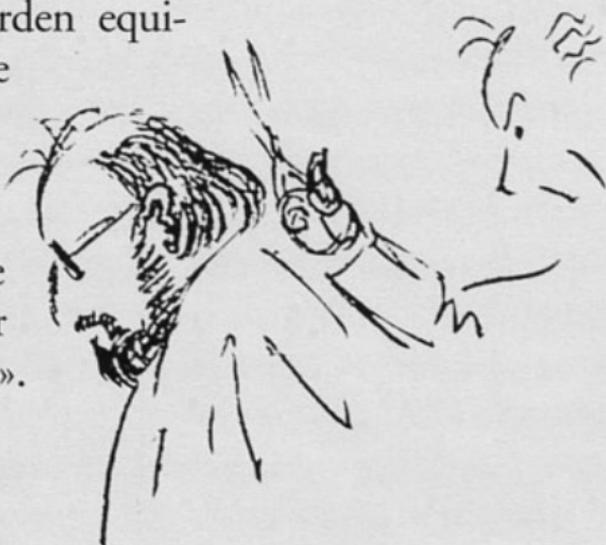
»Al regresar me encontré con la agradable sorpresa de que Jorge Bellet había vuelto. Con él también llegaron Solimano, su mujer y su hija. Demasiados testigos para un plan secreto. Pero ya no era posible pensar en retroceder.

»Hicimos un consejo de guerra. Jorge había pensado hacer la travesía por un nuevo camino, que estaba construyendo en el fundo. Este plan era irrealizable porque necesitaba un mínimo de 15 días de trabajo, siempre que el tiempo lo permitiera. El segundo plan de Bellet consistía en partir en camión, desde el camino

de Llifén y llegar hasta donde se pudiera. Luego continuar a caballo por Lilpela. Otro guía nos conduciría a la Argentina. La preparación de este plan requería dos días. Pablo y yo votamos por mi plan, que nos permitía partir inmediatamente y con gente a la que le conocíamos la cara. Triunfamos.

«El entomólogo declaró entonces que necesitaba un corte de pelo, pues con su melena no podía cruzar decentemente la cordillera. Lo podé como pude. En seguida vino la preparación del equipaje de los viajeros. Antonio declaró que no podía partir sin su máquina de escribir y su colección de palos para su amigo el

pintor. Una orden equivocada hizo que la empleada tirara los palos a la basura. El que se equivocó al dar la orden fui yo».



XI

LA VERSIÓN DE NERUDA

Según el relato de Jorge Bellet, la partida de la expedición fue el 3 de marzo, muy temprano. La fecha no coincide con la que indica Vivero Bianchi en su cuaderno. Los viajeros —Bianchi, Bianchi y Bellet— cruzaron en lancha desde el puerto de la hacienda, en el lado oeste del lago Maihue, hasta la desembocadura del río Curruque, en el costado norte del lago. Allí los esperaban los tres arrieros con sus caballos y otros tres caballos enjalados para los viajeros.

Según Juan Flores, iban bien equipados, es decir, armados. Algo habitual en la región. Lo novedoso es que Bellet llegó con unas buenas pistolas automáticas de 14 tiros, Jorge Bellet andaba con dos de estas armas y le pasó una a él. En Argentina no es prohibida el arma, dice Juan Flores y asegura que los carabineros les dijeron: «Usenla a toda vista, no la oculten».

Los tres amigos partieron lentamente, llenos de alegría, con su escolta. Como el río más un poco más de agua que de costumbre, uno de los arrieros —arró su lazo a la brida del caballo de adelante— y los otros dos se pusieron detrás de él. El vado era bueno pero profundo.

Veintidós años más tarde, vestido de frac y perfectamente afeitado, Pablo Neruda conmemoró en Estocolmo aquella jornada en la que un

Según el relato de Jorge Bellet, la partida de la expedición fue el 3 de marzo, muy temprano. La fecha no coincide con la que indica Víctor Bianchi en su cuaderno. Los viajeros —Ruiz, Bianchi y Bellet— cruzaron en lancha desde el puerto de la hacienda, en el lado oeste del lago Maihue, hasta la desembocadura del río Curringue, en el costado norte del lago. Allí los esperaban los tres arrieros con sus caballos y otros tres caballos ensillados para los viajeros.

Según Juan Flores, iban bien «asegurados», es decir, armados. Algo habitual en la región. Lo novedoso es que Bellet llegó con unas buenas pistolas automáticas de 14 tiros. Jorge Bellet andaba con dos de estas armas y le pasó una a él. En Argentina no es prohibida el arma, dice Juan Flores y asegura que los carabineros les dijeron: «Úsenla a toda vista, no la oculten».

Los tres amigos partieron lentamente, llenos de alegría, con su escolta. Como el río traía un poco más de agua que de costumbre, uno de los arrieros amarró su lazo a la brida del caballo de don Antonio y los otros dos se pusieron detrás de él. El vado era bueno pero profundo.

Veintidós años más tarde, vestido de frac y perfectamente afeitado, Pablo Neruda recordó en Estocolmo aquella jornada en la que un

hombre barbudo y vestido a la rústica, provisto de un documento de identidad falso a nombre de Antonio Ruiz, emprendía la fuga de su patria por motivos políticos. Fue el tema que escogió para el discurso, que pronunció el 10 de diciembre de 1971 ante el rey de Suecia y la Academia Sueca reunida en pleno, con motivo de la concesión del Premio Nobel de Literatura. Un discurso que es una narración más poética que política, no exenta de dramatismo ni de humor.

Así describió Neruda el cruce del río Curringue en la primera etapa del viaje:

«Teníamos que cruzar un río. Esas pequeñas vertientes nacidas en las cumbres de los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insignes: pero esa vez encontramos un remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera. Pronto mi caballo fue sobrepasado casi totalmente por las aguas, yo comencé a mecerme sin sostén, mis pies se afanaban al garette mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegamos a la otra orilla, los baquianos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

—¿Tuvo mucho miedo?

—Mucho. Creí que había llegado mi última hora —dije.

—Ibamos detrás de usted con el lazo en la mano —me respondieron.

—Ahí mismo —agregó uno de ellos—

cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted».

Al atardecer, los viajeros llegaron a los rústicos Baños de Chihuío, la meta fijada para el primer día. Cuartos de adobe con techo de paja con barro y puertas de troncos. El agua termal brotaba de la piedra en chorro continuo y caía en un hoyo en la tierra. Allí los viajeros chapotearon gozosos y se liberaron del peso y la fatiga de la larga cabalgata. Luego fueron a comer carne y queso al galpón destartalado que hacía las veces de posada.

En el centro de la gran habitación, contra el muro del fondo y cercada por un gran rectángulo de troncos semiquemados y piedras gastadas por el tiempo, había una enorme fogata. El humo escapaba hacia afuera a través de las hendiduras del techo y en parte se esparcía como un velo azul, llenando todo el espacio del lugar. En torno del fuego, sentados sobre ladrillos, sobre troncos labrados con hacha, sobre las monturas de sus caballos o simplemente en el suelo había una veintena o más de hombres de diversas edades, con rostros curtidos por la intemperie de las cumbres, vaqueros, arrieros o contrabandistas. Todos o casi todos tenían en sus manos los cachos de buey, que se usan para beber en los campos y a sus pies, las respectivas jarras de vino. Algunos comían trozos de carne tostados sobre las brasas o pedazos de queso, calentados al extremo de hierros.

Allí formaron un círculo Antonio Ruiz, Víctor Bianchi, Jorge Bellet y los tres Juanes, los tres baquianos que los acompañaban. Pronto el

grupo tuvo una bandeja de madera, una barra para pinchar el queso y calentarlo y una jarra de vino tinto. Neruda relata:

«Distinguimos en el silencio las cuerdas de una guitarra y las palabras de una canción que, naciendo de las brasas y de la oscuridad, nos traía la primera voz humana que habíamos topado en el camino. Era una canción de amor y de distancia, un lamento de dolor y de nostalgia, dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida. Ellos ignoraban quienes éramos, ellos nada sabían del fugitivo, ellos no conocían ni mi poesía ni mi nombre».

Sin embargo, cuenta Bellet, se produjo un curioso fenómeno: aquellos hombres rudos se acercaron al poeta de manera espontánea y comenzaron a hablar con él, a hacerle preguntas. La peculiar voz de Neruda y su personalidad comenzaron a imponerse y a producir una extraña fascinación. Daba la impresión de que todo lo sabía. Por cierto, era un gran conocedor del sur de Chile, de los bosques, de los insectos, las aves, los animales y también de la gente y de la historia. Aquella charla tomaba, por momentos, el tono de una oración. Duró hasta pasada la medianoche.

Cuando Bellet logró finalmente salir de aquel círculo, junto con Bianchi y el fugitivo, se acercó al dueño de la posada para pagar la cuenta de lo que habían consumido. El hombre lo conocía, porque había estado alguna vez en la hacienda Hueinahue. Le dijo:

—Don Jorge, usted no me debe nada. Y

cada vez que venga con don Antonio, aquí no paga. Somos nosotros los que quedamos debiendo. No quedan muchos don Antonios en el mundo.

Continuaron el viaje al día siguiente, 4 de marzo, de madrugada. Era la jornada más dura, el cruce de la Cordillera por el paso de los contrabandistas, el paso de Lilpela. El camino era maravilloso, pero estaba lleno de obstáculos. Tenían que saltar sobre viejos troncos, por largos espacios avanzaban en la sombra, porque el sol no era capaz de atravesar la espesura de los árboles. De pronto, se detuvo la caravana y el arriero que iba adelante advirtió que la subida a la que se acercaban era muy empinada y cerrada, no se podía ver cómo seguía después la curva. Sugirió que tal vez fuera mejor que don Antonio subiera a pie. Pero la advertencia llegó tarde. Ya venía subiendo en su cabalgadura. Mal sentado en la montura, sin inclinarse hacia delante para ayudar al caballo en su esfuerzo por subir. Desde cierta distancia, sin poder hacer nada, Bellet vio como el animal se iba de espaldas en aquel callejón de piedras rodeado de gruesos troncos.

Todo sucedió demasiado rápido. Alarmado, Bellet saltó de su caballo y acudió donde el fugitivo, que estaba en el suelo, entre dos gruesos troncos. No le había pasado nada.

—Alcancé a bajarme y fue el caballo el que se golpeó. Cuando advertí que se iba de espaldas me tomé de este árbol y el caballo pasó a mi lado y siguió de largo.

Los protegía la buena suerte. El caballo sólo había sufrido un corte en el hocico y un tajo

no profundo en una mano. En su discurso del Premio Nobel, relató Neruda:

»Algo nos esperaba en medio de aquella selva salvaje. Súbitamente, como singular visión, llegamos a una pequeña y esmerada pradera acurrucada en el regazo de las montañas: agua clara, prado verde, flores silvestres, rumor de ríos y el cielo azul arriba, generosa luz ininterrumpida por ningún follaje.

»Allí nos detuvimos como dentro de un círculo mágico, como huéspedes de un recinto sagrado: y mayor condición de sagrada tuvo aún la ceremonia en la que participé. Los vaqueros bajaron de sus cabalgaduras. En el centro del recinto estaba colocada, como en un rito, una calavera de buey. Mis compañeros se acercaron silenciosamente, uno por uno, para dejar unas monedas y algunos alimentos en los agujeros del hueso. Me uní a ellos en aquella ofrenda destinada a toscos Ulises extraviados, a fugitivos de todas las raleas que encontrarían pan y auxilio en las órbitas del toro muerto.

»Pero no se detuvo en este punto la inolvidable ceremonia. Mis rústicos amigos se despojaron de sus sombreros e iniciaron una extraña danza, saltando sobre un solo pie alrededor de la calavera abandonada, repasando la huella circular dejada por tantos bailes de otros que por allí cruzaron antes. Comprendí entonces, de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación de desconocido a desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aun en las más lejanas y apartadas sole-

dades de este mundo».

El tiempo era espléndido: soleado, luminoso, con una leve brisa fresca. Después de la ceremonia de la calavera de buey, cerca del mediodía, los viajeros tomaron café y una merienda liviana antes de seguir viaje. Habían montado recién en sus caballos, cuando Bellet notó que uno de los tres Juanes, el que iba a la retaguardia del grupo, se devolvía. Lo observó discretamente y vio que se inclinaba con rapidez ante la calavera y retiraba las monedas dejadas por ellos poco antes. Le pareció una actitud razonable.

XII

LA VERSIÓN DE BIANCHI

Victor Bianchi relata el cruce de la Cordillera con mucha poesía, pero en algunos aspectos, con mayor precisión. He aquí la segunda parte de su relato contenido en el cuaderno que tituló «Comisión al lago Mañhue».

«Por fin estuvimos listos para la aventura el viernes 11. Concluyendo de almorzar, cruzamos medio Mañhue en lancha y montamos en los caballos, que nos tenían listos los guías Juan Flores y Juan González. La familia Solimano nos dio la despedida tomando las últimas fotografías.

«El canchero de Rudloff nos dio suficiente el paso. Cruzamos un tupido bosque. Descendimos al fondo de una quebrada que se inquietaba. Valcamos el río cerremoso. Caminamos y caminamos sin grandes tropiezos y a las tres horas, estábamos a



Víctor Bianchi relata el cruce de la Cordillera con menos poesía, pero en algunos aspectos, con mayor precisión. He aquí la segunda parte de su relato contenido en el cuaderno que tituló «Comisión al lago Maihue»:

»Por fin estuvimos listos para la aventura el viernes 11. Concluyendo de almorzar, cruzamos medio Maihue en lancha y montamos en los caballos, que nos tenían listos los guías Juan Flores y Juan González. La familia Solimano nos dio la despedida tomando las últimas fotografías.

»El cancerbero de Rudloff nos dio sonriente el paso. Cru-

zamos un tupido bosque. Descen-

dimos al fondo de una

quebrada inquietante.

Vadecemos el río

correntoso. Caminamos y

caminamos sin grandes tropie-

zos y a las tres horas, arribamos a



Chigüío. Nuestro poeta—entomólogo parecía más bien un saco de papas con barba en su silla y sospecho que el caballo también tuvo una opinión parecida. Pero llegamos.

»En Chigüío nos esperaba el tercer guía, que para variar también se llamaba Juan. Nos enfrentamos a un

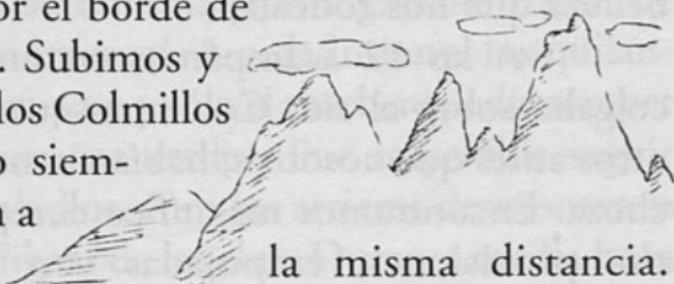


problema inesperado. La falta de imaginación de las madres regionales, nos había proporcionado tres guías con el mismo nombre. Resolvimos que era indicio de buena suerte y preferimos hacer frente a las confusiones en vez de

cambiarle el nombre a nuestros trillizos. En el baño nos sopeamos bien, comimos junto a un enorme tronco ardiente, bajo el techo de queso y con Bellet nos rifamos la segunda cama. Porque sólo disponíamos de un par de lechos. Al tercero le tocaba dormir en el suelo. El tercero fue Bellet. La noche fue muy tranquila, si se exceptúa un combate entre un gato y un chanco y algunas molestias causadas por las gallinas, que se pasearon por encima de Jorge.

»Después del baño termal y un buen desayuno, partimos los seis hombres, un cuarto para las ocho, rumbo a los imponentes Colmillos del Diablo, que se divisaban entre nubes. Durante dos horas subimos sin cesar. Subimos por laderas boscosas. Subimos por lechos de ríos pedregosos. Subimos entre peñascos, troncos

caídos y por el borde de precipicios. Subimos y subimos y los Colmillos del Diablo siempre estaban a



la misma distancia.

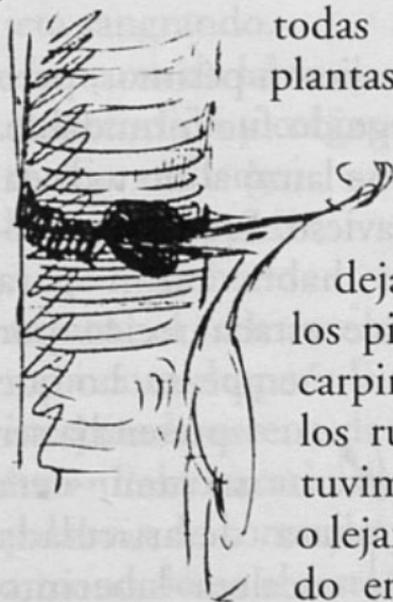
Atrás habían quedado las últimas casitas y ganados y junto con estrecharse las paredes de los cerros, la selva empezó a cerrarse a nuestro alrededor, cada vez de un verde más oscuro y húmedo. A cada momento, el sendero cambiaba de rumbo, ya sea para sortear los troncos caídos o para evitar una roca. El paisaje era único e infinito. Coigües, robles, tepas, raulíes, boquis, helechos, quilas. Del suelo brotaban tenues columnas de vapor y algunos aislados rayos de sol cambiaban a manchones la calidad de los verdes. Por todas partes nos rodeaba la vida, en su expresión más primitiva. Los árboles gigantes y la alfombra de increíbles musgos y hongos de

todas formas vivían entre las plantas trepadoras y la maraña de arbustos. Veíamos los

insectos correr entre las hojas caídas y nunca

dejamos de oír los gritos de los pitíos y el redoblar de los carpinteros. Y como fondo de los ruidos de la selva siempre tuvimos la compañía próxima o lejana de los torrentes cantando entre piedras. Y subíamos

incesantemente, atentos a las ramas que buscaban nuestros ojos e impresionados con la imponente



belleza que nos rodeaba.

»A las 12 acampamos en un abra, que colgaba sobre el río. Con unas cuantas tablas, otros antes que nosotros, habían construido una choza. Encontramos magnífico el reparo. Algunas provisiones, empujadas con ulpo frío, contribuyeron a levantar los ánimos. El poeta se sintió tan animoso que resolvió dejar una cuarteta de despedida en la pared de la cabaña. Mientras se inspiraba, salí a revisar las monturas. Me faltó una correa y sin pensarlo cometí la torpeza de gritar '¡Juan!' Se produjo un triple brinco y seis espuelas tintinearón en mi dirección. Al volver a la casucha encontré a Jorge admirando la obra de Pablo. Decía así:

*¡Qué bien se respira ahora
en el paso de Lilpela
donde no ha llegado la mierda
del traidor González Videla!*

»Como versos salieron pésimos, pero como desahogo del perseguido fue formidable. Fue el primero en invitar y se lanzó al río todavía gozando como un niño travieso. Pronto nos dimos cuenta de que no había razón para alegrarse. Lo peor del viaje estaba recién por

empezar. Lo que



pretendía ser un camino era una desarticulada escalera-laberinto formada por rocas,

troncos, deslizaderos. La selva había

recuperado su dominio sobre grandes trozos de aquella ruta infernal. A cada instante los quilantales cerraban paso y sólo el machete podía romper la masa de cañas verdes. Fue imposible seguir sobre los caballos. Aun los arrieros desmontaron ante los peligros de la selva. Durante media hora subimos gateando sobre el suelo mojado, arrastrándonos bajo las ramas, izándonos sobre los árboles caídos. Los caballos rodaban con frecuencia y en un momento dado, el que había sido de Pablo—Antonio, se despeñó con ominosos ruidos proporcionándonos un trágico cuadro de lo que podría

acontecernos cuando recuperáramos nuestra condición de jinetes. El pobre animal quedó con la jeta sangrando.

Un trozo de labio desprendido y colgante. Sin embargo, había que seguir.

»La herida

desató el sentimentalismo del poeta y un momento después la selva fue testigo de la más inesperada escena de ternura, en medio de una fuga. Pablo acariciaba al caballo, prodigándole palabras de consuelo y prometiéndole no volver a montarlo en el resto del viaje. Se produjo el más absurdo de los conflictos. Jorge y yo convenciendo a Pablo de que había que seguir; Pablo



jurando que era innoble seguir atormentando al caballo, mientras los tres Juanes, cual postes, asistían asombrados a la conversación de locos de sus patrones. La marcha se reanudó con un compañero, que trataba de ponerse fuera de la vista del bruto maltratado.

»Pero de inmediato los árboles nos obligaron a olvidar el incidente. Frente al grupo se alzó una maraña de troncos, ramas, boquis y trozos de madera, que desafiaba toda descripción. Allí el bosque había sido retorcido por el viento, sin respetar los colosos de cuatro o cinco siglos. Bajo el tupido techo verde, el camino aparecía bloqueado hasta donde alcanzaba la mirada, por la confusa palería de árboles de todos los tamaños. Nuestros tres guías arremetieron valientemente contra el imponente obstáculo, manejando sus machetes con una firmeza y seguridad que nos hacía sentirnos inútil lastre. Era, desde luego, imposible pasar de frente, había que rodear la barrera hasta encontrar un punto en que los troncos estuvieran aún en pie, luego abrir un camino para nuestros compañeros de cuatro patas y después pasar... si era posible.

»El que pueda imaginarse lo que es una pendiente cercana a los 70° con una selva creciendo sobre el terreno rocoso, podrá comprender, en parte, lo que significó el «camino» que allí fabricaron los tres Juanes. El caso es que después de incontables resbalones, impresionantes saltos al borde del abismo, nos encontramos una hora más tarde ¡a 50 metros del punto de partida! Pero habíamos recuperado el que, a esa altura, parecía un camino pavimentado: el serpenteado

sendero entre rocas, quilas y coigües.

»Montamos de nuevo, casi destrozados por el esfuerzo, pero a pesar de sus kilos, a despecho de su entrecortada respiración, el autor del *Canto General* no aflojaba. Físicamente estaba en manifiesta inferioridad con respecto al bien entrenado y más joven Jorge. Mis sesenta kilos y mis constantes exploraciones de la montaña me han dado suficiente experiencia y dureza para aventuras de esta clase, pero, aunque las piernas de Antonio Ruiz se doblaron en cien ocasiones al trepar por la falda de los Colmillos del Diablo, aunque rodó entre los troncos con peligrosa frecuencia, demostró entonces lo que siempre han demostrado los que tienen algo más que resistencia muscular. Aquel saco de papas con barba, que yo había contemplado al principio de la jornada, seguía teniendo el mismo aspecto anterior, aunque bastante más estropeado, pero ¡era un saco de papas, que rodaba para arriba! Y siempre teníamos que subir y ahora, luchando contra el tiempo, no podíamos esperar la caída de la noche en aquel lugar.

»Los Juanes dieron su voz de orden: apresurar las cabalgaduras. Los rayos del sol empezaron a poner tonos naranjos entre los árboles y ya el agua que se precipitaba por las laderas de la montaña nos sorprendía con la mezcla de sus verdes salpicados de escarlata. Y subíamos dejando a nuestra izquierda los Colmillos, cada vez más próximos y afilados, del Diablo. El contraste era impresionante: la salvaje y sobrecogedora belleza de un mundo que sólo podía llevar al cielo o al infierno, jamás a un

punto intermedio y allá al fondo, un hilo de verde transparencia. Y subíamos, dejando a la derecha, hundido mil metros más abajo el tajo que el río había estado labrando, desde el día en que nacieron los Andes.

»Y subíamos y subíamos cuando de pronto vi al caballo de Pablo perder pie y levantando las patas delanteras vacilar al lado del precipicio. Alcancé a gritar: '¡Tírate!' Y un segundo más tarde el animal rodaba, cayendo sobre el lomo. Instintivamente mi amigo había obedecido la orden y se lanzó hacia la quebrada cayendo sobre las quilas. Aún no se había aplacado el espanto producido entre hombres y caballos, cuando el poeta apareció gateando entre las ramas como una foca resollante y temblorosa. Pero era sólo su físico el que fallaba. Se sentó en una roca y entre dos resoplidos nos espetó:

—¡Pensar que la última vez que pasé la Cordillera reclamé contra las incomodidades del ferrocarril transandino!»

XIII

SAN MARTÍN DE LOS ANDES

La marcha se hizo más grata y más fácil. Hacia el lado argentino, la Cordillera descendía en laderas de declive gradual y la vegetación es menos enmarañada. Al anochecer, habían llegado a Huahum, al costado poniente del lago Lascar. Cerca estaba el último retén fronterizo chileno. Bellet se presentó ante los carabineros con los documentos de todos los integrantes de la caravana: Antonio Ruiz, Víctor Bianchi, los tres Juanes y él mismo. Exhibió un salvoconducto de los carabineros de Valdivia, en el que se le identificaba como administrador de una importante explotación maderera y presentó además el carnet de identidad de funcionario público de Bianchi y el de Antonio Ruiz. Explicó que su viaje a la Argentina era de negocios y que los tres Juanes iban a quedarse en el lado oeste del lago, cuidando los caballos y esperando su regreso.

En uno de los últimos viajes de la tarde, de la lancha que cruzaba el lago, llegaron a San Martín de los Andes, en territorio argentino. Se fueron de inmediato al elegante Hotel de Turismo, situado a cuatro kilómetros de distancia. En primer momento no los quisieron recibir, que su aspecto, después de dos días de áspero viaje, sin cambiarse de ropa ni afeitarse,

La marcha se hizo más grata y más fácil. Hacia el lado argentino, la Cordillera desciende en laderas de declive gradual y la vegetación es menos enmarañada. Al atardecer, habían llegado a Huahum, al costado poniente del lago Lascar. Cerca estaba el último retén fronterizo chileno. Bellet se presentó ante los carabineros con los documentos de todos los integrantes de la caravana: Antonio Ruiz, Víctor Bianchi, los tres Juanes y él mismo. Exhibió un salvoconducto de los carabineros de Valdivia, en el que se le identificaba como administrador de una importante explotación maderera y presentó además el carnet de identidad de funcionario público de Bianchi y el de Antonio Ruiz. Explicó que su viaje a la Argentina era de negocios y que los tres Juanes iban a quedarse en el lado oeste del lago, cuidando los caballos y esperando su regreso.

En uno de los últimos viajes de la tarde, de la lancha que cruzaba el lago, llegaron a San Martín de los Andes, en territorio argentino. Se fueron de inmediato al elegante Hotel de Turismo, situado a cuatro kilómetros de distancia. En el primer momento no los quisieron recibir porque su aspecto, después de dos días de áspero viaje, sin cambiarse de ropa ni afeitarse,

era un tanto patibulario. Los socorrió en este trance un oficial del ejército argentino. Mientras Bellet discutía, algo irritado, con el recepcionista del hotel, el militar hablaba con Víctor y don Antonio y se daba cuenta en seguida de que los viajeros no eran cuatrerros, sino gente de pro. Con su intervención, se ganaron el derecho a ocupar una amplia habitación para los tres, con el lujo asiático de un baño exclusivo.

Se bañaron, se afeitaron, comieron civilizadamente y, sin mayor tertulia, se fueron a acostar. Estaban realmente fatigados.

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Bellet comenzó a pasearse con una pipa en la mano, con traje de montar y una camisa azul a cuadros por una ancha galería cuyo ventanal daba hacia el pueblo. Este paseo matinal, a las nueve en punto del día señalado, había sido convenido para que se presentara ante ellos un enlace del Partido Comunista Argentino, encargado de facilitar la continuación del viaje del poeta.

No apareció nadie. A las 10 de la mañana, Bellet subió para hablar con Bianchi y Ruiz. No se explicaban qué podría haber sucedido: era 5 de marzo, estaban en el mejor hotel de San Martín de los Andes y a la hora precisa Bellet había hecho su paseo.

Salieron a caminar. Originalmente, pensaban tomar allí el tren para hacer el viaje a Buenos Aires. Por desgracia, nunca había llegado tren alguno a San Martín de los Andes. Esto hacía más imperiosa la necesidad de establecer contacto con los amigos del PC argentino.

Recorrieron el pueblo, situado en medio de un paisaje verde exuberante y regresaron a almorzar. Bellet trataba de ocultar su intranquilidad: tenía a sus tres vaqueros esperando, debía atender múltiples asuntos de administración de la hacienda, su mujer se encontraba en un hotel de Valdivia con un niño de pocos meses.

Al otro día, a la misma hora repitió su paseo. Comenzó a pensar qué podrían hacer si el esperado emisario no llegaba. Era posible que la extraña conducta de este trío de chilenos comenzara a llamar la atención de las autoridades. La situación se ponía color de hormiga. En la noche celebraron una reunión plenaria en el cuarto del hotel. Acordaron, luego de examinar diversos ángulos de la situación, que al día siguiente Bellet se presentaría para contar su historia y obtener una especie de legalización de la presencia del grupo ante las máximas autoridades de la región. El gobernador, el comandante del regimiento y el jefe de Parques Nacionales, los tres altos oficiales del ejército argentino, invitándolos a comer en el hotel.

ENCUENTRO DE MANTEL BLANCO

Todo resultó facilísimo y mejor de lo esperado. El gobernador, a quien visitó primero, aceptó de inmediato la invitación y luego, por teléfono, dio cuenta a los otros jefes de la llegada de estos respetables señores chilenos y de su gentil invitación. Por anticipado, Bellet pidió perdón por su vestimenta y las de

sus acompañantes, dado el viaje de esfuerzo realizado.

Poco antes de las nueve de la noche estaban reunidos ante una mesa de manteles blancos del hotel San Martín: los nueve comensales, los tres oficiales con sus esposas, que lucían sus mejores galas y los tres viajeros. A las nueve y media de la noche, después de los aperitivos de rigor, eran amigos de toda la vida.

«Y se produjo el mismo fenómeno que en el bodegón de Chihuío», escribió Jorge Bellet en el relato de la fuga del poeta, «con la diferencia de que el público no estaba compuesto de tristes vaqueros, probablemente analfabetos, sino de altos oficiales y sus elegantes esposas en los comedores de un buen hotel».

A poco de iniciarse la cena, don Antonio, con su tono envolvente y monótono, acaso hipnótico, que transmitía experiencia de la vida, conocimiento de gentes y lugares y un encanto inefable, se convirtió en el centro de la atención. Apenas terminaba algún pasaje de sus relatos, los oficiales y sus damas, con evidente entusiasmo, le hacían preguntas sobre los temas más diversos. La charla, acompañada de copas de muy buen licor importado, duró hasta muy tarde. Al llegar el momento de la despedida, el gobernador invitó a los visitantes para asistir juntos, al día siguiente, a una boîte en San Martín de los Andes, con canto y baile. Sería además la ocasión para seguir escuchando la amenísima charla de don Antonio, que nunca debería terminar.

Al día siguiente, ocho de marzo, Bellet reanudó, a las 9 en punto, sus paseos pipa en

mano. De pronto, apareció un jeep conducido por un soldado, el cual bajó del vehículo, se cuadró y se ofreció para conducir a los señores chilenos a conocer el pueblo y sus alrededores. Bellet le dijo que sus compañeros estaban descansando pero que él aceptaría su invitación.

Subió al jeep y le dijo al soldado que necesitaba hacer un llamado telefónico a larga distancia.

—Imposible, señor. Aquí no hay ese servicio.

—¡Qué lástima!

—En realidad —continuó el soldado—, el único contacto que tenemos entre San Martín de los Andes y el país es la radio del regimiento. Y, si usted quiere, yo lo llevo al regimiento y lo presento para que pueda hablar.

Bellet dudó, porque la persona con la que necesitaba hablar era el abogado y diputado mendocino Benito Marianetti, connotado dirigente comunista argentino. Pero luego se decidió:

—Está bien. Le agradezco su gentileza. Lléveme al regimiento.

El soldado lo presentó al oficial que estaba a cargo del equipo de radio y le explicó que el señor era chileno, amigo de los jefes y que tenía orden de atenderlo.

Bellet dijo:

—Soy industrial maderero, de Chile. He traído una muestra de madera para durmientes. Habían quedado de ir a buscarme al hotel pero nadie se ha presentado. Entonces, yo necesito hablar con el abogado de mis clientes, un señor

Marianetti de Mendoza, que seguramente será fácil de localizar.

—Pero che— dijo el oficial —si es muy conocido. Es diputado del Partido Comunista.

Bellet se manifestó sorprendido por la noticia:

—Será, pero resulta que él es el abogado de mis compradores de madera y no conozco en Argentina otra persona con quien hablar, porque los compradores están en Europa.

—Ningún problema. Le haré citar a Marianetti.

Después de media hora interminable, sonó el teléfono. Era Marianetti, hablando desde el regimiento en Mendoza. El chileno entró a la cabina y tomó el teléfono. La comunicación era clara, sin interferencias.

—Señor Marianetti, le ruego que sepa que no estoy equivocado, que la persona con quien quiero hablar es usted.

La voz del diputado denotaba cierta sequedad:

—Dígame, señor, de qué se trata.

—Señor Marianetti, yo he llegado desde Chile a caballo, cruzando la Cordillera con mi secretario, Antonio Ruiz, me escucha bien, Antonio Ruiz y traigo una muestra de madera.

—Señor, Ud. está equivocado. Yo no tengo nada que ver con madera ni con ese señor Antonio Ruiz...

En ese instante se abrió la puerta de la cabina y apareció un hombre desconocido, de unos treinta años que dijo:

—Señor...

Casi en el mismo instante, se oyó en el teléfono que Marianetti decía con cierto tartamudeo:

—Entonces Pa... eh, Antonio Ruiz... ¿está con usted?

—Sí, exacto, estoy con mi secretario Antonio Ruiz, que Ud. conoce. Veo que se acordó de él. Le decía que yo traje una muestra de madera para sus clientes y hasta el momento nadie ha venido a buscarla. Pero, parece que en este momento hay alguien aquí en la cabina que al oír su nombre quiere hablar conmigo. Voy a ver de qué se trata. En caso que sea necesario, volvería a llamarlo por esta misma vía.

—Está muy bien, che. Ya sé quién es usted, el maderero de Valdivia. Bien, muy bien. Estaré atento por si me necesita.

Apenas cabían dentro de la cabina Bellet y el hombre. Este le dijo:

—Usted habló de Antonio Ruiz y bueno, yo lo ando buscando.

—Identifíquese.

El hombre le mostró un carnet del PC argentino. Era, por fin, el enlace esperado. Bellet lo citó para media hora después en la puerta del hotel y regresó para informar a Pablo y Víctor y tomar las medidas, para que el poeta pudiera partir cuando antes hacia Buenos Aires, como estaba convenido. Había un inconveniente, la invitación de los militares argentinos. Después de una rápida deliberación se decidió que no podían fallar de ninguna manera a ese compromiso. Bellet regresó donde el enlace y le explicó que debían participar en una fiesta a la que

habían sido invitados por las autoridades de la región.

—Entonces —le dijo— usted tendrá que esperarnos a la una de la madrugada, en la plazuela del hotel, con el auto listo para partir de inmediato a Buenos Aires, llevando a nuestro compañero.

FIESTA DE LOS ADIÓS

A pesar de que la situación creaba cierto nerviosismo, los tres chilenos decidieron que era necesario pasar del mejor modo posible las últimas horas que estarían juntos, en compañía de los hospitalarios amigos argentinos. Llegaron a la boíte, que había sido cerrada al público normal y casi en seguida los tres militares y sus encantadoras señoras se sentaron en torno a don Antonio. Hubo algunos bailes, a los compases de una música muy suave y buenos tragos. Los rostros se encienden, las risas abundan. Las damas piden de manera insistente que don Antonio diga algo. El poeta, sin hacerse de rogar demasiado, se mete detrás de unas cortinas y reaparece con un turbante en la cabeza y con el cuello envuelto en una larguísima bufanda que cae hasta el suelo. En este atuendo, recita con pomposa solemnidad su poema favorito:

*Fue una tarde triste y pálida
de su trabajo a la salida
pues esa mujer neurótica
trabajaba en una bótica.*

*La encontré por vez primera
y una pasión efimera
me dejó alelado, estúpido
con sus flechas el Dios Cúpido
y su puntería sabia
mi corazón herido hábia.*

*Me acerqué y le dije histérico:
señorita, soy Federico.
Y me respondió la chica:
yo me llamo Verónica.
y en el parque a oscuras, solos,
nos amamos cual tortólos.*

*Pasó veloz el tiempo árido
y a los tres meses el márido
era yo de aquella a quien
creía pura y virgén.*

*Llevaba un mes de casado,
lo recuerdo, fue un sabádo
la pillé besando a un chico,
feo, flaco y raquitico.*

*De un combo lo maté casi
y a ella yo le hablé así:
te creía buena y cándida
y has resultado una bándida.*

*Hoy mi honor tan sólo indica,
mujer perjura y cinica
después de tu devaneo
que te perfore el cranéo.*

*Y maté a aquella mujer
de un tiro de revolvér.*

Muchas risas, aplausos, besos de las damas. A continuación, Víctor Bianchi pidió una guitarra, se la pasaron, la rasgó con desenvoltura y cantó la famosa canción del zapatero, una de las que Neruda más celebraba:

*Un zapatero furioso
le dijo así a su mujer
si yo te pillo con otro
te doy con el tirapié
te tiro la lezna
te tiro el martillo
te tiro el cepillo
la pata de cabra
te doy con el cerote
y con el almidón
le pego a tu madre
le pego a la mía
le pego a tu abuela
le pego a tu tía
y se va a la mierda
la zapatería.*

Carcajadas, aplausos. Hubo otras canciones, se bebió, se bailó, se charló, se brindó por la mutua amistad. Al llegar el momento de los adioses, Bellet informó a los nuevos amigos argentinos que partirían al día siguiente en el barquito de recorrido, que zarpaba de San Martín de los Andes a las nueve de la mañana para cruzar el lago. Las señoras se despidieron

pidiendo con insistencia:

—Por favor, vuelvan.

Llegaron de regreso al hotel a las dos de la mañana. En cuanto partió el jeep militar que los había conducido, apareció el compañero argentino. Don Antonio subió al cuarto a buscar un pequeño paquete de ropa y después de fuertes abrazos, que expresaban de manera contenida las emociones acumuladas, subió al auto que debía llevarlo, atravesando gran parte de la región austral del continente americano hasta Buenos Aires.

Al día siguiente, Bellet y Bianchi, después de atravesar el primer lago en lancha, se reunieron con los tres arrieros que los esperaban y repitieron el áspero camino en sentido contrario.

EL POETA EN PARÍS

Desde Buenos Aires, Neruda se trasladó a Montevideo y, después de cruzar el Atlántico, reapareció de manera espectacular a la luz pública en París, el 25 de abril de 1949. El poeta fugitivo se presentó y habló en el acto de clausura del I Congreso Mundial por la Paz, donde el físico francés Frederic Joliot-Curie, responsable del Alto Comisariado para la energía atómica del gobierno de Francia, le dio la bienvenida.

El 27 de abril, en Santiago, el diario de gobierno *La Nación* dio a conocer, sin comentarios, la presencia del poeta chileno en el congreso pacifista. Era la evidencia de que había

logrado escabullirse de Chile, donde todavía unas semanas antes se anunciaba su detención inminente. En una de sus páginas de noticias internacionales reprodujo el siguiente despacho de la agencia United Press:

«Caracas 26 (UP) Santiago Miguel Otero Silva, jefe de redacción del diario *El Nacional*, quien actualmente se halla en París, en un cable enviado a su periódico, dice que el poeta comunista Pablo Neruda ha llegado sorpresivamente al Congreso de la Paz que actualmente está reunido en París. Agrega que venciendo grandes dificultades escapó de Chile. Dice también que Neruda permanecerá un breve tiempo en Europa y que posiblemente visite Venezuela».

La primera reacción del gobierno de González Videla fue sorprendente: declaró que la noticia era falsa y que era un doble de Neruda el que se había presentado en París. Agregó que Pablo Neruda se hallaba en Chile y que se le seguía la pista de cerca. Su detención era cuestión de horas.

El Diario Ilustrado dedicó en la página editorial de su edición del 30 de abril un extenso artículo al movimiento mundial por la paz. En uno de los párrafos finales mencionó la presencia en el congreso de París «del senador comunista chileno don Nefthalí Reyes (Pablo Neruda)» como evidencia del carácter comunista de dicho congreso y del movimiento pacifista.

El mismo día, *La Nación* reprodujo un nuevo despacho de la United Press, que registraba declaraciones del poeta a la prensa:

«Neruda dijo a los periodistas que más de 1.000 policías fueron enviados tras de mí con promesa de recompensa si lograban encontrarme. Agregó después: Pero yo estaba bien protegido por el pueblo de mi país. Pude hasta escribir un libro mientras vivía clandestinamente».

El 9 de junio de 1949 la revista *Proarte*, que aparecía en Santiago, publicó una extensa crónica del escritor argentino Alfredo Varela sobre la reaparición del poeta. En ella, escribió en parte:

«En la sala Pleyel horas de fervor. Tras cinco días de discursos y debates los 2.000 delegados habían encontrado un lenguaje común para acordar la común acción por la paz.

En ese momento, Yves Farge anunció la presencia en la sala del último orador:

—Ustedes no lo han visto aún... Es ¡Pablo Neruda!

Sólo unas pocas personas conocíamos la milagrosa llegada de Pablo a París. La sensacional revelación conmovió instantáneamente a la multitud de delegados. Gentes de Madagascar o de la China, soviéticos y franceses, suizos y búlgaros, latinoamericanos e ingleses, todos los que durante largos meses vivieron preocupados por la suerte del poeta, no pudieron y no quisieron disimular su violenta alegría. El nombre admirado resonó largamente en la sala, entre aplausos y aclamaciones.

Mientras los fotógrafos lo enfocaban febrilmente y las cámaras filmadoras menudeaban las tomas, Pablo, conmovido por la espontánea demostración, sólo atinaba a saludar con

la mano en alto y la sonrisa radiante».

Según lo que cuenta en sus memorias, Neruda se limitó a decir unas breves palabras y a leer un poema. No dice cuál. Después fue estrechado, abrazado, besado por las personalidades del congreso. Entre ellas: Picasso, quien siempre prodigó su apoyo al poeta perseguido y llegó a pronunciar, para defenderlo, el primer discurso de su vida, en la ciudad polaca de Wroclaw; los poetas franceses Aragon y Eluard; el pintor Renato Guttuso; la novelista alemana Anna Seghers.

Antes de esta aparición pública, narra Varela, Neruda leyó en privado a tres o cuatro amigos su poema *El fugitivo* (del *Canto General*), que es un relato de su clandestinidad y de su fuga. Poco después, Aragon lo recitó en traducción al francés ante numerosos intelectuales franceses, reunidos en la Maison de la Pensée.

Más adelante, Varela cuenta un paseo con Neruda por las calles del centro de París:

«Su curiosidad como la de los niños no reconoce barreras. Merodeamos por callejuelas torcidas, nos detenemos largamente ante los *bouquinistes* y sus inagotables reservas de libros viejos, nos hundimos en las misteriosas sorpresas del Mercado de las Pulgas donde se puede comprar todo, desde un clavo herrumbrado hasta una estatuilla china. De esos recorridos, Pablo regresa triunfalmente enarbolando un caracol raro o un libro amarillento».

En la parte final de su crónica de *Proarte*, Alfredo Varela vuelve a refutar la declaración absurda de González Videla:

«No. No es un doble el que trajo su voz fervorosa al congreso de París. Es el poeta incomparable. Desde París vela por su patria y por América». Y finaliza, muy en la retórica y las esperanzas de la época: «Vela por lo que no se cansa de contar: la inevitable victoria de los pueblos».

En sus ediciones de los días 26 de abril de 1949 y siguientes, los diarios de París dedicaron amplio espacio al congreso mundial de Partidarios de la Paz, efectuado en la Sala Pleyel de la capital francesa. *L'Humanité*, órgano del PC francés, publicó una versión del breve discurso pronunciado por Neruda.

«Llego con retraso donde vosotros. Es que no me ha sido fácil venir. Os traigo el saludo del hombre y la mujer de mis tierras lejanas. A través de las persecuciones he podido apreciar la gran solidaridad humana. El pueblo me ha protegido, me ha defendido, me ha dado esperanza para nuestro combate común por los días que vendrán.

Me dirijo especialmente a los intelectuales, para decirles que vamos a defender juntos lo esencial de nuestra cultura. En mi trabajo literario he puesto todo mi amor, toda mi convicción para reclamar siempre justicia y libertad. Hay que cerrar el camino a los destructores. Tengo confianza y esperanza en la construcción de la paz».

Pablo Neruda dijo, a continuación, su poema *Un canto para Bolívar*, termina la información de *L'Humanité*.

Le Monde, por su parte, además de

comentar los debates y las conclusiones del congreso, informó en un párrafo breve que la intervención del cantante norteamericano Paul Robeson en la reunión pacifista causó preocupación y *disgusto* entre las autoridades de Estados Unidos. Willard Roberts, presidente de la Comisión de Desarrollo Económico de Connecticut, pidió al jefe de policía que se prohibiese el ingreso de Paul Robeson a dicho Estado, en vista de su declaración de que «los negros de Norteamérica no combatirán jamás contra la Unión Soviética».

LA GUITARRA AVENTURERA

En 1968 murió en un accidente el prodigioso Víctor Bianchi. Los estudiantes de Antofagasta, embarcados como los del resto del país en el proceso de la reforma universitaria, le habían pedido que los representara en una gran asamblea que se realizaba en Santiago.

De regreso, después de cumplir la misión, el auto en que viajaban sufrió una panne en plena carretera. Bianchi bajó en medio de la oscuridad para pedir auxilio. El chofer de un camión, que venía a gran velocidad, lo vio al pasar. Detuvo el vehículo un centenar de metros más adelante y retrocedió. Un poste sobresaliente en la parte posterior del camión golpeó a Víctor Bianchi en la cabeza y le causó la muerte.

Al conocer la noticia, Neruda escribió, a manera de despedida, «Una carta para Víctor Bianchi», que se publicó en la revista *Ercilla*. En

ella evocó al inquieto explorador:

«El litoral se estremeció con las marejadas de julio. El mar arrasó con muchas habitaciones de las orillas. Los cercos derribados quedaron esparcidos como los fósforos de una caja aplastada por los pies de una muchedumbre. Fue fantástico ver embarcaciones atravesadas en una calle de Algarrobo.

»El gran peñón de Punta de Tralca sostuvo todo el embate marino. Parecía un león de cabellera blanca. Las inmensas olas lo sobrepasaban y lo cubrían. Gran avanzada de la costa, se mantuvo nevado y crepitando bajo el fuego frío de las grandes espumas. Frente al Trueno de Tralca el mar era un ejército de artillería infinita, de cósmicas caballerías. El gran océano continuó sus asaltos durante toda la noche y durante todo un día espléndido y azul.

»Me mantuve embelesado, ansioso, abrumado y anhelante frente al terrorismo de la naturaleza.

»No me pareció extraño cuando noté, Víctor, que estabas junto a mí. Te estaba esperando.

»Porque siempre fuiste, Víctor Bianchi, el espectador activo de proezas y desastres, de la circunstancia excepcional, de la conmoción misteriosa, del ámbito más estrellado.

* * *

»Ya habías experimentado el pánico celeste en la corona misma del Aconcagua, entre muertos y sobrevivientes de una jornada terrible. Y luego los grandes ríos tropicales te vieron

pasar en piragua. O las islas incógnitas, que con tu pequeña estatura exploraste sumergiéndote en las grietas desconocidas. Otra vez fueron las solfataras del desierto. O las minas geométricas de sal gema. O las secretas cataratas del azogue colombiano.

»Me parece que vestido de pingüino emperador, llevado por tu curiosidad violenta, te deslizaste entre millones de pingüinos en las praderas antárticas, y aprendiste secretos y lenguas, que nadie más que tú conoció. Tenías la guitarra aventurera. Ni Jorge Bellet ni los compañeros anónimos de mi travesía pudieron extrañarse cuando tú amarraste a la montura, para cruzar los Andes conmigo, sólo una frazada y tu guitarra. Y cuánto nos ayudó aquella caja sonora, cómo cantaste y encantaste en San Martín de los Andes, a donde llegamos como aerolitos chilenos, cubiertos de polvo andino que es como polvo de estrellas.

»Pero siempre fuiste clarísimo y meticoloso: eras una ráfaga controlada por el conocimiento. Al despuntar el alba, o de noche aún, te ibas solitario a explorar el camino de mi exilio. Ibas marcando bajo los huraños bosques, rocas y arboledas, abismos y cascadas, la ruta que nos tocaría recorrer horas más tarde. Te levantabas temprano para trazar el mapa del camino en tu cabeza. Te habías embarcado, sin que te hubiéramos llamado, en la insólita aventura. Siempre llegaste a tiempo con tu sabiduría donde te esperaban, sin saberlo, los que te necesitaban. Ese fue tu don. Y lo prodigaste con tal exactitud y con tanta generosidad que así has cambiado el

planeta, tal vez sin darte cuenta, saltando de un camino al amanecer hacia otro sitio desconocido con tu guitarra en la mano.

* * *

»Por eso cuando caía sobre la roca del Trueno la sal y la nieve de la marejada, y se estremecía el litoral a plena luz del sol, y cielo y océano se unían en la catástrofe azul, oí un pequeño ruido a mi lado, y ahí estabas.

»Es natural. Cuando sentiste el oleaje. Habrás pensando: 'Aquí hacen falta mis ojos. Hay que hacer algo. Hay que servir'.

»Miré y habías llegado con tu guitarra.

»Dinámico y sonoro, servir y cantar fueron los polos de tu destino. Y cuando me dijeron que, en Antofagasta, en la niebla del amanecer de la pampa, en un camino, un camión te había arrebatado hacia el otro mundo pensé para mí:

»Qué hacerle! Otra vez Víctor Bianchi, mi buen compañero, nos da una nueva sorpresa. Una vez más se ha ido con su música a otra parte».

A manera de epílogo

EL CANTO GENERAL CLANDESTINO

Estaba oscuro, aunque el reloj indicaba las 4 y media de la tarde, hora de Moscú, del 28 de diciembre de 1979. La temperatura era normal para esa época del año: 28 grados bajo cero.

Rigurosamente forrado, según las normas locales, con gotsso de piel, butanda, guantes, un abrigo pesado con cuello de astracán y botas de suela gruesa, el cronista estaba en condiciones de enfrentar semejantes condiciones climáticas. Pero el trayecto de tres cuadras, desde la Plaza Noguina, por la calle Bogdán Juchovski, hasta el callejón Armenio, era una prueba de resistencia que exigía, para enfrentarla, el crecimiento de un calzado.

A paso rápido y sin rodeos, el transcurso logró llegar sano y salvo a su destino, a pesar del hielo que encañeció prematuramente su bigote y obstruyó sus fosas nasales y a pesar de la semi ceguera que le produjo el frío.

Aquel día, se desarrolló en la oficina moscovita del Partido Comunista de Chile, una larga conversación entre el autor y Américo Zorrilla se ^{nura} edición clandestina del *Canto General* al ^{ión} Américo, como lo llamaban habitualmente sus camaradas, cumplía 70 años de vida y 50 de militancia. La tarea del cronista era limitarse a un detallado interrogatorio, para

Estaba oscuro, aunque el reloj indicaba las 4 y media de la tarde, hora de Moscú, del 28 de diciembre de 1979. La temperatura era normal para esa época del año: 28 grados bajo cero.

Rigurosamente forrado, según las normas locales, con gorro de piel, bufanda, guantes, un abrigo pesado con cuello de astracán y botas de suela gruesa, el cronista estaba en condiciones de enfrentar semejantes condiciones climáticas. Pero el trayecto de tres cuadras, desde la Plaza Noguíná, por la calle Bogdán Jmelnitski, hasta el callejón Armenio, era una prueba de resistencia que exigía, para enfrentarla, el estoicismo de un exiliado.

A paso rápido y sin rodeos, el transeúnte logró llegar sano y salvo a su destino, a pesar del hielo que encanecía prematuramente su bigote y obstruía sus fosas nasales y a pesar de la semi ceguera que le producía el frío.

Aquel día, se desarrolló en la oficina moscovita del Partido Comunista de Chile, una larga conversación entre el autor y Américo Zorrilla sobre la edición clandestina del *Canto General*. Don Américo, como lo llamaban habitualmente sus camaradas, cumplía 70 años de edad y 50 de militancia. La tarea del cronista era someterlo a un detallado interrogatorio, para

rescatar algo de su vida y, con ella, fragmentos de la historia vividos por él.

No fue nada fácil convencerlo.

Los militantes comunistas, que asumen responsabilidades centrales y pesadas en la organización, solían ser lacónicos. O se ponían así. Además tendían a borrarse, especialmente en los períodos clandestinos. Por otra parte, tal vez los trabajos de imprenta tienen algo que ver con esa tendencia a hablar poco, lo indispensable, monosílabos o palabras de dos sílabas, a lo más, que se nota en los viejos gráficos, prensistas, fundidores, linógrafos, compaginadores, fotograbadores, tituleros, chongueros...

—¿Ta?

—Yatá.

Quizás porque su trabajo se componía de letras, sílabas y palabras, fundidas en metal, se acostumbraban a ahorrarlas. Casi todas las especialidades gráficas mencionadas desaparecieron en la segunda mitad del siglo recién pasado. Mencionarlas es hablar de aquella época, en que entrar a una imprenta era como entrar a una mina: un aliento caliente y denso, como la respiración de una fiera, de tinta, aceite y metal fundido; en la penumbra, una rotativa negra, monumental como una locomotora, linotipias negras, tinta en las manos, en los rostros y en los overoles de los obreros, que parecían salidos directamente de una novela de Zola.

Tratamos, pues, aquella tarde, don Américo y el infrascrito, de ablandar nuestras *baranki* (unas roscas de masa secas, insaboras y duras como el acero de los Urales), mojándolas

en los vasos de té que bebíamos sin parar y conversamos largamente. Don Américo relató con cierto detalle cómo fue el trabajo de la edición clandestina del *Canto General*, en la que él desempeñó un papel central, aunque se obstinó en negarlo. Lo que sigue es la transcripción literal de sus palabras, con una que otra pregunta del cronista.

«En un período ilegal uno vive absorbido en mil preocupaciones. De manera que no puedo decir exactamente cuándo, ni quién... pero alguien me dijo que el compañero Neruda estaba trabajando en una obra muy importante. Poco después me citaron a una reunión en la que se informó del proyecto de editar en Chile, clandestinamente, el *Canto General*. En esa reunión participamos tres personas: José Venturelli, un compañero a quien llamaré Pérez y yo. Este grupo permaneció en funciones hasta que el libro salió a la circulación».

—Perdone, don Américo, pero ¿quién era Pérez?

—Un hombre de confianza de la Dirección.

—Digamos... pero no como para confiarme su nombre a mí.

—No es cuestión de confianza. Pérez está en Chile actualmente, trabajando en tareas del Partido.

No era cosa de insistir.

«A mí me tocó ocuparme de la elaboración técnica, todo lo que se llama impresión del libro. El compañero Pérez tenía el papel de editor y además tuvo la tarea de organizar la

distribución y la venta del libro. José Venturelli hizo las ilustraciones y dio la orientación artística, en cuanto a diagramación y formato. Yo había trabajado antes con diagramadores, pero Venturelli aplicó un criterio muy ajeno a la técnica tradicional, una concepción propia, muy creadora, a partir de nuestras limitadas posibilidades técnicas. Creo que el resultado fue bueno. Salió un libro muy *suelto* en su presentación.

»A primera vista, hay una contradicción flagrante entre lo que debe ser una impresión clandestina y este libro, grande, voluminoso y con una portada con grandes letras. Cuando se hace un trabajo de imprenta clandestino se procura generalmente reducir y simplificar al máximo. Se prefiere el formato pequeño, de bolsillo; se eliminan elementos exteriores que identifiquen con demasiada evidencia el contenido; se trata de aprovechar al máximo cada página, llenándola de tipografía pequeña y apretada. Muchas veces se pone un título que no tiene nada que ver con el contenido. Digamos, Manual de jardinería o Crianza de cerdos. Cosas así. En este caso, por una serie de razones políticas, se prefirió este formato audaz, hasta desafiante. Resultó un acierto.

»Según las normas clásicas de la conspiración se organizó un segundo equipo, que funcionaba en otro plano, en forma absolutamente independiente del grupo inicial. Formaba parte de él, entre otros, Guillermo Labaste, antiguo carpintero mueblista, a quien el Partido preparó como administrador de imprenta o, como se dice ahora, como ejecutivo gráfico. También Manuel Recabarren, obrero prensista, buen

técnico. Detenido y desaparecido hasta hoy junto con varios miembros de su familia.

»Nuestro Partido tenía una larga experiencia en materia de propaganda clandestina, pero no había llegado en este terreno más allá de la publicación de la revista *Principios*. Eso no se podía comparar con la tarea planteada ahora: editar e imprimir cinco mil ejemplares de un libro de 468 páginas y de gran formato (27 x 19 centímetros). Basta decir que en la impresión se usaron alrededor de cuatro toneladas de papel. Conseguirlo fue difícil. No debía ser detectado el trabajo que hacíamos y, una vez aparecido el libro, la policía no debía descubrir dónde se había hecho. Esto redujo necesariamente las opciones en cuanto al tipo de papel. No podían ser los papeles especiales que la Papelera producía por pedidos directos, sino aquellos más de batalla, que se podían comprar en el comercio sin dificultades y que utilizaban todas las imprentas. Para los tres mil ejemplares de precio más bajo se decidió usar el papel 264, algo amarillento y áspero y para los dos mil de precio más alto, el muy usado y conocido papel pluma».

»Ni el gobierno ni la policía supieron nunca de esta operación. Pero un día los agentes de Investigaciones allanaron la imprenta Pacífico, en la calle del mismo nombre, de San Miguel. Allí, precisamente, se estaba imprimiendo el *Canto General*. Pero no buscaban el libro, sino volantes de propaganda. Mientras los detectives revisaban todos los rincones del local, el oficial a cargo de la pesquisa observaba atentamente, afirmado en los pliegos recién

impresos del *Canto General*, un bloque de un metro 40, más o menos, de hojas de 55 x 77 centímetros. Los compañeros de la imprenta habían tenido la precaución de colocar encima del montón varios pliegos de la revista hípica *La Huasca*, que se imprimía allí. La investigación no dio resultado.

»Cada etapa del trabajo se hacía en un lugar diferente. La composición la hizo un solo linotipista. La compaginación estuvo a cargo del profesor Luis Osorio, quien durante largos años dirigió la editorial Austral. La impresión la hizo Manuel Recabarren. El metal de la composición fue retirado del lugar donde se hizo el trabajo y trasladado a otro punto, donde se efectuó la compaginación. Las páginas armadas fueron llevadas después a la imprenta. Los pliegos impresos se iban sacando de la imprenta por etapas y se escondían en otros lugares».

—¿Y usted sabía cuáles eran esos lugares?

—No tenía para qué saberlo.

»Hubo que resolver paso a paso múltiples problemas. Los títulos, por ejemplo. No eran muchos. Para componerlos se obtuvo la cooperación de varias imprentas, sin que supieran para qué era. Los préstamos de material eran una vieja tradición entre los gráficos chilenos. Lo que faltaba se pedía prestado. Por ejemplo, necesitábamos las letras C, N, G y O para un título. A una imprenta, un camarada le pedía prestada la palabra Santiago. Y a otra, una palabra que nos daba el resto de las letras que necesitábamos para determinado título. El papel que estábamos usando no permitía la impresión

nítida de clisés de punto, una fotografía, por ejemplo, sino sólo de línea. No hubo problemas en la confección de los clisés para las ilustraciones de Venturelli, que eran grabados en blanco y negro. Separadas del texto no daban una indicación clara del contenido. Fueron encargados a un taller de fotograbado como un trabajo comercial corriente. Para incluir las fotografías, que aparecen al principio y al final del libro, en las que aparece el rostro de Neruda y en la otra, el poeta con la Hormigueta, tomados del brazo, caminando, de espaldas a la cámara, hubo que hacer impresiones por separado, en otro papel y pegarlas como láminas en cada ejemplar del libro ya encuadernado.

»Todo en esta faena era complicado y trabajoso. En gran medida descansaba en la sabiduría artesanal. Por ejemplo, la edición completa fue cosida a mano por un solo operario encuadernador. Yo lo había conocido en la Juventud Comunista de Valparaíso, allá por 1934. A este hombre le gustaba el campo y vivía en un sector semi-agrario, poco poblado. En su casa tenía además un pequeño taller donde fabricaba baldosas. Durante meses, sin interferencias, se dedicó a la tarea de armar, coser y encuadernar cada uno de los cinco mil ejemplares. Posteriormente, a los libros se les colocaron las tapas, que fueron impresas en otro taller, con sus títulos de letras dibujadas.

»Las pruebas se llevaban, a medida que salían, a las reuniones del grupo inicial. Alguien se encargaba de entregarlas a los correctores. Yo estaba informado que Luis Corvalán, entonces

encargado de propaganda del Partido, tenía la responsabilidad central en todo lo relacionado con la edición. Al leer su libro *Algo de mi Vida*, treinta años después, supe que él mismo hizo una parte de la corrección de pruebas. También el escritor Joaquín Gutiérrez y su esposa Elena George Nascimento participaron en esta labor».

—¿A usted nunca le pareció, digamos, exagerado, que el Partido dedicara tanto esfuerzo, en tiempos de clandestinidad, a imprimir un libro de poesía?

—Ni se me pasó por la mente. No se olvide que ya Recabarren entendió que la cultura es parte de la lucha. Además, esta edición fue un acto político, ¿no le parece?

Después de la prolongada ceremonia consistente en ponerse los abrigo, los guantes, las bufandas, los gorros, respiramos profundamente y salimos del lóbrego edificio a la intemperie. Era noche cerrada, aunque en el invierno ruso, especialmente en los días de fríos extremos, la nieve o, mejor dicho, el hielo que cubre las calles, los techos, los monumentos, produce una especie de reflejo lunar y en el cielo se observa una débil e inexplicable luminosidad de color rosado pálido. Pero no nos detuvimos a contemplar el cielo: corrimos hacia el auto negro que nos esperaba.

LA VERSIÓN DE DON LUCHO

Diez años después, en Santiago, en la comuna de Ñuñoa, el ex secretario general del PC Luis Corvalán, que en 1950 era encargado

nacional de propaganda, contó su versión sobre la famosa edición clandestina, que no difiere de la de don Américo, pero aporta otros detalles.

«Américo Zorrilla, que se inició como obrero gráfico y tenía gran experiencia en el trabajo de imprenta y notable capacidad de organización, montó un excelente aparato para mover de una a otra parte el personal especializado y el material necesario. Mucha gente colaboró en esta empresa. Los pliegos se doblaron en casa de un cura, que tenía una pequeña parcela en Conchalí. Una vez terminado el libro, la edición se distribuyó en diferentes casas y se organizó la venta. La mayor parte se guardó en un fundo de la cordillera de Santiago, que consiguió Víctor Bianchi. Este trabajaba en la sección Bienes Nacionales del ministerio de Tierras y había participado eficazmente en la salida clandestina de Neruda hacia territorio argentino por el sur de Chile. Yo conocía a Bianchi, porque en un tiempo colaboró en *El Siglo*, con caricaturas. A mí me tocó, precisamente ir a hablar con él para esta tarea.

»También me correspondió ser corrector de pruebas del libro, junto con el profesor Rodolfo Donoso. Parte del trabajo lo hicimos en un departamento de la profesora Olga Urtubia, en la calle Victoria Subercaseaux, al lado de una comisaría de Carabineros. Olga, militante socialista y gran amiga de Salvador Allende, ocupó un cargo de gobierno en Viña del Mar en el tiempo de la Unidad Popular. Viajé, además, hacia Puerto Montt, organizando la venta de libro. Pablo, tan sensible como

era a las cosas del Partido, quería esta edición de su obra por sobre todas las otras que se habían hecho en muchos otros países, a pesar de que algunas de ellas son muy hermosas desde el punto de vista gráfico».

El poeta recibió el primer ejemplar de la edición clandestina del *Canto General* en París, el mismo día que se realizaba un acto público de homenaje a Picasso, laureado con el Premio Stalin. El pintor recibía saludos y regalos. Un minero le obsequió un casco, que Picasso se encasquetó de inmediato en la cabeza.

Neruda fue uno de los oradores. Contó con mucha emoción cómo se había editado el libro en Chile. Los asistentes se pusieron de pie y prorrumpieron en aplausos y ovaciones cuando el poeta chileno, solemnemente, regaló el libro a Picasso. Este lo levantó para que todos lo vieran, en medio de nuevas oleadas de aplausos.

Tan pronto como terminó el acto, cuando todavía el público no abandonaba totalmente la sala, Neruda se acercó a Picasso y le arrebató el libro de las manos. El pintor lo miró atónito, con los ojos muy abiertos. El poeta se limitó a decirle:

—Es el único ejemplar que tengo.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2003,
en los talleres de Quebecor World Chile S. A.,
ubicados en Pajaritos 6920,
Santiago de Chile.

Existe una leyenda en el sur profundo de Chile: la de un ornitólogo que escribía versos, mientras cruzaba a lomo de caballo la cordillera de los Andes. Esta es su verdadera historia.

Desde febrero de 1948 hasta comienzos de 1949, Pablo Neruda vivió en la clandestinidad, amparado por el Partido Comunista y una vasta red de amigos y admiradores de su obra. Con una espesa barba y un documento de identidad a nombre de Antonio Ruiz, «ornitólogo», el poeta y senador atravesó a caballo la cordillera de los Andes con cinco de los suyos.

Un relato documental y literario sobre el período en que el poeta fue de casa en casa, evadiendo a la policía y escribiendo el *Canto General*. A caballo, como corresponde, entre la novela y la historia, la literatura y el reportaje, es también la narración de las curiosas circunstancias dramáticas, sorprendentes y, a veces, cómicas de *Neruda clandestino*.

